

MARTÍN KOHAN

---

# *Ciencias morales*

*Premio Herralde de Novela*



Los muros del colegio son gruesos y consistentes. Prometen preservar la rutina de los días de estudio de todo lo que pueda estar pasando fuera, de todo lo que –de hecho– está efectivamente pasando fuera, en las calles vecinas, en Buenos Aires, en esa Argentina de 1982. ¿Pero qué espacio limitan esos muros, un lugar de adquisición del saber o un recinto sadiano? Porque el colegio extiende su jurisdicción más allá de la enseñanza, imparte a sus alumnos una rigurosidad que no deben descuidar en ninguna circunstancia de sus vidas, una implacable moral que debe constituirse en el inflexible esqueleto de todos sus actos.

María Teresa es preceptora en este colegio, o sea, una inocente –o quizá sólo ignorante– maestra de ceremonias. Tiene veinte años, empezó a trabajar cuando todavía era verano, y el señor Biasutto, el jefe de preceptores, le reveló en su primera entrevista la actitud que convenía adoptar con los alumnos. Porque no era fácil obtener lo que él llamaba «el punto justo» para la mejor vigilancia. Una mirada alerta a la que no se le escapara nada pero que no fuera evidente, para no poner sobre aviso a los estudiantes. Una mirada a la que nada le pasara inadvertido, pero que pudiese pasar inadvertida ella misma. Quizá la mirada del perverso, o del carcelero, o del amo. Y María Teresa, que admira al señor Biasutto, se perfecciona como preceptora, se esmera en la aplicación de las normas y la corrección de las conductas. Pero si todo está prohibido –hasta para ella misma–, todo es transgresión. Y cuando María Teresa, persiguiendo un vago, quizá inexistente olor a tabaco, comienza a esconderse en los lavabos de los chicos para sorprender a los que fuman y llevarlos ante la autoridad, y poco a poco hace de ello un hábito oscuramente excitante, no es de la violación de las reglas sino de su aplicación a ultranza de donde surgirán la torsión y el desvío, de la rigurosa vigilancia de una completa rectitud, de la custodia inflexible de una normalidad total y atroz.



Martín Kohan

# Ciencias morales

ePub r1.0  
lenry 10.03.15

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Martín Kohan, 2007

Ilustración de cubierta: «*Nero e Rosso*», Nino Caffè

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

El día 5 de noviembre de 2007, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Esther Tusquets, Enrique Vila-Matas y el editor Jorge Herralde, otorgó el xxv Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *Ciencias morales*, de Martín Kohan. Resultó finalista *Recursos humanos*, de Antonio Ortuño.

## Juvenilia

Alguna vez este colegio, el Colegio Nacional, fue solamente de varones. En esos tiempos ya distantes, los tiempos del Colegio de Ciencias Morales, por no decir los más remotos del Real Colegio de San Carlos, las cosas debieron ser, por necesidad, más claras y más ordenadas. Es simple: faltaba ni más ni menos que la mitad de este mundo que ahora lo integra. Esa mitad hecha de jumpers, de vinchas, esa mitad hecha de cintas y de hebillas, esa mitad que requirió la instalación de baños aparte en el colegio y vestuarios aparte en el campo de deportes, antes, mucho antes, en los tiempos de Miguel Cané, en los tiempos del profesor Amadeo Jacques, sencillamente no existía. El colegio era todo una misma cosa, era todo de varones. Entonces con toda seguridad las actividades transcurrían de manera más sosegada, o por lo menos eso presume ahora, en el estado de distracción que la gana hacia el final del segundo recreo de la tarde, la preceptora de tercero décima, a quien todos conocen por María Teresa sin sospechar que en su casa, a la noche, le dicen Marita. Eso piensa, abstraída, aunque vigilante en la apariencia, María Teresa, la preceptora de tercero décima, cuando de los diez minutos que corresponden a este segundo recreo de la tarde ya van pasando más de ocho. Y lo piensa sin distinguir que, de regir todavía las normas de aquellas épocas de esplendor, ella misma no podría ocupar ahora el puesto que ocupa en el colegio, porque del mismo modo y por las mismas razones por las que no había alumnas en el establecimiento, ni había profesoras, tampoco había preceptoras. Ese mundo no estaba, como está éste, partido en dos; lo que había que hacer congeniar, llegado el caso, según se ve en ese clásico literario del colegio que se llama *Juvenilia* y que los alumnos actuales, por ignorancia o por mala fe, se obcecaban en pronunciar «Juvenilla», era otra cosa: era la convivencia pacífica de los alumnos porteños con los alumnos del interior del país. No faltaban alborotos por esa causa, y hasta reyertas con magulladuras varias, pero nada de eso podía compararse con lo que supone vigilar esta otra realidad de los varones y las mujeres existiendo en continua proximidad. Que los porteños se pelearan con los provincianos no dejaba de expresar, al fin de cuentas, una verdad profunda de la historia argentina, y en esto el colegio ya era lo que estaba destinado a ser: un selecto resumen de la nación entera. ¿O acaso Bartolomé Mitre, el fundador del colegio, no había derrotado al entrerriano Urquiza para siempre y para bien, en la batalla de Pavón? ¿O acaso antes el tirano federal Juan Manuel de Rosas no había mantenido el colegio cerrado, en el período de sombras con que afligió largamente a la Argentina? ¿No quiso, acaso, ingresar al colegio Domingo Sarmiento, el sanjuanino, sin lograrlo? ¿No lo consiguió, acaso, en cambio, el tucumano Juan Bautista Alberdi, resintiendo a Sarmiento por el resto de su vida? Que se pelearan entre sí los porteños con los provincianos era parte de la historia del colegio, porque era parte de la historia del país. Miguel Cané lo cuenta claramente cuando escribe *Juvenilia*. No importa que los alumnos actuales mencionen ese libro como lo hacen o como lo harían las personas ineducadas; lo han leído y saben bien lo que significa que el colegio tuviese que albergar por igual a los chicos de las provincias del norte argentino y a los chicos de la ciudad de Buenos Aires. Pacificar esa convivencia era una tarea perfectamente posible para un profesor como Amadeo Jacques, que era francés de nacimiento, o para un rector como Santiago de Estrada. Pero aquel colegio era un colegio solamente de varones. Sin compararse, tan sólo dejando fluir el pensamiento, María Teresa advierte qué tan distinta es su tarea como preceptora en las condiciones existentes en los tiempos que ahora corren. No se compara, no supone que ella pueda parangonarse con el prestigio de aquellos hombres ilustres del pasado; simplemente permite, en su difusa distracción de mirada perdida, que una idea se deslice y se asocie con otra idea, que a su vez se desliza y vuelve a asociarse, y en esa deriva se imagina cómo habrá sido el colegio en su versión más homogénea y armónica, la del otro siglo, la del otro tiempo.

El sonido del timbre, que los demás por lo común calculan, a ella esta vez la sobresalta: es el final del recreo. Ese timbre, que suena con firmeza pero no con estridencia, dura exactamente cincuenta y cinco segundos, algo menos de un minuto. Es un dato que nadie ignora. Hay una razón muy concreta para que convenga saberlo, y para que la medición se ajuste a la precisión cronometrada de los cincuenta y cinco segundos en vez de conformarse con el cálculo somero del minuto completo, y es que en el momento exacto en el que el timbre calla, sin que el eco del timbre sea considerado parte del timbre, es obligatorio que los alumnos hayan formado fila, en perfecto silencio y en el orden progresivo de las respectivas estaturas, delante de la puerta del aula que corresponde a cada una de las divisiones.

Tercero décima forma delante de la penúltima puerta del claustro. No pocas veces se escucha una pisada, el roce de una suela en el piso, y a veces hasta una risa, una vez que el sonido del timbre cesó, y es una ocasión en la que deben intervenir los preceptores.

—Silencio, señores.

Entonces sí que nada se oye. Si lo que hubo a destiempo fue un paso tardío, es preciso verificar que tras el error los alumnos estén debidamente quietos. Si lo que hubo, en cambio, con mayor gravedad, fue una risa, una risa o un rumor de risa, hay que tratar de ubicar al jocosos, que con toda probabilidad seguirá tentado, para hacerlo salir de la fila y para proceder a sancionarlo. La cabeza gacha es la manera habitual de delatarse en estos casos.

Lo más frecuente, sin embargo, es que la consigna se cumpla sin contratiempos.

—Tomen distancia.

Una única voz suena para todo el claustro. Parece rebotar y repetirse, por efecto de la altura de los techos o el grosor de las paredes, pero todos saben que no ha habido repetición alguna, que las órdenes se dan una sola vez y con eso es suficiente. Tomar distancia es un aspecto fundamental en la formación de los alumnos del colegio. Aunque se pongan en fila, uno detrás del otro, y aunque respeten el orden progresivo que va de menor a mayor, hasta que toman distancia los alumnos lucen todavía en desorden, reunidos pero no formados, con cierto aire de dejadez que es indispensable despejar. Una vez que toman distancia, la doble hilera adquiere en cambio rectitud y proporción, una justa simetría por lo demás muy adecuada. Para hacerlo hay que extender el brazo derecho, sin doblar el codo por supuesto, y apoyar la mano, y mejor que la mano el extremo de los dedos, en el hombro derecho del compañero de adelante. Como ese compañero es, por definición, más bajo que el que le sigue, cada brazo traza una línea perfectamente recta, pero también en suave declive. Así es como se hace, ahora y siempre. Las chicas forman adelante y los varones atrás. María Teresa presta mucha atención, aunque tratando de ser discreta, a ese eslabón tan conflictivo de la hilera, allí donde los dos varones primeros, que son los más petisos, suceden a las dos mujeres últimas, que son las más altas. Los varones de menor estatura son por lo general los que preservan cierto aire de infancia, imberbes todavía, o poco menos, en tanto que las chicas más altas son siempre las más desarrolladas. En el momento de tomar distancia, esos dos varones, que en tercero décima son Iturriaga y Capelán, deben apoyar la mano, y mejor que la mano la punta de los dedos, en el hombro de las chicas de adelante, que en tercero décima son Daciuk y Marré. Esos hombros les quedan decididamente lejos, demasiado altos, y casi tienen que estirarse para alcanzarlos. María Teresa, la preceptora, escruta ese contacto con toda minucia. No es la diferencia de estatura lo que le importa, desde luego, ni es que Iturriaga o Capelán puedan perder la mejor postura al estirar el brazo para tomar distancia. No es eso, ni tampoco el gesto claro que el brazo adopta al ir tenso hacia adelante y hacia arriba, sino otra cosa. Es otra cosa. María Teresa debe fijarse, escrupulosa, en lo que pasa con esa mano de varón en cada hombro de mujer,

mientras dura la situación de la toma de distancia, una situación que no tiene, como lo tiene el timbre del final del recreo, un lapso de extensión fijo y predeterminado, sino que depende de la decisión personal del señor Biasutto, el jefe de preceptores.

—Firmes.

Sólo cuando se escucha al señor Biasutto dando la orden de ponerse firmes, los brazos bajan y el contacto cesa. Cada cual ocupa entonces su lugar, con la separación debida, y están dadas las condiciones para autorizar el ingreso al aula. Ocurre, sin embargo, que no pocas veces el señor Biasutto posterga su indicación, haciendo durar el momento de los brazos extendidos, tal vez para asegurarse del perfecto ordenamiento de todas las filas en todas las divisiones, o tal vez para dar tiempo a los preceptores, de quienes es jefe, a detectar toda posible irregularidad entre los alumnos. Si algún signo de impaciencia se percibe en el claustro, aunque sea implícito, el señor Biasutto no vacila en alargar la situación.

—Yo no tengo apuro, señores.

La otra tarde, al cabo del primer recreo, María Teresa notó, o creyó notar, que la mano derecha de Capelán reposaba *excesivamente en* el hombro derecho de Marré. Tomaba distancia, sí, era su obligación y la acataba, pero quizás no solamente tomaba distancia. Una cosa era valerse de ese hombro como referencia para tomar distancia, y otra muy distinta era sujetar ese hombro, tocarlo, envolverlo en la mano, hacer que Marré sintiese el contacto de la mano sin levedad ni inocencia.

—¿Está cansado, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Le pesa el brazo, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Tal vez prefiera salir de formación, Capelán, y tomarse un descanso en el despacho del señor Prefecto?

—No, señorita preceptora.

—Entonces tome distancia como se debe.

—Sí, señorita preceptora.

Nada extraño se advierte en cambio en Iturriaga, cuando toma distancia detrás de Daciuk. Es Capelán el que requiere sin dudas la prevención atenta de María Teresa. Después de la reconvención de la otra tarde, que por milagro no suscitó la intervención del señor Biasutto, Capelán se ha puesto muy sutil; pero tal vez *demasiado* sutil, lo cual es también inconveniente. Ya no toca a Marré con la palma de la mano, sino con los dedos, que es lo preferible, y aun con la punta de los dedos, lo que es doblemente preferible. Y ni siquiera apoya esos dedos, esas yemas; tan sólo los acerca para tocar apenas, como lo haría si se tratara de una puerta y él tuviese que entornarla o que cerrarla sin hacer ningún ruido. Pero en ese acercamiento tan leve, tan retraído en apariencia, Capelán se dispone más a la caricia que al contacto, según distingue o cree distinguir María Teresa en su examen de la escena. Capelán ya no toca por demás el hombro de Marré, su compañera de adelante, pero a cambio de esa incorrección parecería aventurarse con descaro en esta otra: la de rozarla. Rozarla apenas, como si quisiese provocarle cosquillas o inquietud.

—¿Qué le pasa, Capelán, anda con flojera?

—No, señorita preceptora.

—Entonces tome distancia como se debe.

La mano aligerada, la mano aérea de fingida inocencia que alarga Capelán con aire ausente, va hacia el hombro de Marré, hacia esa parte segura y consistente que sigue la curva del pulóver azul reglamentario. Pero como va imprecisa, en ademán vaporoso, obedeciendo con sospechoso celo la indicación de no apoyarse, esa mano vacila, más que tocar parece tantear, o hasta palpar, como lo haría por caso un ciego, de tal modo que antes de llegar hasta el hombro de Marré bien podría, o por lo menos a María

Teresa esa impresión le da, rozar el cuello de Marré, el pliegue celeste de la camisa reglamentaria de Marré, o peor que eso, el cuello, el cuello propiamente dicho, la piel del cuello de Marré, vale decir a ella misma.

—¿Se siente mal, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Le tiembla la mano, Capelán?

—No, señorita preceptora.

—¿Está seguro, Capelán?

—Sí, señorita preceptora.

—Mejor así.

Este que va pasando, en el lento progreso del otoño hacia el invierno, es el primer año de María Teresa como preceptora en el colegio. Entró en febrero, cuando todavía hacía calor, tres semanas antes de los exámenes de marzo y seis semanas antes del comienzo del ciclo lectivo. El señor Prefecto la entrevistó en primer término, y decidió su incorporación. Luego el señor Biasutto, jefe de preceptores, en una sola entrevista de no más de quince minutos de duración, le reveló, entre otras pericias, qué clase de actitud convenía adoptar para la mejor vigilancia de los alumnos del colegio. No era fácil obtener eso que el señor Biasutto denominó «el punto justo». El punto justo para la mejor vigilancia. Una mirada alerta, perfectamente atenta hasta el menor detalle, serviría sin dudas para que ninguna incorrección, para que ninguna infracción se le escapara. Pero esa mirada tan alerta, por estar alerta precisamente, no podría sino manifestarse, y al tornarse evidente se volvería sin remedio una forma de aviso para los alumnos. El punto justo exigía una mirada a la que nada le pasase inadvertido, pero que pudiese pasar, ella misma, inadvertida. Los profesores lo sabían bien; por eso se ubicaban, al tomar una prueba escrita, contra la pared del fondo del aula: para ver sin ser vistos. El atisbo de reojo delata sin excepción al alumno que alberga alguna intención de copiarse. Los preceptores debían alcanzar esa misma destreza para obtener un sigilo igualmente implacable. No para «mirar sin ver», que es como la frase hecha define al distraído, sino al contrario, para ver sin mirar, para poder verlo todo sin que parezcan estar mirando nada.

María Teresa aplica ese predicamento, que en aquella primera jornada de trabajo le impartiera con detalle el señor Biasutto, al cabo de cada uno de los tres recreos de la tarde, en el momento de formar, en el momento de tomar distancia al formar. Lo emplea para controlar a ese chico de aspecto indolente que se llama Capelán. Todos sus compañeros, con excepción de Iturriaga, lo superan en estatura, y por esa razón le toca ser el primero de la fila. Justo adelante de él se ubica Marré. Puede tocarla: lo tiene permitido. Y aún más: está obligado a hacerlo. Tiene que tocarla con la mano en el hombro, y mejor que con la mano con la punta de los dedos, para tomar distancia. María Teresa finge adoptar entonces una mirada dispersa, no una mirada distraída, que resultaría inverosímil, pero sí una mirada general. Claro que en verdad se fija muy bien en lo que pasa entre Capelán y el hombro de Marré: entre la mano de Capelán, los dedos de Capelán, y el hombro de Marré. Finge mirar en general, pero en verdad aplica su vista a enfocar ese detalle. Usa anteojos y se los acomoda. Ve, o cree ver, que Capelán mueve un poco los dedos. Los dedos de la mano, en el hombro de Marré. Tal vez los ha movido un poco. Tal vez ha frotado con ellos el hombro de Marré. María Teresa aguza la mirada, aunque sin revelarla, para examinar en profundidad la expresión del rostro de Capelán. La encuentra tan anodina como la expresión del rostro de Iturriaga, que justo a su lado toma distancia sin que parezca advertir siquiera la existencia inmediata de Daciuk. Pero esa vaguedad, María Teresa bien lo sabe, no es probatoria. Los alumnos cultivan con impudicia el arte del disimulo. Entonces ella da un paso más, un despacioso paso adelante. Ahora ya no se encuentra a la altura de Capelán, sino a la altura de Marré. El rostro que indaga en secreto ya no es el de

Capelán, sino el de Marré. Y entonces aprecia, o cree apreciar, un lento cerrarse de los ojos de Marré: algo semejante a un parpadeo, pero hecho en cámara lenta. Ella interpreta, porque siente que es eso lo que tiene que interpretar, que hay un gesto de fastidio en esa manera de hacer caer los párpados. No está del todo segura, pero no tiene tiempo de detenerse a dirimir si de veras se trata de eso.

—¿Le pasa algo, Marré?

—No, señorita preceptora.

—¿Está segura? Me pareció que se sentía mal.

—No, señorita preceptora.

—¿Está segura?

—Sí, señorita preceptora.

—Está bien.

Justo entonces el señor Biasutto da la orden de ponerse firmes. Los alumnos bajan los brazos. Cada cual mira la nuca del compañero que tiene adelante. Una luz de día nublado flota siempre en los claustros del colegio; nada cambia que afuera brille el sol o no brille el sol. Las paredes están revestidas de azulejos verdes hasta cierta altura; de ahí en más, lo que sigue es el muro despojado. Suena la orden de entrar a las aulas.

Esa misma noche, una noche sin placidez, y sin que ningún recuerdo o pensamiento lo anticipara, María Teresa sueña con la cara, con el gesto de Marré. Ha retenido muy poco de lo que había en el sueño, y en realidad casi nada; solamente esa imagen, pero esa imagen con mucha certeza, de la cara de esa chica del colegio que se apellida Marré. Le dura cierta impresión de extrañeza incluso un rato después de haberse despertado, cuando ya tendió su cama, se lavó los dientes, colgó su ropa, besó el rosario, anudó su pelo, corrió una cortina. Después entra en una bata sin color y la cierra hacia el cuello, bien hasta arriba. Se acerca a la cocina, donde su madre la espera con el desayuno y con la radio encendida a un costado de la mesa. Pasan las noticias y ellas se dan los buenos días.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

La madre no se sienta con ella a la mesa. Posiblemente ya desayunó, o posiblemente no piensa desayunar. Se ocupa de hervir alguna cosa para el almuerzo; el olor que esa agua despidе es fuerte y dulce, ingrato para la hora. La madre controla el burbujeo del agua como si no bastara, para que exista el hervor, con el fuego y con el tiempo. Ellas dos no hablan, sólo suena la voz que da las noticias. Las noticias del día: que habrá cielo nublado en Buenos Aires, que se harán reformas en los lagos de Palermo, que mermó la concurrencia de espectadores en los cines, que nevó tempranamente en la provincia de Mendoza, que dos científicos holandeses establecieron que los animales sueñan, que la temperatura en la ciudad no pasará de trece grados.

—¿Qué es lo que da ese olor?

—¿En la olla, decís?

—Sí.

—Remolachas.

En la radio hay publicidad: una canción sobre relojes que, cada vez que parece terminar, empieza de nuevo. Después, sin pausa, un anuncio de aspirinas.

—¿No te gustan, acaso?

—No sé.

—¿Qué querés decir con «no sé»?

—Eso, que no sé.

—No les tomes idea, Marita, que siempre te gustaron.

Sobre la mesa, debajo del florero repleto con flores falsas, hay un sobre cerrado. María Teresa lo descubre y pregunta eso que en verdad supone, y que en el fondo ya sabe: si

es carta de su hermano. La madre dice que sí. Y que esta vez no quiso abrirla para que no vuelva a pasarle lo que siempre le pasa: que apenas posa la vista en la letra manuscrita del hijo ausente, antes incluso de empezar a leer lo que la carta dice, se larga a llorar. Prefiere, mejor, que Marita la lea y que después le cuente.

María Teresa rompe, con dos dedos, la punta superior del sobre. Después lo abre metiendo en la hendidura el cuchillo que no había empleado con el queso o la manteca. La madre no mira. Lo que el sobre trae no es en rigor una carta, sino una postal. Francisco tiene la costumbre de hacer estas bromas. En verdad no está lejos, apenas en Villa Martelli. Si ellas quisieran arrimarse hasta Pacífico y allí tomar, una de dos, el ciento sesenta y uno (cartel rojo) o mejor el sesenta y siete (cualquier cartel), tardarían menos de una hora en encontrarse en la puerta del regimiento. No lo hacen porque de nada les serviría, porque de todas maneras no accederían a ver o a saludar a Francisco. Pero lo tienen todavía bastante cerca, apenas en las afueras de la ciudad. A él le gusta pasar por gracioso, hacerse el feliz, mandando una postal como si estuviese bien lejos. Seguramente se la pidió o se la compró a algún compañero de alguna provincia, que las juntaría en cantidad para ir enviándolas poco a poco a su familia. Algún chico del sur, o quién sabe un formoseño. María Teresa saca la postal del sobre. Es una postal de Buenos Aires. En ella se ve una toma aérea del obelisco a pleno sol, el tránsito nutrido de la avenida más ancha del mundo, en el borde los edificios no muy altos y desperejados.

María Teresa da vuelta la postal y se encuentra, en el envés, con tres palabras solas anotadas por su hermano. Dice: «No logro compenetrarme».

María Teresa echa un segundo vistazo a la imagen del obelisco; un colectivo rojo, que antes no había advertido, le está pasando por costado. Después guarda la postal en el sobre y pone el sobre otra vez debajo del florero de plástico. Las flores, que también son de plástico, se han doblado de una manera impropia, hasta perder por completo cualquier posible semejanza con las flores que son de verdad. María Teresa intenta devolverles aquella forma que alguna vez tuvieron, pero le resulta imposible: como si pudiesen tener, tal como tienen las personas, memoria o preferencia, esos hilos de plástico vuelven a torcerse hasta recuperar el aspecto lastimoso del principio.

La madre, mientras tanto, ha tapado de vuelta la olla sobre el fuego, ahora gira y se apoya en el borde de la mesada. En las manos sostiene, o aprieta, un repasador colmado de corazones rojos.

—Contame, Marita, qué dice tu hermano.

María Teresa devuelve el cuchillo al plato donde quedan las migas y la bolsita de té ya agotada.

—Francisco dice que está muy bien. Que nos extraña, pero que está muy bien.

## La Manzana de las Luces

Habría sido mejor que se muriera, dice la madre, y se persigna porque bien sabe que lo que dice es sacrilegio. Mejor que se muriera, en vez de irse y que no se sepa adónde. Así habría por lo menos un papel, y en el papel una constancia, y con la constancia el pobre Francisco se podría haber evitado toda esta mortificación del frío por las hendijas y la comida insalubre servida en platos de aluminio. Por tres semanas, y acaso cuatro, que es lo que dura la instrucción, no tendrá francos ni salidas, y una sola vez, a las siete de la mañana de un día a determinar, cuando recién amanezca, le darán permiso para arrimarse durante quince minutos al portón de la avenida San Martín y saludar a la familia a la intemperie.

La madre llora por lo menos una vez al día. María Teresa a veces la siente, desde su habitación, y a veces, sin verlo ni oírlo, adivina el llanto. Es frecuente que llore con el noticiero de la radio, cuando dicen la temperatura y anuncian que se viene el frío, y en la radio hay noticiero cada media hora. Al principio ella dejaba lo que estuviese haciendo y se arrimaba a consolar a la madre, pero la madre es una de esas personas que no quieren encontrar consuelo y por lo tanto no se dejan consolar, y ella entonces empezó a inclinarse por dejarla llorar y que se desahogara lo más posible.

Como los alumnos del turno tarde entran al colegio a la una y diez en punto, los preceptores tienen que estar presentes a las doce y media. Varios de ellos trabajan en doble turno, pero María Teresa no. María Teresa trabaja solamente a la tarde y vive a una media hora de viaje del colegio, si es que el subte no viene con demoras; para llegar sin sofocos sale de su casa a las doce menos cuarto. No pocas veces la madre se queda llorando cuando ella se va.

En algunas ocasiones, por lo común cuando el señor Prefecto determina llevar a cabo una reunión con el señor Biasutto y su cuerpo de preceptores, el horario de entrada puede anticiparse en una hora o en dos. Desde que María Teresa es preceptora en el colegio, hubo dos de estas reuniones. La primera estuvo dedicada al problema de los alumnos que se encuentran en el establecimiento a contraturno. Hay actividades curriculares, como por ejemplo la asistencia a los laboratorios de química o de física o la asistencia a las clases de natación en el subsuelo, y otras que no son curriculares, como la concurrencia a la biblioteca de la institución para consultar material de estudio, que los alumnos deben efectuar en el horario opuesto al que tienen de cursada. No por eso, sin embargo, subrayó el señor Prefecto con un gesto de los dedos y repitiendo más veces ese tic que tiene en las cejas, puede admitirse que anden merodeando por los claustros o subiendo y bajando las escaleras sin que se sepa por qué ni para qué. El cuerpo de preceptores tiene la facultad, pero más que la facultad la obligación, de interceptar al alumno que anda suelto por el colegio, requerirle su carnet, verificar allí la foto y el nombre y el turno al que pertenece el alumno en cuestión, y si un alumno del turno tarde se encuentra en el colegio durante el horario de la mañana, o un alumno del turno mañana se encuentra en el colegio durante el horario de la tarde, exigirle las explicaciones del caso. El señor Biasutto tomó la palabra, con la autorización asentida del señor Prefecto, para especificar que únicamente las explicaciones brindadas sin rodeos ni vacilaciones podían tenerse por insospechables. El señor Biasutto, que es jefe de preceptores, cuenta con gran prestigio en el colegio porque es sabido que, hace unos años, fue el responsable principal de la confección de listas, y se da por seguro que en algún momento, cuando la dinámica de la designación de autoridades lo permita, ocupará a su vez el cargo de Prefecto.

La segunda reunión que requirió una llegada más temprana al colegio tuvo por objeto aclarar al cuerpo de preceptores cuáles eran los alcances geográficos de su competencia. El reglamento del colegio rige no solamente en el interior del edificio, y por adición en las dependencias del campo de deportes que se encuentra en la zona portuaria, sino que se extiende hasta doscientos metros más allá de lo que es

estrictamente la puerta de entrada a la institución. Toda la cuadra que ocupa el colegio, vale decir su vereda y la vereda contigua de la iglesia de San Ignacio, pero también la cuadra siguiente en dirección a Plaza de Mayo, la que va desde la calle Alsina hasta la calle Hipólito Yrigoyen, y aun la cuadra del otro lado, la que va desde la calle Moreno hasta la avenida Belgrano, y por añadidura la manzana entera, que el colegio ocupa en gran parte y que es célebremente conocida como la manzana de las luces en la historia de la ciudad, están regidas por las pautas y las sanciones que se determinan en el reglamento del colegio. Es decir que también allí, en la esquina o a la vuelta o en la cuadra de enfrente, los preceptores del colegio deben ejercer sus funciones y controlar, por poner un caso, que los varones no lleven floja su corbata azul o desabrochado el primer botón de su camisa celeste, o por poner otro caso, que las chicas no lleven el pelo suelto y sin vincha o la camisa celeste sin ajustar con la doble cinta azul reglamentaria. Por lo demás, el comportamiento de un alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires debe ser inexorablemente ejemplar en cualquier circunstancia y en cualquier sitio donde se encuentre, y los preceptores tienen el deber de interferir toda conducta irregular que puedan detectar en un alumno del colegio, no importa en qué lugar se cometa la falta, y hacerla saber con prontitud a las autoridades, ya se trate del señor Prefecto o ya se trate del señor jefe de preceptores. Viene siempre muy a cuento, para ilustrar esta cuestión, el caso de los alumnos de quinto quinta que fueron sancionados a fines del año anterior por haberse conducido con severa indiscreción en la calle Florida, la más nutrida de la ciudad, sin advertir que un preceptor del colegio, que pasaba por ahí por pura casualidad, tomaba debida nota de sus vociferaciones.

A María Teresa, flamante preceptora, todos estos requerimientos la inducen a revisar, si es que no a corregir, una cualidad muy suya que ha tenido desde siempre, desde que era una niña según sabe decir su madre y según sabía decir su padre, y que es la de quedarse abstraída, dejándose ganar por la más completa distracción. Ahora está aprendiendo en cambio a mantenerse bien atenta, y practica técnicas diversas, físicas o mentales, que le permitan suprimir su viejo hábito de dejarse llevar por las cosas que piensa o por las cosas que ve. Presta atención: lo más que puede y la mayor cantidad de tiempo que puede. Lo hace sobre todo en el colegio, en los claustros durante los recreos y en el aula mientras pasan esos minutos que los profesores demoran en llegar a clase una vez que el recreo ha terminado, pero también lo hace en la calle, según lo impartiera el señor Prefecto en su oportunidad, también lo hace en la esquina o en los pasillos del subterráneo, también lo hace en torno del kiosco o delante del puesto de flores que hay en la vereda.

Así es como descubre, en esta salida preventiva que ensaya ahora, a la una menos cinco de la tarde, recorriendo con aire casual la vereda del colegio donde los alumnos se reúnen y esperan para entrar, una escena de esas que no pueden tolerarse: de pronto la ve a Dreiman apoyarse claramente en Baragli. Hasta entonces todo lucía tan normal, tan inocente y tan apacible, que ella bien podría haber recaído, contra su voluntad, en su defecto más inconveniente: ya estaba a punto de distraerse. Pero justo entonces ve, entre la corrección constante de los nudos de corbata y las cintas entrelazadas, lo que no habría debido pasar y lo que no habría debido ver: a Dreiman apoyarse claramente en Baragli. Se apoya sobre su torso como podría hacerlo contra una pared, o contra el poste de una parada de colectivo, o contra el caño de un farol de luz. Pero no es en la pared donde se apoya, no es en un poste, sino en Baragli, y lo que habría admitido una reprensión mesurada por desprolijidad o por varonería, provoca ahora en María Teresa el efecto de una nota desafinada chirriando en medio del concierto más irreprochable. María Teresa reacciona de inmediato, a pesar de que esta visión la daña, o en razón de que esta visión la daña, y se acerca apretando el paso hasta el sitio preciso donde se verifica la escena que desea interrumpir. No es su sutileza, sino su determinación, lo que debe emplear en este caso. No se trata de

Capelán quizás rozando a Marré, en ese desafío de escrutación y sigilo que se le plantea cada tarde en cada formación; no se trata de eso, sino de Dreiman apoyándose *claramente* en Baragli, toda ella, con verdadero abandono, apoyándose sin duda alguna contra él. Entonces no hay nada que dirimir, no hay nada que establecer; tan sólo queda intervenir, y hacerlo de la manera más enérgica.

—Dreiman: párese como corresponde.

Dreiman reacciona convenientemente intimidada. Baja la vista al instante y, en una especie de reflejo automático que sin duda es motivado por el pudor, se alisa con ambas manos la falda tableada del jumper gris. No esperaba encontrarse con su preceptora aquí en la vereda, a cielo abierto y bajo las ramas de los árboles de la cuadra, y el efecto de sorpresa asegura el cometido del escarmiento inmediato. María Teresa puede adivinar incluso que Dreiman se ha puesto colorada y que está tratando de tragar saliva. No alcanza, sin embargo, como quisiera, a afirmarse en la eficacia de su autoridad bien ejercida, porque, a diferencia de lo que sucede con Dreiman, Baragli parece extraer del episodio un motivo de regocijo o tal vez de fortalecimiento, pero no, en cualquier caso, como debiera, un motivo de mortificación. Le sostiene la mirada a su preceptora y hasta parece estar a punto de sonreír, aunque en definitiva no lo haga.

María Teresa decide desentenderse de Baragli y abocarse enteramente a Dreiman. Al fin de cuentas, es a ella a quien ha reprendido y es con ella con quien su intervención ha resultado tan oportuna como incontestable.

—Que no la vuelva a ver así, ¿entendido? ¿Entendido?

Dreiman asiente. Se las arregla de alguna manera para, sin interrumpir el retraimiento de la cabeza gacha, asentir. Pero Baragli, en cambio, al lado de ella, mantiene en alto su mirada de algún brillo, y decididamente contiene una sonrisa o bien finge estar conteniendo una sonrisa. María Teresa prefiere dar el incidente por concluido y se aleja sin ceder a los alumnos un solo atisbo de vacilación o de flaqueza. No obstante hay algo en lo que ha pasado que la deja preocupada o triste, y un poco más tarde, ya en la sala de preceptores, cuidando muy bien las palabras con que lo dice, encuentra la manera de comentarlo someramente con el señor Biasutto.

Aunque sin que sus manos se desprendan de unas planillas con membrete que lo tienen ocupado, el señor Biasutto escucha atento y se muestra comprensivo.

—Me gustaría mucho ¿sabe qué? Que después conversemos este tema con mayor tranquilidad.

María Teresa recibe complacida esta respuesta, pero no alcanza a definir si el señor Biasutto se refiere a que conversen el tema otro día, esta semana o la que viene, o a que conversen el tema este mismo día pero un rato más tarde. En cualquier caso, no será posible dilucidar qué era lo que se proponía hacer el señor Biasutto, ni qué tanto se proponía diferir esa conversación, porque un poco después de que intercambian entre sí estas palabras, el transcurso de la jornada se sale de su ritmo rutinario y se altera para siempre. Parecía ser un día como cualquier otro: prometía serlo y en cierto modo lo era. Si hay algo que el colegio asegura, por encima de todo, es esta normalidad. Pero a veces las cosas se salen de su curso hasta tal punto que, tal como sucede con los ríos que desbordan el cauce, empiezan a desparramarse y consiguen invadir incluso los ámbitos mejor preservados. En el colegio nada impropio acontece nunca, y sin embargo hoy, un poco después del segundo recreo, se convoca a una reunión urgente de los preceptores de todos los cursos y todos los años. Quien la convoca no es el señor Biasutto, jefe de preceptores, y ni aun el señor Prefecto, al que María Teresa en un momento dado ve pasar hacia la planta baja ganado por un visible estado de alteración, sino la autoridad máxima del colegio: el señor Vicerrector, en ejercicio efectivo de la rectoría desde que se produjera el irremediable deceso del señor Rector.

Más de treinta preceptores son reunidos en el claustro central del colegio. Ninguno de

ellos se atreve, para no parecer ansioso, a consultar el gran reloj de números romanos que preside el recinto, junto con la bandera argentina almidonada y lacia y el busto severo de Manuel Belgrano, creador de esa bandera y ex alumno del colegio. Tampoco se miran entre sí. Se ordenan en un semicírculo no demasiado abierto, sin necesariamente advertir que fue el señor Biasutto el que decidió esa disposición, la más adecuada por cierto para escuchar la alocución del señor Vicerrector sin forzarlo para eso a que levante la voz. El señor Prefecto aguarda a un costado y María Teresa trata de no mirarle la ceja o de no mirarlo a él. Por fin llega, sereno en apariencia, el señor Vicerrector. No va a levantar la voz, no precisa hacerlo, y por lo demás nunca lo hace. A María Teresa le hace pensar en los curas de la parroquia de su niñez en Villa del Parque: sabe transmitir esa misma calma profunda; a ella la hace sentirse cobijada. No es delgado, es cierto, y en esto se parece más a un obispo o a un cardenal; y es verdad que nunca jamás se sonríe. Pero tiene esta manera de pararse, la misma que adopta ahora, cruzando las dos manos por delante del cuerpo, y el ritmo pausado de los sermones en la manera de hablar, y todo eso le transfiere un aire venerable que María Teresa apreció desde la primera vez que tuvo la oportunidad de verlo. Es distinta la autoridad que irradia el señor Prefecto: el señor Prefecto es quien consigue que ni una tiza caiga al suelo en el colegio sin que eso obre al instante en su conocimiento. Y es distinta la autoridad que irradia el señor Biasutto: el señor Biasutto es una especie de héroe entre las autoridades del colegio; él hizo listas y ese mérito, aunque rumoreado, a nadie se le escapa.

El señor Vicerrector luce en cambio un aire de paternidad, pero de una paternidad inefectiva, una paternidad simbólica, igual que la de los curas: la paternidad virtual de quienes carecen de hijos y no han conocido mujer. Con esa misma aura de sapiencia equilibrada, y casi sin ademanes, se expresa el señor Vicerrector.

—Señores preceptores: me he visto en la necesidad de apartarlos de sus obligaciones diarias, en mi carácter de Vicerrector del Colegio Nacional de Buenos Aires, y lamento haberlo hecho. Pero no he tenido alternativa. Allí afuera, quiero decir en la calle, se verifica algún desorden en estos momentos. Nada que deba preocuparnos y nada que nos obligue a interrumpir el normal dictado de las clases. Pero hasta tanto las autoridades logren restablecer el orden, lo que se hará a la mayor brevedad, es preciso adoptar algunas medidas de prevención aquí en el colegio. Debo decirles que hemos tenido que cerrar las puertas principales del edificio. Me refiero a las que dan a la calle Bolívar. Por lo tanto, después de cumplir con absoluta normalidad con los horarios y las actividades previstas para hoy, los alumnos dejarán el colegio por la salida de la calle Moreno que el señor Jefe de Preceptores les indicará oportunamente. Es necesario que ustedes den a los alumnos a su cargo la clara indicación de evitar completamente la zona de Plaza de Mayo. Ellos alegarán que en esa dirección se encuentran las bocas del subterráneo. No importa: todos deben evitar, sin excepción, acercarse a la zona de Plaza de Mayo. Saldrán por la puerta de la calle Moreno, como les he dicho, y deberán tomar de inmediato la dirección de la Avenida 9 de Julio. Digan a los alumnos que eviten correr por la calle, pero que tampoco detengan su marcha; que no se desvíen y que no se demoren, pero que tampoco corran. Una vez en la Avenida 9 de Julio, deberán tomar cualquier colectivo que los saque de la zona, no importa si no es uno que los lleve hasta sus casas. Tengan presente, señores preceptores, que el adolescente es un ser humano curioso por naturaleza y rebelde por naturaleza. Advertan a los alumnos que no pueden acercarse a la Plaza de Mayo de ninguna manera, pero tengan cuidado y no vayan a dejarlos intrigados por eso. Lo que tienen que transmitirles no es curiosidad, sino miedo. Háganles saber que es peligroso acercarse a la Plaza de Mayo en estos momentos. Con una salida tranquila pero rápida en el sentido contrario, evitaremos los problemas y no habrá ningún incidente que lamentar.

El señor Vicerrector hace una pausa. Bajo los muros del colegio, densos como su historia, el silencio es total.

—¿Alguien tiene alguna duda?

Nadie tiene ninguna duda. De todos modos, con un gesto que subraya la curva despejada del mentón sin brillo, el señor Vicerrector aguarda una posible consulta. Pero en verdad lo que espera no es que alguien pregunte, sino que nadie pregunte. Y nadie pregunta.

—Ninguna duda entonces. Perfecto. Cumplan con sus instrucciones y que tengan buenas tardes.

Tercero décima tiene latín en la última hora de clase del día. Los alumnos escanden: coro desganado de coordinación incierta, ensayan vacilantes los ritmos de versificación de esa lengua proverbial que hace tiempo ya no vive. El profesor Schulz contribuye con dos dedos que golpean la madera del borde de su escritorio marcando el *tempo* justo, pero ese auxilio no llega o no basta. Las líneas derechas indican las sílabas largas y las líneas curvas indican las sílabas breves, y si bien así establecidas las reglas de la lectura en alta voz parecen simples, no hay manera de que el canto monocorde que ejercita tercero décima, y que a María Teresa, que escucha en el pasillo, le recuerda también sus mañanas de infancia en la parroquia de Villa del Parque, brote con relativa unanimidad. En el esfuerzo afligente de tinte gregoriano, se pierde por completo el sentido de los versos: ya nadie percibe, y acaso tampoco el profesor Schulz, que en todo esto está Dido, y en procura de Dido está Eneas, y escribiendo a Eneas Virgilio, y orientando a Virgilio Mecenas, y dirigiendo a Mecenas Augusto primero, el emperador de Roma.

Suena el timbre y termina el día. Antes de dejar el aula, no obstante, hay que proceder al arreo de la bandera nacional. Quienes efectúan esa tarea en sentido estricto son los alumnos de sexto año, formados a tal efecto en el claustro central del colegio; pero el resto de los alumnos, los de primero, segundo, tercero, cuarto y quinto, aunque permanecen en sus aulas y no asisten directamente al rito, saben que ese acto está ocurriendo, y esa sola certeza basta para que participen, de alguna manera, de la solemne ceremonia. Los parlantes que hay diseminados por todo el colegio, y que expiden música clásica durante los recreos, ahora distribuyen las notas de una canción patria que lleva por nombre «Aurora». Firmes junto a sus bancos, mirando al frente, desde donde sus preceptores los miran, los alumnos del colegio cantan.

—¡Es la bandera! ¡De la patria mía! ¡Del sol nacida! ¡Que me ha dado Dios! ¡Es la bandera! ¡De la patria mía! ¡Del sol nacida! ¡Que me ha dado Dios!

Hoy no se sale por la puerta de Bolívar. El señor Biasutto coordina a los preceptores, que ya impartieron sus directivas a los alumnos para dar orden a un procedimiento que no es el habitual. María Teresa, la preceptora de tercero décima, está nerviosa pero lo disimula. Espera su momento parada en la puerta del aula. Las divisiones van saliendo de a una por vez. La séptima, la octava, la novena. Por fin le toca.

—Me siguen a mí —dice el señor Biasutto.

El trayecto a recorrer en el colegio es en principio el mismo de siempre. Hasta llegar a la gran escalera blanca de mármol, que lleva a la planta baja, nada ha cambiado. Pero una vez que dejan atrás esa escalera, cosa que no puede hacerse sin asumir cierto aire protocolar, en vez de seguir adelante y dirigirse hacia el hall de entrada del colegio, giran otra vez para acceder a la escalera que lleva al subsuelo. Es más estrecha y es más oscura, y María Teresa hasta este momento nunca había tenido que emplearla. En el subsuelo del colegio hay un gimnasio, está la sala de música, está el comedor estudiantil, está la pileta de natación, está el microcine. Se cuenta que existen, en una parte indeterminada del subsuelo, quizás pasando el gimnasio o quizás en un pasadizo al que se accede desde el microcine, unos túneles secretos que datan del tiempo de la colonia, cuando el Colegio Nacional era todavía el Real Colegio de San Carlos, y que

comunicaban con la iglesia de San Ignacio, por empezar, y luego, continuando la marcha, con el Fuerte de la Plaza Mayor, vale decir, traducido al presente, con la Casa de Gobierno frente a la Plaza de Mayo.

María Teresa llega al subsuelo con cierta inquietud, y aunque ese mundo de techo apretado es apenas más lúgubre que el resto de los claustros y dependencias del colegio, ella presiente un aire siniestro al tratar de adivinar la existencia de los túneles secretos. El señor Biasutto, jefe de preceptores, la saca de su ensoñación.

—Pronto y por acá.

La puerta de salida que da a la calle Moreno es pequeña y muy poco manifiesta, y apenas si se distingue del muro grisáceo al que viene a interrumpir. Podría ser también secreta, tan secreta como los túneles soterrados que tantas conjeturas motivan. De hecho nunca se abre y nunca se utiliza, y si hoy se ha abierto es por excepción.

—Hasta mañana, señores.

Los alumnos salen a la calle como paracaidistas que se sueltan de un avión en vuelo: amedrentados pero conscientes de que no pueden retractarse. Harán lo que se les dijo que hicieran: alejarse de la zona sin detenerse pero sin correr. Se irán a sus casas. Los preceptores, una vez finalizadas las tareas del día, también se irán a sus casas. Pasadas las seis y media de la tarde, van a buscar sus pertenencias y se aprestan a salir. En ese momento, cuando advierte que van a tener que volver al subsuelo, María Teresa entiende que las instrucciones que brindara el señor Vicerrector, y que ellos trasladaron fielmente a los alumnos, los afectan y los incluyen. También ella va a salir ahora por la puerta lateral que da a la calle Moreno. También para ella está vedado el acceso del subterráneo donde viaja habitualmente. También ella apurará el paso, aunque sin por eso correr, en dirección a la Avenida 9 de Julio. Allí se tomará, también ella, un colectivo cualquiera, el primero que pase, aunque después tenga que bajarse y tomarse otro que la lleve realmente hasta su casa. Tampoco ella sabe con precisión qué es lo que está pasando, aunque se desenvuelva con la resolución de los que sí saben. Tampoco ella tiene las ideas claras.

La calle luce tranquila. Demasiado tranquila, a decir verdad: es eso lo que tiene de extraña. Es la hora que corresponde al más intenso movimiento urbano y sin embargo aquí, en pleno centro, los autos escasean. Los peatones que ve pasar le parecen a María Teresa recién salidos de un sótano, como si se estuvieran trasladando de un refugio a otro refugio por las calles de una ciudad sometida a un ataque aéreo. Hay una tregua y ellos la aprovechan, y se diría que es por eso que arrastran el peso de sus expresiones pasmadas. Acaso ella no tenga una expresión distinta, pero ella a sí misma no se ve. Si tuviese que distinguir al menos una señal que provenga de lo que está pasando, no podría hacerlo. Y sin embargo no cabe duda de que el cielo de la ciudad se ha ensombrecido, y que cae un acento espeso sobre la noche que se acerca. No es posible indicar con nitidez de dónde surge esa especie de congoja, pero se la puede tocar lo mismo que al aire.

María Teresa llega por fin a la Avenida 9 de Julio. Se pregunta si será verdad que es la avenida más ancha del mundo. Buscando un colectivo al que pueda subirse, mira para un lado y mira para el otro. Al girar la cabeza hacia la derecha, distingue el obelisco. Esa visión le trae el recuerdo de la postal que ha mandado su hermano. El recuerdo de esa imagen la deja pensando en él.

## Séptima hora

Servelli incurre en su costumbre consabida, la de reírse de repente, sin motivos y a destiempo; pero esta vez lo hace en la peor de las ocasiones posibles. Esa risa sin contexto, que a sus compañeros tanto divierte y que es preciso reconvenir, se debe a los nervios, o al gusto por aparentar inocencia, o al hecho cierto de comprender siempre tarde los chistes o los sarcasmos. Es una risa sin sentido que habitualmente motiva otras risas, las de la mofa, por parte de los compañeros. En esta ocasión, sin embargo, la circunstancia en que irrumpe es tan claramente inoportuna, que nace y muere sola, hundida en la zozobra de un silencio escandaloso.

El señor Prefecto está recorriendo los cursos del turno vespertino. Lo hace para dirigir unas breves palabras a los alumnos del colegio. Los alumnos deben ponerse de pie cuando él ingresa al aula, quietos y derechos a un costado de sus pupitres, como lo hacen cuando los profesores entran al aula para dar clase; pero a diferencia de lo que hacen cuando quien entra es un profesor, que es sentarse para que la clase comience, ahora deben permanecer de pie, la mirada al frente y los brazos al costado del cuerpo, hasta tanto el señor Prefecto dé por terminada su intervención, se despidan y salgan del aula.

Sus palabras son pocas pero claras, y dichas con un rigor que las vuelve verdaderas. Se refieren a lo que significa el Colegio Nacional de Buenos Aires en la historia de la República Argentina y a lo que implica, en consecuencia, ser alumno del colegio. Hacen historia: se remontan a la fundación, en el año 1778, a cargo del Virrey Vértiz, el segundo virrey que rigiera las Provincias Unidas del Río de la Plata, y al que se consagrara para la posteridad como el Virrey de las Luces (en parte por haber establecido, como estableció, el primer sistema de alumbrado público en la ciudad de Buenos Aires, y en parte por haber fundado, como fundó, verdaderos pilares del credo iluminista, como por ejemplo el Real Colegio de San Carlos). Sigue en el discurso una somera enumeración de discípulos ilustres, siendo ya el colegio conocido como Colegio de Ciencias Morales, entre los cuales descuella sin dudas el prócer Manuel Belgrano, miembro de la Primera Junta de Gobierno de 1810, vencedor en las batallas de Salta y Tucumán, y creador de la bandera argentina bajo la inspiración luminosa del aspecto del cielo. El colegio encuentra en 1863 su refundación definitiva, ya como Colegio Nacional, bajo el genio de Bartolomé Mitre, fundador de la Nación misma; primer presidente argentino, militar de fuste, historiador cabal, periodista de raza y traductor avezado. Mitre funda la Nación, y el diario *La Nación*, y la historia nacional, y el Colegio Nacional. Más tarde, hacia 1880, el colegio es cuna de la generación más brillante que haya conocido la historia argentina, como lo testimonia Miguel Cané en su ya clásico libro *Juvenilia*, y es así que en la consolidación inestimable del Estado Nacional argentino el colegio cumple, una vez más, un papel decisivo. El señor Prefecto dice haber demostrado de esta manera, aunque con palabras sucintas, que la historia de la Patria y la historia del colegio son una y la misma cosa. Desprende de esa comprobación la conclusión incontestable de que cada alumno del colegio, por el solo hecho de serlo, asume un compromiso patriótico sin parangón, superior, incluso, al que puede alcanzar cualquier otro argentino (habla, dice, de los argentinos bien nacidos). Cuando la Patria lo requiere, no hay respuesta más pronta ni más segura que la que puede brindar un alumno del colegio.

—Les pido que lo piensen. Especialmente ahora.

El señor Prefecto concluye, se despide y va saliendo del aula. Habiendo ya cruzado la puerta, no ha salido, sin embargo, del todo aún; lo que pasa en el aula lo alcanza todavía, le compete todavía, y lo que pasa en el aula es lo más inadmisibles, lo que no habría debido pasar: que sin sentido y sin razón, Servelli suelta una risa. Una risa corta, hueca, una risa sin malicia pero cierta y perfectamente audible. El señor Prefecto, que ya salía, se detiene. Por un instante permanece así. Está de espaldas, pero el alboroto

de su ceja puede adivinarse sin dudas. Se demora un segundo. No es un segundo de vacilación, sino de incredulidad, pasado el cual el señor Prefecto gira, vuelve sobre sus pasos, ingresa de nuevo en el aula. Se ubica otra vez sobre la tarima, desde donde se domina bien, a golpe de vista, al curso entero. Cruza las manos detrás de la espalda. Un dedo le tiembla: es el mayor. Ni el crujido de las maderas del piso se siente ahora. El señor Prefecto interroga.

—¿Quién fue?

Nadie responde. El señor Prefecto aprieta la boca y asiente varias veces, como entendiendo algo que sin embargo no habrá de conmovirlo.

—El que fue, que lo diga.

Su mirada se desencaja con el temblor de una ceja y motiva un repentino parpadeo involuntario. Nadie confiesa.

—El que sepa quién fue, que lo diga.

El cuello del señor Prefecto se tuerce, los dientes buscan algo adentro de la boca. Nadie dice nada. Todos saben que fue Servelli, porque Servelli es la que se ríe cuando no se ríe ningún otro. Pero nadie dice nada. María Teresa está ubicada muy cerca del señor Prefecto, igualmente de frente al curso, aunque abajo de la tarima. Está confusa: ella también sabe que la que se rió fue Servelli. Se pregunta qué tiene que hacer: si decirlo o no decirlo. No puede dudar, si acaso va a decirlo tiene que hacerlo de inmediato. No sabe qué hacer. Por una parte teme, y no sin motivo, que si se queda callada los alumnos puedan pensar que ese silencio es complicidad, porque ellos saben que ella sabe. Entonces debería tomar prontamente la palabra y declarar: «Fue Servelli». Pero por otra parte advierte que lo que el señor Prefecto está buscando no es solamente determinar quién fue el que se rió, sino algo más, algo más profundo y también más trascendente: que el que fue lo confiese, o que un compañero del que fue lo denuncie. Para que este propósito se cumpla, María Teresa debe abstenerse. Cuando el señor Prefecto pregunta quién fue, cuando el señor Prefecto pregunta si alguien sabe quién fue, no la está incluyendo a ella entre los interrogados. Ella es la preceptora de tercero décima, no uno de sus alumnos. Para mantener esa distancia, que la protege, debe quedarse estrictamente callada. Y así se queda, de hecho, a medias por la decisión de callar y a medias por lo que dura su indecisión, hasta que el señor Prefecto da por terminada la espera y pasa a la toma de medidas.

—Tercero décima recibirá una sanción colectiva de diez amonestaciones y permanecerá en séptima hora durante toda esta semana.

Las horas de clase que ocupan cada jornada son seis, y cada una de ellas dura cuarenta minutos. Ese lapso, con el agregado de los tres recreos que se intercalan, cubre las cinco horas de reloj de la cursada de cada tarde: desde la una y diez, la hora en que se entra, hasta las seis y diez, la hora en que se sale. El colegio tiene, además, la facultad de adosar una hora más a las seis que son de rigor, la séptima hora, ya sea por razones pedagógicas o por razones disciplinarias. En esos casos, los alumnos deben permanecer en el colegio hasta casi las siete de la tarde. Para entonces el edificio va quedando vacío, o casi vacío; ese entorno de desolación, que es imposible disimular, le impone mayor pena al castigo que se pueda haber administrado. Se oyen ecos de pasos distantes y se distingue la evidencia de que afuera, en la calle, ya es de noche o ya está anocheciendo.

Durante la séptima hora los alumnos deben permanecer en el aula, cada cual en su banco; no pueden conversar ni pueden ocuparse de asuntos que sean ajenos al colegio. Pueden estudiar, si quieren. Pero si no quieren estudiar, no pueden hacer otra cosa.

—Esto no es hora libre, señores.

Tampoco pueden pasarse papelitos, mascar chicle, relajar el aspecto de sus uniformes ni entretenerse con juegos de ingenio, aunque sean solitarios.

—Esto no es un premio, señores. No es un recreo, están sancionados.

El transcurso de la séptima hora supone también cierta exigencia para los preceptores, precisamente porque no sucede nada, nada de nada, y es esa nada lo que ellos tienen que custodiar. María Teresa ocupa ahora el asiento de los profesores, sobre la tarima que los jerarquiza, y mira hacia la clase. Los alumnos están quietos y callados, la mayoría no hace nada. No es tiempo de pruebas escritas todavía, así que, si bien un alumno del colegio debería encontrar siempre una tarea con la que cumplir o al menos una tarea para adelantar, lo concreto es que las fechas no los urgen todavía. Unos pocos se ocupan con alguna lectura o muerden la punta de una lapicera, empantanados en una ecuación de resolución improbable. Varios otros, en cambio, se quedan sencillamente absortos, dejando que el tiempo pase. Según cómo se tome, la séptima hora, aplicada como sanción, puede implicar la pena de prolongar el tiempo de estudio dentro del colegio, o bien, en su defecto, la pena de vivenciar el puro paso del tiempo: el paso del tiempo y nada más.

María Teresa vigila que ningún alumno convierta la séptima hora en motivo de distracción.

—¿Qué está haciendo, Valentinis?

—Estoy leyendo, señorita preceptora.

—Eso ya lo veo, Valentinis. Quiero saber qué está leyendo. ¿Una revista?

—Leo sobre música, señorita preceptora.

—¿Es un material que les haya dado el profesor Roel?

—No, señorita preceptora.

—¿Quiere decir que lo que lee no forma parte de la materia Música?

—No, señorita preceptora.

—Entonces guárdelo.

Una trampa que tiene la séptima hora es que los alumnos pueden optar entre ponerse a hacer alguna cosa o quedarse meramente ahí, sentados, mirando nada más, hasta que se hagan las siete; en cambio los preceptores no pueden, aunque quieran, hacer otra cosa que permanecer y contemplar. María Teresa recorre los rostros de manera despaciosa (si hay algo que tiene, es tiempo). Se fija por ejemplo en Capelán: su juego de mano o de dedos sobre el hombro de Marré se renueva en cada formación y en cada toma de distancia; ella quisiera detectar en su fisonomía, como aspiraban a hacerlo los grandes científicos del siglo XIX, un principio de inocencia o un principio de maldad que resolviesen su caso y ya no requiriesen ulteriores revisiones. Luego se fija en Servelli; es la culpable de que todos sus compañeros, además de cargar con impensadas amonestaciones, permanezcan todavía aquí, demorados y vencidos por las leyes del tedio; pero nada hay en su expresión, ni tampoco en su conducta, que denote alguna clase de remordimiento. Luego se fija en Cascardo: es tanta la exigencia que le impone el libro que está leyendo, que sus orejas de repente han enrojecido y se diría que van a ponerse a arder de un momento para otro. Recorre otras caras, casi siempre insípidas, y vuelve a empezar.

En tanto no existen progresos ni escollos para este simple ejercicio del poder de observación, María Teresa tan sólo se propone hacerlo durar hasta que la inminencia de las siete de la tarde autorice su interrupción. No espera ningún sobresalto, y no tiene por qué haberlo. Y no obstante ella, la preceptora, que es aquí la que observa, se siente de pronto observada. Al principio no detecta quién es el que la mira, pero se sabe mirada sin dudas, porque así es como sucede en estos casos; levanta los ojos con la clara decisión de encontrar esos otros ojos. Y el que la mira, desde su banco, no es otro que Baragli. Baragli la mira, y con fijeza, aunque también con una expresión de indolencia que podría tomarse por insipidez. Así quisiera entenderla María Teresa, aunque hay algo, ella no sabe bien qué, que se lo impide. Ella quisiera percibir en esa mirada nada más que un aire ausente, un rezago anodino, el agobio moderado y

despaciado de no tener nada que hacer. Ella quisiera entenderlo así, pero hay algo que se lo impide. No sabe bien qué. No se decide a pensar que es sarcasmo, o peor que el sarcasmo: lascivia, porque si fuese sarcasmo o si fuese lascivia ella podría intervenir categóricamente y acabar con la situación de manera fulminante (no importa que el sentido de una mirada sea por cierto de comprobación imposible: bastaría con su palabra y no habría margen para apelación alguna). Baragli no se está burlando de ella ni tampoco le dirige, estrictamente hablando, una mirada de varón, y no obstante, María Teresa está segura, no hay plena inocencia en esos ojos. No la está provocando: si ella reaccionara, esa reacción resultaría excesiva. Y sin embargo es evidente que Baragli la mira en demasía, demasiado tiempo, demasiado fijamente. Lo hace, pese a todo, con tal astucia, que bien podría alegar, llegado el caso, que su mirada estaba perdida, que no miraba nada en particular, que miraba el pizarrón o la pared o el techo, que en sentido estricto miraba al frente, y esta actitud es de por sí la más inobjetable, y que no es su culpa si en el frente se encuentra ella. María Teresa se anticipa a estas alternativas y en consecuencia nada hace. Trata de mirar otras cosas, otras caras, o de mirar desvaidamente hacia el fondo del aula así como se espera que ellos, los alumnos, miren hacia el frente; pero los ojos que miran ejercen una atracción irresistible, como lo saben bien los estudiosos de historia del arte, y ella tarde o temprano retorna con su mirada a Baragli, y encuentra que Baragli la está mirando todavía. María Teresa baja un poco la vista, pero no para irse de Baragli, sino para examinar su boca. Encuentra lo que suponía: esa inminencia de sonrisa que tanta inquietud suscita. Si hubiese una risa, si hubiese una sonrisa, si hubiese tan sólo un movimiento evidente en una comisura, qué fácil sería, para ella, tomar medidas, sancionar a Baragli y concluir con este asunto. Pero ella no puede proceder así con un gesto que todavía no existe. Que está a punto de existir, que se intuye, que hasta se adivina, pero que no existe. No puede hacer nada, tan sólo esperar. Esperar hasta acercarse a las siete de la tarde.

Por fin ese momento llega, y termina la séptima hora.

—Muy bien, señores. Recojan sus útiles.

Los alumnos empiezan a salir del aula. María Teresa se ubica en el vano de la puerta para supervisar la salida. Esa posición le permite el control simultáneo del claustro y del aula, de los que ya salieron y de los que no salieron todavía. Claro que también obliga, al ponerse ahí, a que los alumnos deban pasar un tanto cerca de ella. Alguno que otro hasta la roza, involuntariamente por supuesto, con una valija o con el borde de un *blazer*. Cuando pasa Baragli, no la mira. Extrañamente o no, ella no alcanza a decidirlo, no la mira en absoluto. Pasa pronto y con la vista olvidada de todo lo que no sea el suelo o los zapatos. Su paso sin embargo despide, sobre ella en este caso, un aroma de no pocas reminiscencias. María Teresa se ve de repente transportada a las noches de sobremesa en su casa de infancia; demora algún instante en advertir que es a su padre a quien evoca: a su padre después de la cena, cuando ella era chica, cuando vivían en la casa que tenía un patio atrás, y en ese patio canteros. Sólo un poco más tarde consigue establecer, afectada por la asociación, que Baragli pasó junto a ella con un aroma idéntico al de aquellas noches perdidas, y que ese aroma es el que tienen los cigarrillos de tabaco negro. Su padre fumaba esa clase de cigarrillos, unos que venían en paquetes de vetas doradas y verdes; ya no son tan frecuentes, pero todavía se consiguen. El olor de sus volutas de humo inundaba la casa de la niñez todas las noches, porque de hecho formaba parte de un rito que no admitía excepciones. Baragli ahora, al pasar junto a ella, le devuelve ese olor o la devuelve a ese olor, y ella por un momento se queda abstraída, si es que no confusa, en la puerta del aula, en el borde del final del día.

Cuando sale a la calle, un rato después, y aun cuando va viajando en el subte, más tarde todavía, no se ha escabullido del todo de eso que acaba de producirse en su

memoria y en su semblante, y que actúa precisamente como podría hacerlo un aroma: un efecto que se impregna en la ropa y en la nariz, o en el recuerdo, y que perdura más allá de toda decisión. La mortifica, antes que nada, reconocerse tan susceptible, ver que un simple incidente del colegio turba su estado de ánimo y hasta le hace daño. Y luego la mortifica comprobar hasta qué punto la inquietud persiste en ella: las estaciones de subte se suceden, dejando cada vez más lejos el colegio y lo que sucedió, y pese a todo ella no logra evadirse de ese mundo, del mundo que surgió con el solo roce de un aroma, ese mundo de la casa, del patio, de los canteros, de la noche, de la infancia, de su padre, del tabaco, del humo, de Baragli.

No se libera de este malestar hasta que puede enfocar todo el asunto desde el punto de vista de lo que ella primariamente es: la preceptora de tercero décimo. Debió encararlo así desde un primer momento, pero no lo comprende sino hasta ahora, recién ahora. Desde el punto de vista de sus responsabilidades como preceptora del curso, tiene otro motivo preciso para su preocupación. Es simple, y es obvio, pero hasta este momento, el momento en que lo razona así, se le había ido pasando por alto: si el alumno Baragli, poco menos que a las siete de la tarde, pasó cerca de ella y olía a tabaco, es porque estuvo fumando, y estuvo fumando dentro del colegio, y estuvo fumando durante el horario de clase.

María Teresa se regocija con su inferencia sin reprocharse no haberla hecho antes, en el momento exacto en que debió hacerla. No se recrimina nada, al contrario, tan sólo se congratula. Lo demás será cuestión de tiempo: así lo determina. Y es que en este instante, en esta noche y en este lugar a oscuras que le pasa a la ciudad por debajo, toma la decisión capital de lo que será su propósito más importante en los días que sigan: sorprender a Baragli, y a los que sean que compartan su conducta, en la situación concreta de su infracción a las reglas, vale decir, según suele expresarse, y según ella misma lo piensa ahora, pescarlos *in fraganti*.

Cuando el señor Biasutto se acerque a ella, en una tarde calma de la sala de preceptores, y le recuerde, sorprendiéndola en cierto modo, que ambos tienen una conversación pendiente, María Teresa declinará de hecho referirle el episodio que originalmente la impulsara, esto es la manera libidinosa en que Dreiman se apoyaba en Baragli en la vereda del colegio esa vez que ella la vio, o bien participarlo de sus sospechas más insistentes, que es que hay alumnos que aprovechan la situación de tomar distancia en las formaciones para progresar veladamente en tanteos inadmisibles, y a cambio le menciona esto otro, más reciente pero también más poderoso, y que es su muy firme presunción, y más que eso ya casi su certidumbre, de que hay alumnos que se las ingenian para fumar en el colegio durante el transcurso del horario de clase.

El señor Biasutto, que la escuchaba de pie, se sienta ahora junto a ella.

—Lo que usted dice me interesa sobremanera.

María Teresa escucha estas palabras con alivio; luego nota que el alivio muta en entusiasmo; luego nota que el entusiasmo vira hacia el orgullo. El señor Biasutto, que es el jefe de preceptores, aprecia su trabajo. Le da la razón, le presta oídos, encuentra sus sospechas muy perspicaces y atendibles. En otros colegios puede que esa clase de transgresión forme parte de lo posible, y hasta se la considera un tópico: que los alumnos se escondan para fumar en los baños es un lugar común. Pero en este colegio se aspira a la excepción, aun en este rubro. El señor Biasutto se expresa con la seguridad que le dan los años que lleva en la función y el prestigio sin alardes de la tarea que ha sabido efectuar en el colegio. Tiene experiencia, y desde la experiencia, que es como la tarima que ocupan los profesores para dictar sus clases, conversa con María Teresa, que es la preceptora más reciente pero que, pese a ser tan nueva, ya demuestra, y es él quien lo dice, las mejores condiciones.

El señor Biasutto le cuenta lo que fueron los años más difíciles para el colegio y para el

país. Una etapa que felizmente parece haber sido superada, aunque confiarse sería el error más terrible. María Teresa siente que éste es el momento de preguntarle por las listas, el momento de pedirle que le cuente sobre la confección de listas; pero no se anima y calla. El señor Biasutto ha concebido una comparación: la subversión, le explica, a ella que es novata, es como un cáncer, un cáncer que primero toma un órgano, supongamos la juventud, y la infecta de violencia y de ideas extrañas; pero luego ese cáncer hace además sus ramificaciones, que se llaman metástasis, y a esas ramificaciones, que parecen menos graves, hay que combatir las de todas maneras, porque en ellas el germen del cáncer late todavía, y un cáncer no se acaba hasta tanto se lo extirpa por completo. El señor Biasutto desliza un dedo lento por su bigote oscuro, en actitud de recuerdo. Ya pasó la etapa, dice, en que teníamos que perseguir actividades ilegales y secuestrar materiales de alta peligrosidad (algún día, le dice confidente, bajando el tono y hablando al oído de María Teresa, le haré ver esos materiales, que conservo en un archivo de la penetración ideológica). El colegio, y el país, han podido salir airosos de ese período, pero de qué serviría haber atacado el cáncer si vamos a despreocuparnos de sus ramificaciones. El señor Biasutto intenta un gesto, que deja incompleto y que María Teresa no entiende, un gesto que acaso habría entendido si hubiese existido del todo, aunque cree que consistía en sujetar su brazo de novata, de preceptora novata, con la mano sabia y firme de un jefe de preceptores de trayectoria intachable. La mano se detiene a mitad de camino, como atacada de amnesia. Otra comparación nace al instante de la inspiración del señor Biasutto: la subversión es un cuerpo, pero también es un espíritu. Porque el espíritu sobrevive y alguna vez bien puede reencarnar en un nuevo cuerpo. Fumar en los baños del colegio ¿qué es? El señor Biasutto hace una pausa, pero María Teresa ha entendido que esta pregunta es retórica. En otra época, y aun en otro colegio, responde él mismo, es una travesura: la típica travesura de la adolescencia descarriada. En este tiempo, y en este colegio, es otra cosa: es el espíritu de la subversión que nos amenaza. El señor Biasutto se alisa el pelo con las dos manos, satisfecho porque siente que se ha expresado muy bien. Sabe que María Teresa empieza a admirarlo, antes incluso de que lo sepa ella misma.

## Juvenilia

La madre llora ahora con más frecuencia, y además lo hace con hipos y con ahogos. La radio a toda hora, pero en especial a la mañana, machaca a la audiencia con marchas rigurosas. Ha llegado entretanto otra postal de Francisco. Es la misma postal de antes: una vista panorámica del obelisco en Buenos Aires. Podría tratarse de otra foto, parecida aunque distinta, pero es la misma de la vez anterior. María Teresa lo verifica reparando en el detalle del colectivo rojo al que se ve pasar por la rotonda. La misma foto y el mismo chiste: hacer de cuenta que él está lejos, o que son ellas, la madre y la hermana, las que están lejos, y que entonces la postal del paisaje lugareño tiene para todos algún sentido. En el envés de la postal, Francisco ha repetido también su frase: «No logro compenetrarme».

Francisco ha de haber escrito esas pocas palabras sobre la mesa de algún precario barracón donde le toca comer, y al que probablemente, e impropriamente, llamen cantina, usando otra más de esas postales repetidas que al parecer han comprado por docena. Como hacer el chiste es lo que le importa, y no que el chiste cause gracia, lo reitera sin complejos. Queda claro que se divierte solo, que no está queriendo alegrar a la madre o a la hermana. Lo que no imagina, lo que no calcula, es que de por medio está el correo, y que el correo retrasa por demás la llegada de su nota. Para cuando la postal es retirada por María Teresa de la mesa de la cocina, para cuando es abierta y leída con defraudada ansiedad, eso que él mentía: que estaba lejos, se ha vuelto verdad. Ya no está más en Villa Martelli para entonces. Lo han trasladado. Sin dar aviso ni explicaciones, ni tener por qué darlas, les ordenaron a él y a los otros que juntaran sus cosas y que las hicieran caber en las mochilas, luego que formaran en el playón principal de la unidad, y por fin que se subieran a la parte de atrás de unos camiones de frente curvo, con el escaso cobijo de unas lonas mal atadas. No iban lejos, pero tampoco cerca: iban a un sitio llamado Azul. Tardaron horas en llegar.

María Teresa trata de serenar a su madre, que mayormente la escucha pero no la oye, o que en su defecto la oye pero no la entiende, o que en última instancia la entiende pero no le cree, con un argumento simple pero a todas luces insuficiente: que Azul queda hacia el sur, es cierto, pero que en todo caso no es el sur. Ella se ha fijado en un mapa, lo consultó en el colegio, en tercer año no se da geografía argentina pero en quinto sí. Azul está en la provincia de Buenos Aires, más o menos por el medio, antes de las elevaciones repentinas de Sierra de la Ventana, y por sobre todas las cosas lejos del mar, bien lejos del mar. La madre llora de todas formas y se pregunta qué es lo que vendrá después.

En el colegio la prioridad absoluta es preservar debidamente la atmósfera de disciplina y concentración para el estudio. No se pasan por alto las diversas alternativas del curso de los acontecimientos, y de hecho el señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, ha determinado el uso obligatorio de escarapelas argentinas en las solapas, decisión que afecta a los alumnos del colegio no menos que a sus autoridades. Pero en una casa de estudios es eso precisamente, la aplicación al estudio, lo que debe privilegiarse. La tarde en la que, por razones que se ignoran, sonó la sirena del diario *La Prensa*, y que debido a su proximidad se escuchó en el colegio como si se la propalara por los parlantes que hay en los claustros, no faltaron gemidos de inquietud y una vaga fantasía de bombardeo. Incluso los profesores, o sobre todo los profesores, mudaron sus expresiones hacia la mesurada precaución o hacia el miedo declarado, según los casos y los temperamentos, al sentir ese sonido hasta entonces conocido tan sólo en las películas. La sirena del diario *La Prensa* sonó durante casi un minuto esa tarde, y nunca se supo por qué: si la activaron accidentalmente o si la estaban poniendo a prueba. El único sonido del exterior que por lo común es capaz de llegar hasta el colegio, atravesando el considerable grosor de sus históricos muros y el hermético envasamiento de sus ventanas siempre cerradas, es el anuncio acampanado de cada

hora exacta, de cada media hora, de las y cuarto y de las menos cuarto, emitido desde la torre del ex Concejo Deliberante con idéntica música a la que, en Londres, caracteriza al Big Ben. Fuera de ese conteo minucioso del paso del tiempo, que el colegio recoge a una cuadra de distancia, las jornadas de clase transcurren como si el edificio del colegio no estuviese en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, sino en medio de un desierto. Nada de lo que pueda sonar afuera alcanza a resonar adentro. Pero la sirena del diario *La Prensa*, instalada en esa célebre cúpula que da lustre a la Avenida de Mayo, sonó afuera como si estuviese adentro. Y adentro, para peor, todos callaron, suspendidos y pendientes. Duró un minuto, casi un minuto. Después volvió el silencio y nada pasó. Nada. Entonces hubo risas nerviosas, bastantes risas, cosa extraña en el colegio, y las hubo incluso entre los profesores, o sobre todo entre los profesores. Pasado ese minuto, y pasado su desenlace, el dictado de clases se retomó como si nada hubiese acontecido; a nadie se le ocurrió que hubiese otra posibilidad, y de hecho no la había. Sólo la dictadura de Rosas, que fue la mayor tragedia de la historia argentina en todo el siglo XIX, había interrumpido las actividades de enseñanza en el colegio, y nada semejante debía volver a ocurrir, ni siquiera por un día.

María Teresa empieza a poner en práctica su propósito de vigilar los baños durante los recreos. Normalmente los preceptores recorren los claustros al azar, mientras los alumnos dedican ese tiempo a conversar o a repasar apuntes de estudio o a comprar alguna cosa para comer en el kiosco que hay en cada piso del colegio. María Teresa conserva, en su ir y venir de ojos bien abiertos, la apariencia de lo azaroso: un poco por acá, otro poco por allá, como es propio de cualquier ronda de vigilancia. Pero en verdad ya no se desplaza enteramente al azar, sino privilegiando ese tramo en particular del claustro del segundo piso que es donde se encuentra el sector de los baños. En cada piso hay dos baños, uno para varones y uno para mujeres. Cada baño tiene dos puertas, una en cada extremo. Las puertas son de dos hojas, dos hojas de madera pintadas de verde, de tipo vaivén, como se ven en las películas del oeste que pasan por televisión los sábados a la tarde. Puertas vaivén que no llegan hasta el piso, sino más o menos hasta la altura de los muslos, a las que hay que empujar con el hombro o estirando una mano para entrar o para salir, y que luego quedan oscilando en uno y otro sentido, precisamente con el movimiento que les da su nombre, con una fuerza que va decreciendo hasta dejarlas quietas otra vez en el punto preciso en que quedan a la par una con otra.

El baño de varones es el que escoge María Teresa. Si en efecto, tal como ella lo supone, hay alumnos que fuman en el colegio, tiene que ser ahí donde lo hacen y no en otra parte. El andar de los preceptores es siempre pausado, firme pero sereno. Ella tiende a apurarse un poco al pasar por delante de las puertas del baño, y esto lo tiene que corregir sin dudas. Sin llegar a detenerse en ese sitio, lo que sería impropio, debe estirar la duración de su paso frente a las puertas para darse chance a detectar eso que quiere detectar. La vista la baja, no vaya a parecer que espía hacia el interior del baño de los varones, cosa que, con el mecanismo que adoptan las puertas vaivén, no sería para nada imposible. Lo que quiere no es mirar, lo que quiere no es ver, sino captar por la vía del olfato si en el secreto de los baños se verifica una violación del reglamento. Este examen resultaría desde luego más sencillo para un preceptor varón, porque contaría con la posibilidad de entrar él mismo al baño. Pero María Teresa no piensa en compartir sus sospechas con algún colega, con Marcelo o con Leonardo o con Alberto; quiere ser ella la que descubra al infractor y pueda por fin presentar el caso resuelto a la consideración, seguramente admirativa, del señor Biasutto.

Del baño emana siempre un olor penetrante a lavandina. Aunque fuerte, y hasta agresivo, es olor a limpieza. A lo largo del día ese olor va menguando por necesidad, afectado por el uso continuo del lugar y por el paso consecutivo de las horas; pero

nunca llega a ser superado por esos otros olores, los más propios de los baños, los que en los baños de las estaciones de tren, por ejemplo, o en los baños de ciertos bares, imperan sin obstáculo alguno. A lo sumo se llega, al cabo de cada jornada, a cierto grado de neutralidad que no expresa higiene pero tampoco falta de higiene, es decir cierto olor a nada, o bien la completa falta de olor. Como sea, nunca nada que indique, ni al empezar la jornada, ni al promediarla, ni al concluirla, olor a tabaco negro; ninguna secuela que pueda quedar en el aire de un alumno que encendió un cigarrillo en la relativa privacidad de los recintos tabicados, para tragar el humo y después soltarlo, o bien para soplar el humo sin siquiera haberlo tragado, que es el estilo con que muchos adolescentes fuman o creen que fuman. Francisco es la única persona, después de su padre, a quien María Teresa ha visto fumar con detalle.

El señor Biasutto no se ha interesado por estas indagaciones, cuya concreción de todas formas desconoce, pero María Teresa sabe bien que si ella alcanzara a descubrir una evidencia incontestable de todas estas irregularidades, que por ahora tan sólo entrevé, el jefe de preceptores se mostraría sin dudas complacido y hasta reconocido con ella. Se lo nota particularmente atareado en estos días, tal vez por eso no le ha dicho nada. Aun así, cuando se cruzan en un pasillo o en la sala de preceptores, nunca deja de dedicarle un gesto, un gesto de sentido difuso por lo general, pero que en cualquier caso expresa hacia ella alguna clase de distinción o deferencia, o que por lo menos le indica que él tiene presente aquella conversación tan especial que mantuvieron hace unos días. Es un período de bastante exigencia en las tareas del colegio, hay mucho para hacer a toda hora, porque se entiende que sin un esfuerzo especial las cosas acabarían por salirse de lo corriente. Y no existe nada máspreciado en el colegio que los hábitos.

Las horas libres, por ejemplo, que en términos generales son admitidas tan sólo como un accidente que se da en casos extremos, ahora deben ser neutralizadas por completo. Los profesores del colegio nunca faltan, se citan por tradición los casos de los que han asistido a dictar clases enfermos o convalecientes o a horas de haber sufrido la pérdida irreparable de un ser querido, porque preferían faltar a un chequeo o a un entierro antes que al colegio. Pero a veces, de todas maneras, y porque toda regla precisa de la excepción para ser regla, algún profesor se ausenta. Por supuesto que debe avisarlo con suficiente antelación, y no hay vez que no lo haga con un remordimiento sincero, pero lo cierto es que entonces quedan horas libres en la grilla de clases. Para las horas libres rigen las mismas pautas de comportamiento que para las séptimas horas, aunque los preceptores suelen decir, de las séptimas horas, que no son horas libres. El señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, ha dispuesto ahora un cambio en lo atinente a las horas libres (un cambio ideado para la preservación de la normalidad en el estudio, para asegurarse que nada altere el imperio soberano de la normalidad). Cuando un profesor se ve obligado a faltar a clase, debe comunicar a los preceptores de los cursos afectados no solamente el aviso de su falta, como siempre, sino también los contenidos de una tarea pedagógica que los alumnos tendrán que cumplimentar durante el transcurso de esas horas a las que, pese a todo, se sigue denominando libres. Los propios preceptores son los encargados de impartir a los cursos las tareas, supervisar su cumplimiento y recoger sus resultados, para hacérselos llegar posteriormente al profesor que faltó.

María Teresa va a ocupar ahora el escritorio de la tarima en el aula de tercero décima, porque el profesor Cano, que dicta historia, no concurrirá a dar clase en el día de hoy. Hay que cubrir dos horas: la quinta y la sexta, las últimas dos de la jornada. María Teresa manipula por primera vez el pizarrón doble que tanto ha visto, y que por un sistema que en algo le recuerda al mundo teatral, permite subir uno para que baje el otro, y viceversa. Frotando sin vehemencias la felpa del borrador, hace desaparecer de la faz de la pizarra una ecuación de doble incógnita que, por lo que se ve, dejó

aturdidos a los alumnos de tercero décima desde la hora anterior. El profesor Cano, que ha venido enseñando las guerras púnicas en las últimas clases, dejó como tarea a realizar en la eventualidad de su ausencia, que ahora se verifica, un ejercicio de análisis y discusión de citas. El polvo de tiza que flota en el aire después de haber borrado el pizarrón enturbia todavía la vista y no se disipa del todo. María Teresa escribe en el frente: «Lea atentamente las siguientes citas. Coméntelas y relaciónelas». Luego tose o carraspea, y aclara que las citas son doce y que las va a dictar. Dicta con el mismo equilibrio de firmeza y pausa que emplea para recorrer los claustros durante los recreos. De todas formas, siempre hay alguno que es lerdo para escribir y que le pide que espere. O alguno que no logra retener las últimas palabras que ha dicho y le pide que repita.

La primera cita que ha dejado el profesor Cano, y que María Teresa dicta a los alumnos de tercero décima, es de Sun Tzu. Antes de leerla, gira y anota en el pizarrón, con letra de imprenta para ser más clara: «Sun Tzu. *El arte de la guerra*». Luego dicta: «La esencia de las artes marciales es la discreción». Hace una pausa. Repite: «La esencia... de las artes... marciales... es... la discreción». Otra cita: «El engaño es una herramienta de la guerra». Hace una pausa. Repite: «El engaño... es una herramienta... de la guerra». Tercera cita, unida a la anterior: «Ten en cuenta que también los enemigos hacen uso del engaño». Hace una pausa. Repite: «Ten en cuenta... que... también los... enemigos... hacen uso... del engaño». Cuarta cita.

—¿Sigue siendo Sun Tzu?

—Sí, Valenzuela. Hasta que yo no diga lo contrario, las citas corresponden a *El arte de la guerra* de Sun Tzu.

Cuarta cita: «No presiones sobre el enemigo desesperado». Hace una pausa. Repite: «No presiones... sobre el enemigo... desesperado». Quinta cita: «Victoria total es no tener que haber llegado a la batalla». Hace una pausa. Repite: «Victoria total... es... no tener que haber llegado... a la batalla».

Hasta aquí, Sun Tzu. Ahora María Teresa gira de nuevo hacia el pizarrón y anota, justo debajo de lo que anotó antes: «Nicolás Maquiavelo. *Del arte de la guerra*». Dicta la sexta cita, primera de Maquiavelo: «Lo que mantiene unido a un ejército es la fama de su general». Hace una pausa. Repite: «Lo que mantiene... unido... a un ejército... es la fama... de su... general». Séptima cita, segunda de Maquiavelo: «Hay que tratar de no empujar al enemigo a una situación desesperada». Hace una pausa. Repite: «Hay que tratar... de no empujar... al enemigo... a una situación... desesperada». Ahora el tercer autor. María Teresa escribe en el pizarrón: «Karl Von Clausewitz. *De la guerra*». Octava cita, primera de Clausewitz.

—Espere, por favor.

Octava cita, primera de Clausewitz: «Ninguna otra actividad humana tiene contacto tan permanente y universal con el azar como la guerra». Hace una pausa. Repite: «Ninguna otra... actividad... humana... tiene contacto... tan permanente... y universal... con el azar... como la guerra».

—¿Puede repetir?

—No. Después lo copia de un compañero.

Novena cita, segunda de Clausewitz. Dicta: «La guerra implica incertidumbre». Hace una pausa. Repite: «La guerra... implica... incertidumbre». Décima cita. Tercera, y última, de Clausewitz: «En muchas guerras la acción abarca la menor parte del tiempo y la inacción la mayor parte». Hace una pausa. Repite: «En muchas guerras... la acción abarca... la menor parte... del tiempo... y la inacción... la mayor parte».

María Teresa podría accionar el dispositivo de los pizarrones, ese que tanto recuerda a las tramoyas de la escenificación teatral, para que la parte del pizarrón en la que tiene que escribir ahora le quede justo a la altura del pecho. En vez de hacerlo, ella se agacha. Y así, agachada, un tanto incómoda, anota, con una letra algo más deficiente a

causa de la incomodidad, el dato del último autor de la lista: «M. Zedong. *Escritos militares*». Luego dicta la undécima cita: «Todos cuantos participan en la guerra deben liberarse de los hábitos corrientes y acostumbrarse a la guerra». Hace una pausa. Repite: «Todos... cuantos participan... en la guerra... deben liberarse... de los hábitos... corrientes... y acostumbrarse... a la guerra». Por fin dicta la última cita del trabajo, que es del mismo autor: «Admitimos que el fenómeno de la guerra es más inasible y ofrece menos certidumbre que cualquier otro fenómeno social». Hace una pausa. Repite: «Admitimos... que el fenómeno... de la guerra... es más inasible... y ofrece menos certidumbre... que cualquier otro... fenómeno... social».

María Teresa deja sobre el escritorio la hoja con las citas que ha preparado el profesor Cano. En el pizarrón ya está escrito lo que los alumnos tienen que hacer.

—¿Alguna duda?

—No.

—¿Ninguna duda?

—No.

—Muy bien, señores. A trabajar.

Los alumnos bajan la cabeza y se ponen a escribir. Algunos, que no empiezan todavía, aprietan la punta de una birome entre los dientes esperando, cavilosos, que las ideas que tienen cobren forma de palabras. María Teresa los mira hacer y se dispersa. Es el último tramo del día que va pasando.

La siguiente postal que manda Francisco viene de Azul. Ésta tiene que haberla comprado él mismo. La debe haber comprado nueva, y sin embargo ya viene con las puntas ajadas, como si alguien la hubiese empleado alguna vez para señalar con ella la página en la que interrumpía la lectura de un libro voluminoso, aunque lo más probable es que nunca nadie la haya utilizado ni para eso ni para nada, y que el leve arqueado y la raspadura de las esquinas de la postal no se deban a otra cosa que a su extenso ciclo de añejamiento en el exhibidor de metal de un bazar del pueblo, siendo profusamente considerada y desechada por sucesivos viajeros de comercio, choferes de micro de larga distancia o maestros de escuela que cubrían una suplencia.

La imagen que la postal ofrece corresponde sin dudas a la plaza principal de Azul. En su centro se yergue la estatua de rigor, la del general José de San Martín encumbrado en su caballo, estirando, hacia el horizonte, desde el hombro un brazo y desde la mano un dedo. A los lados se ven unas hileras de flores jubilosas, cuya coloración al parecer ha sido retocada para mejorar la foto. María Teresa ya está lista para encontrarse no más que con un puñado de palabras manuscritas por su hermano. Pero esta vez no hay nada, no ha escrito nada. Tan sólo ha puesto su firma, su nombre: Francisco. Y nada más.

En el colegio nadie sabe que María Teresa tiene un hermano. No tienen, por lo demás, manera alguna de saberlo, ya que a la regla general de parquedad que impera en el trato, ella le agrega una dosis personal de retraimiento y reserva. En la sala de preceptores, durante el horario de clase, sigue las conversaciones, las veces en que las hay, pero es poco lo que aporta en ellas, y ese poco consiste por lo común en frases huecas de ocasión (qué barbaridad, quién hubiera dicho, no lo puedo creer, Dios no lo permita: esa clase de expresiones). Durante los recreos, los preceptores andan sueltos, separados unos de otros, para cubrir así un área más amplia de control en los claustros, y por lo tanto no conversan. Ella además transita sostenidamente ese sector del que los demás se desentienden bastante, que es el de los baños. María Teresa no ceja en su solapada custodia del área. Merodea por ahí con insistencia, aunque sin evidenciar una preocupación especial. Por el momento sigue sin obtener ningún resultado positivo. De ese recinto proviene siempre un mismo olor a lavandina, con predominio en el vaho de lo que ella juzga que es amoníaco, o bien un aire denso pero inodoro, como ya verificó otras veces.

Para peor, en Buenos Aires ha empezado a hacer frío con más intensidad, porque el invierno está más próximo, y bajo las tempranas ráfagas del viento cortante de las calles María Teresa ha sucumbido a las molestias de un resfrío pertinaz. Lleva por eso siempre consigo un pañuelo de mujer, discretamente oculto entre la manga prieta de su pulóver negro y los volados blancos de la manga de su blusa, con el que se suena y se suena una y otra vez, soplando hasta sentir la presión del esfuerzo en los oídos; pero aun así la nariz se le vuelve a congestionar al instante, sin nunca quedar completamente despejada. No huele bien, ha perdido sutileza en el olfato, los matices es seguro que se le escapan. No obstante se tranquiliza con la segura convicción de que el olor del tabaco, si llegara a existir, no se le podría pasar por alto, ni aun a la distancia.

Los baños motivan una circulación peculiar entre los alumnos del claustro, y María Teresa sólo ahora, que acecha y atiende, puede advertirlo. Hay alumnos que van al baño en todos los recreos, y hasta entran ahí más de una vez durante un mismo recreo. Hay otros alumnos que, en cambio, nunca van: parecen no necesitarlo. Algunos pasan sólo para permanecer adentro varios minutos, es decir que lo hacen exclusivamente para atender grandes necesidades; y hay otros que entran y salen con extraordinaria rapidez, tanto que María Teresa se queda pensando cómo es posible que hagan su descarga de manera tan expeditiva, si bien ella sabe, como sabe cualquiera, que en esto los varones no proceden igual que las mujeres, ni tienen, a *posteriori*, los mismos requerimientos de higiene. Oye voces de varones en el baño, al pasar frente a las puertas; no es que quiera oír, lo que quiere es oler, pero no puede dejar de oír cada vez que pasa (tampoco quiere ver, ni quiere mirar, pero la vista a veces se filtra por las tuyas en los resquicios y entre ranuras, distinguiendo, sin afanes, partes de piernas, espaldas fugaces, una mano en movimiento). Hay voces, conversaciones, María Teresa las distingue, los varones cuando van al baño al parecer no se comportan del mismo modo en que lo hacen las mujeres, las mujeres hablan antes y después de lo que hacen, pero lo que hacen lo hacen a solas, ensimismadas incluso, renunciando en ese trance a la existencia de los otros. A los varones María Teresa los imagina en cambio en una singular combinación de intimidad y vida social, porque la impresión que tiene es que no interrumpen las conversaciones al hacer lo que hacen, que aun mientras lo hacen pueden reírse de un chiste que el otro dijo, o dejar que el otro les dé una palmada amistosa en un hombro, o hasta mirarlo a la cara como se hace en cualquier charla, y todo esto María Teresa lo va pensando recién ahora, en estos días, a consecuencia de su vigilia de preceptora, porque antes sus ideas sobre esta clase de cosas eran muy otras, o en realidad, más que ser otras, no existían en su mente para nada.

## Ciencias morales

El señor Prefecto ha decidido una inspección. Conviene hacerla, sin dar un aviso previo por supuesto, con cierta periodicidad, porque las costumbres, no importa el empeño que se ponga en fundar y reafirmar valores, tienden a relajarse. Son dos las prioridades de esta requisa sorpresiva: el pelo y las medias. Cada preceptor sabe muy bien lo que el reglamento establece a propósito de estas dos cuestiones. Pero una cosa es conocer lo que el reglamento dice y otra muy distinta es supervisar que su cumplimiento se verifique con el suficiente rigor. El pelo las mujeres deben llevarlo recogido, ya sea en trenzas o en colas, ajustado con hebillas y sujeto con una vincha de color azul. El flequillo no está permitido (no se dice expresamente, pero se presupone, que una frente despejada es signo de inteligencia). Los varones deben llevar el pelo corto: corto significa por encima de las orejas y dejando en la nuca un espacio libre que equivale a dos dedos de una mano de tamaño normal. Las medias deben ser, en todos los casos, de nylon y de color azul. Es sencillo examinar que las chicas acaten esta disposición, porque usan jumper y las medias que llevan quedan perfectamente a la vista. En el caso de los varones la constatación se complica, toda vez que sus pantalones grises y pesados caen hasta apoyarse en los zapatos negros tipo mocasín. Para permitir el control de sus medias, los varones tienen que adelantar una pierna, y luego la otra, alzando un poco la botamanga de su pantalón. Este gesto involucra cierta delicadeza que a los varones, evidentemente, no les sienta. María Teresa recorre la fila de los alumnos formados en el claustro: ya tomaron distancia y están en posición de firmes. Las medias de las chicas se ajustan a las reglas, todas sin excepción. Son azules, son de nylon y las llevan levantadas. Luego hay que pasar a los varones. María Teresa tiene que inclinarse un poco más para ver bien, y precaverse: como saben que sus medias no quedan tan fácilmente a la vista, los varones son más propensos a estar en infracción. Aquí, por ejemplo, Calcagno. Sus medias son azules, sí, que es lo que corresponde, pero no de nylon sino de toalla, son medias tipo tenis, de una marca que se ilustra con el dibujo de la silueta de un pingüino en pose. María Teresa reconviene a Calcagno pero no lo sanciona, toma nota de su caso en la planilla y le advierte que al día siguiente se va a fijar en que sus medias sean las indicadas. Calcagno promete corregirse y la inspección continúa. Cuando está por llegar el turno de Baragli, María Teresa tiene una especie de mal presentimiento. No sabe de qué puede tratarse, si de medias rojas o de qué, no lo sabe, le resulta indefinido, pero aun así adivina un mal signo y eso sí se le vuelve claro. Ve las medias de Baragli y son inobjtables. Azules y de nylon. Pero él, para mostrarlas, pega un tirón excesivo a la botamanga, la levanta por demás, y así revela, a los ojos aproximados de María Teresa, no ya sus zapatos lustrados y sus medias obedientes, sino una parte de su pierna, una franja de pantorrilla pálida y veteada de vellos oscuros, le muestra eso, se lo hace ver, y ella se acercó tanto que ahora no puede esquivar el detalle crudo de esa piel expuesta. Baragli retira la pierna y de inmediato le acerca la otra. María Teresa no se repone, una especie de zumbido la empieza a atontar, siente que sus mejillas se han puesto más espesas y calientes. La otra pierna: Baragli la arrima, ella sigue inclinada, no es la media lo que va a mostrarle, no es su irreprochable sumisión a las reglas del colegio, es la pierna, es su pantorrilla, Baragli la va a exhibir, la va a exhibir para ella, su pierna de varón, sus pelos de varón, una franja de piel descubierta entre el gris de los pantalones y el azul de la media. La botamanga esta vez sube todavía más, se ve más piel, se ve más pierna, la pantorrilla, María Teresa se ha puesto roja y lo sabe, se endereza con un cierto mareo que la turba, Baragli la mira, congela el gesto, la media reglamentaria y en el medio esa piel, la piel y sus manchas, su textura en detalle, el reglamento del colegio establece que las medias deben ser azules y de nylon y Baragli cumple inobjtablemente con el requisito, María Teresa padece un mareo y por eso un zumbido, o un zumbido y por eso un mareo, y no se siente del todo bien.

—Está bien, Baragli. Vuelva a la fila.

Sigue la inspección desencajada. Si alguien le presentara unas medias de otro color, negras o celestes, algo bien llamativo, no dejaría de notarlo, pero una falta más sutil, como fue la de Calcagno, que las medias sean azules pero no de nylon sino de toalla o de algodón, es algo que en este momento bien podría escapar a su examen. Mira todo someramente y quisiera terminar pronto con esto: no se siente bien. No está segura, pero le parece que debajo de su blusa la humedece un sudor repentino e indeseado. Se va recuperando, pero de a poco. De a poco el ahogo se empieza a aliviar, el zumbido casi desaparece, se seca la transpiración. Por fin llega a Valenzuela, el último de la fila, que lleva medias grises, y María Teresa lo reconviene con una voz que sabe que ya no le va a temblar.

—Sus medias, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora.

—Son grises, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora.

—Y tienen que ser azules, Valenzuela.

—Sí, señorita preceptora. Lo que pasa es que tuve un problema.

—Qué problema, Valenzuela.

—Se rompió el secarropas en mi casa, señorita preceptora.

—Lo que pase en su casa no me interesa, Valenzuela. Las medias tienen que ser azules.

—Sí, señorita preceptora.

—No grises: azules.

—Sí, señorita preceptora.

—Para mañana.

—Sí, señorita preceptora.

—Sin falta.

María Teresa anota a Valenzuela en la planilla. Antes había puesto: «Calcagno: medias de toalla», y ahora pone, un poco más abajo: «Valenzuela: medias grises». Se acerca la segunda parte de la revisión. Ella apenas logra afirmarse en su equilibrio precario, recién recuperado, sin terminar de entender bien qué es lo que le pasó. Tal vez, se dice, un abrupto bajón de presión, esas descompensaciones que a veces pasan cuando alguien se agacha de golpe, o en verdad, mejor dicho, cuando alguien se incorpora de golpe después de haberse agachado. María Teresa piensa que puede haber sido eso, que debe tener bajo el azúcar, y decide que apenas llegue a la sala de preceptores se va a preparar un buen té con limón.

Con esos pensamientos en principio se calma, pero la inspección general va a reanudarse, según el señor Prefecto acaba de proferir, y basta con ese anuncio para que el malestar regrese. El control del pelo es también mucho más simple en el caso de las chicas: alcanza con echar un vistazo global para detectar que existan vinchas y hebillas, que el pelo esté atado y prolijo, que todo sea como tiene que ser. El pelo de los varones, en cambio, puede requerir una pericia de mayor precisión. El reglamento dice que tiene que haber no menos de cuatro centímetros de separación entre el pelo y el cuello de la camisa: con dos dedos de una mano de tamaño normal se calibra esa medida. En muchos casos no existe ninguna duda, porque lo que se ofrece a la vista es una nuca categóricamente rapada, que presenta un aspecto semejante al de los campos arrasados por un incendio. Entonces sencillamente no hay dudas. Tampoco las hay cuando los mechones de cabello se estiran y cuelgan hasta rozar el cuello de la camisa, o incluso, peor aún, hasta tocarlo, y por lo tanto la infracción queda completamente en evidencia. Entre una alternativa y la otra, sin embargo, hay un abanico bastante amplio de casos dudosos, casos difíciles de resolver con sólo un golpe de vista, y que por lo tanto requieren la medición concreta del espacio que va del

cuello a la camisa del alumno sospechado. María Teresa no se siente muy dispuesta a tocar ahora la nuca de alguno de estos chicos. No quisiera. Lo piensa y no quisiera, y contempla cada cuello y cada corte secretamente amedrentada. Nota con verdadero alivio que el pelo de Baragli está manifiestamente largo: no es preciso fijarse en detalle.

—Corte de pelo, Baragli.

—Sí, señorita preceptora.

Anota en la planilla: «Baragli: corte de pelo». La misma anotación corre para Cascardo, para Bosnic, para Tapia y para Zimenspitz. Ningún caso dudoso se le presenta, hasta que llega a Valenzuela. Valenzuela, el último de la fila. Los alumnos recurren, astutos, a sus tretas de siempre: inclinar la cabeza hacia adelante, tirar de la tela de la camisa hacia abajo por atrás. Así procuran inventar los cuatro centímetros que la letra del reglamento exige. Valenzuela seguramente lo intenta, lo está intentando ahora, en este mismo momento, pero no termina de conseguirlo. Ella observa y calcula, con deseos de absolución. Pero no es para nada indudable que dos dedos suyos quepan ahí, en el tramo que va de la camisa al pelo. Puede que sí, puede que no. Y María Teresa no puede arriesgarse. Si más tarde, o allí mismo, el señor Prefecto o el señor Biasutto descubrieran una incorrección, ella, como preceptora de tercero décima, sería la responsable por haberla omitido.

Entonces tiene que tomar la medida que el reglamento prescribe, posando a tal efecto dos dedos juntos en la nuca de Valenzuela. La ventaja de que sea el más alto, y por ende el último de la fila, es que nadie va a tener frente a sus ojos este episodio: nadie va a ser su testigo inmediato. María Teresa se acerca a Valenzuela, tiene que levantar la mano un poco para llegar hasta su nuca, es indispensable que al hacerlo su mano no tiemble, o que si tiembla él no tenga manera de enterarse. Apoya por fin dos dedos unidos en la nuca del alumno. La nuca es tibia, se siente extraña, la cubre una especie de pelusa que no llega a ser pelo, aunque a la vez no sea otra cosa que pelo, y que le confiere al roce cierta suavidad. Dos dedos suyos: el índice y el mayor, los de la mano derecha, en la nuca de Valenzuela. El dedo índice no alcanza a tocar esos hilos de pelo enrulado que Valenzuela lleva como si llevara una peluca, como si no fueran suyos. María Teresa no debe apresurarse, no puede rozar apenas y despegarse pronto, como si arrimara esos dedos a un cable con electricidad o a una olla con agua hirviente. No puede evidenciar esa zozobra, debe hacer su medición con toda calma y sacar sus conclusiones sin premura. El contacto dura entonces uno o dos segundos, y acaso tres. Sólo después ella retira los dedos de la nuca de Valenzuela. Cuando lo hace, está segura de que el alumno no es pasible de sanción ni de advertencias.

—Está bien, Valenzuela. Pero no se deje estar.

Se queda mal por el resto del día. De a ratos fastidiada, de a ratos afligida, no ve la hora de llegar de una vez por todas a su casa. En el subte, mientras viaja, se siente oprimida por la oscuridad del túnel y por momentos le parece que ahí abajo el aire falta. Cuando llega a su casa, pese a que lo anhelaba, no se siente mucho mejor. La compañía de la madre sirve de poco: pasa las horas mirando la televisión, y a veces escuchando la radio al mismo tiempo, saturada de conjeturas más que de noticias, experta fallida en temas de diplomacia y negociación internacional.

Cuando se hacen las nueve y llega la cena, no tiene apetito. Nada de hambre: nada. Se siente revuelta, de a ratos incluso asqueada. Mira sobre el plato la más trivial de las porciones de pollo, que a sus ojos se presenta como un manojo inusitado de carne agredida y huesos ingratos: algo difícil de admitir, algo imposible de comer. La madre le sugiere que coma igual, aduce que a menudo la sensación de náusea se debe justamente a un largo ayuno y que basta con probar un solo bocado para que el malestar se disipe. Persuadida por el argumento, María Teresa lo intenta y lleva a la boca un poco de comida. La mastica por minutos, le cuesta tragarla; cuando por fin la traga, violentándose al hacerlo, es sólo para poder parar de masticar. El resto del pollo

lo deja en el plato. Dice que se va a acostar.

—¿Sin bañarte?

Bañarse le provoca el mismo rechazo que comer. Lo único que quiere es acostarse a dormir, estar ya durmiendo, estar ya dormida. Deja a la madre comiendo sola y meneando la cabeza; se cambia prontamente, se guarece en la cama para dormirse de una vez. Pero no se duerme. Su mismo deseo de hundirse en el sueño es tan urgente que la mantiene despierta. No se puede dormir. A lo sumo alcanza un umbral de sueño, como si ensayara lo que es dormir, pero no llega a deshacerse de veras del mundo de la vigilia y ya está de nuevo con los ojos abiertos, dañados por el brillo de las ranuras de la persiana. Por la cabeza le pasan imágenes, tal vez se ha dormido y son un sueño, tal vez son una maquinación de la mente (la maquinación que no la deja dormir o la que, apenas empieza a dormirse, la despierta). Se mezclan en esas imágenes la pierna de Baragli y la nuca de Valenzuela, una cosa con la otra se mezclan y se confunden, resultando de esos contagios asociaciones bien extrañas (por ejemplo: una nuca con vellos de pantorrilla, o una pantorrilla con pelusa de nuca, o dos dedos que se estiran para tocar una pierna). María Teresa apela al recurso que desde niña le sirve para dormirse siempre en paz, sosegada y protegida; pero esta noche ni siquiera el rosario apretado en una mano le da la calma que necesita.

Fatigada por el insomnio, decide levantarse. Encuentra a la madre sentada frente al televisor, con las luces apagadas. El reflejo celeste de la pantalla le da un aspecto borroso al ambiente.

—¿Qué mirás?

—Las noticias.

Se sienta en el otro sillón y se pone a mirar ella también. No está demasiado concentrada, su pensamiento divaga por regiones aledañas (por ejemplo: si alguna vez comprarán o no el televisor a colores) y demora unos cuantos minutos en notar que la atmósfera extraña del transcurso de las noticias no se debe, como supuso, a su desvelo o a la deshora, sino a que el aparato funciona con el volumen reducido a cero: pura imagen sin sonido, pura gesticulación.

—¿No querés escuchar lo que dicen?

—Dicen siempre lo mismo.

—Pero ya que mirás, ¿no querés escuchar lo que dicen?

—Cuando quiero escuchar, pongo la radio.

En la pantalla hay un cantante pegado al micrófono. Canta con los ojos siempre cerrados y abriendo, a cambio, la boca con exageración. Esa exageración en la elocuencia se reduce a morisqueta, toda vez que los visajes quedan despojados de sonido. Al pie hay un cartel sobreimpreso que dice: «Festival solidario». Vistas de banderitas argentinas agitadas con el puño en alto se intercalan en la transmisión. Después aparece un poco el presentador de noticias del canal. No es uno de los principales, los principales conducen la emisión de las ocho de la noche, a medianoche ponen siempre a alguno de la segunda línea, a veces a un joven que recién empieza y a veces a un viejo que ya está a punto de retirarse. Viene la siguiente noticia: un reportaje a un muchacho de barba negra que le habla al periodista con aire reflexivo.

—¿Quién es?

—No sé. Me parece que un cantante.

Aparece un sobreimpreso al pie de la pantalla, que dice: «Julio Villa».

—Ah, no, no. Pensé que era Gianfranco Pagliaro, pero no es.

Las imágenes que se ven a continuación revelan que Julio Villa juega al fútbol. Se lo ve maniobrar y después patear, vestido con una camiseta de rayas celestes y blancas.

—Juega en la Selección, ¿no?

—Parecería.

María Teresa se va quedando dormida en el sillón, mientras termina el noticiero y

empiezan a pasar una película (cine argentino, años cuarenta: tampoco ahora la madre sube el volumen de la televisión). Se duerme sin darse cuenta, vencida a medias por el cansancio y a medias por el aburrimiento. La madre decide no despertarla para que se vaya a la cama, temiendo que en el traslado de un sitio a otro vuelva a imperar el insomnio. En vez de eso, trae una frazada y la tapa casi sin tocarla.

María Teresa amanece dolorida, con puntadas en el cuello y en la espalda, antes de que salga el sol. Es la primera vez que quisiera faltar al colegio. Por supuesto que no considera seriamente esa posibilidad, va a ir al colegio y lo sabe, pero es la primera vez que siente que preferiría no tener que hacerlo, que le gustaría alejarse un poco de ese mundo en el que tiene que pasar lista, controlar la formación, llevar el libro de temas de los profesores, sancionar indisciplinas, estar permanentemente alerta, evitar debilidades, borrar el pizarrón, proveer de tizas, mantener informadas a las autoridades, cuidar el patrimonio.

Llega al colegio ya cansada y deseando que el día termine, cuando está apenas empezando. La falta de sueño se cobra lo suyo en el ardor de los ojos o en la flojedad de las rodillas. Incluso las voces más planas le resultan cavernosas, como si retumbaran, y ella se queda más pendiente de ese eco que de aquello que las voces le dicen. Al tomar asistencia al frente de tercero décima, se escucha decir los apellidos como si los conociera por primera vez, y en más de un caso confunde la palabra «presente» con la palabra «ausente». Por fortuna este mal día no se carga con dificultades agregadas: Calcagno ha venido con medias de nylon, Valenzuela ha venido con medias azules, hoy mismo se han cortado el pelo Baragli, Bosnic, Cascardo, Tapia y Zimenspitz, Valenzuela preventivamente se lo ha hecho cortar también, Capelán parece olvidado de Marré en el momento de tomar distancia durante las formaciones. Ningún profesor falta: viene la profesora Pesotto, para dar clase de física durante las dos primeras horas, en la tercera y la cuarta viene el profesor Schulz, para dar clase de latín, en la quinta viene el profesor Ilundain, para dar castellano, y en la sexta viene la profesora Carballo, para dar geografía. A María Teresa su propio cansancio la ayuda a desentenderse de Baragli, anulando sus probables actitudes, y fuera de la verificación de que se haya cortado el pelo, lo omite durante toda la tarde. En torno de los baños nada descubre, aunque ejecuta su vigilancia con desgano y sin reales esperanzas, por pura profesionalidad. Pasa el día casi sin ver al señor Biasutto, y eso en cierto modo la pone mal. El jefe de preceptores mantiene continuas reuniones con el señor Prefecto y con el señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría, tal vez ultimando detalles para la organización del acto patrio del 25 de mayo, que se aproxima, y apenas si se lo ve en la sala de preceptores o en los claustros durante los recreos. Sus intercambios del día con él no pasan de un saludo de ocasión, superficial y a la distancia, y ella quisiera tener, pero no tiene, alguna novedad que reportarle.

El día concluye con la habitual entonación de «Aurora», mientras la bandera argentina es bajada y recogida en el claustro central del colegio. Los alumnos, que comúnmente se limitan a murmurar las letras de las canciones patrias, incluso cuando se trata de las estrofas del himno nacional, por estos días las cantan con mayor compromiso y mejor articulación. Se les entiende lo que dicen, en vez de dejarlo todo librado a la voz de soprano que brota grabada por los parlantes del claustro. Cantan claro y dicen: «Alta en el cielo / un águila guerrera / audaz se eleva / en vuelo triunfal».

En una reacción extraña, que ni ella misma se explica, María Teresa completa sus obligaciones de la jornada y en lugar de irse a su casa tan pronto como puede, alarga con excusas su permanencia en el colegio. No se entiende, no se explica, porque hoy menos que nunca ha sentido ganas de concurrir al trabajo, hoy habría querido quedarse metida en la cama sin tener nada que hacer, y si ha venido pese a todo es por obligación y por su neto sentido de la responsabilidad. Ha hecho bien su trabajo porque para ella no cabe otra alternativa que ésa, según la educación que recibió y los

valores que ostenta. Claro que ahora son casi las seis y media de la tarde, los alumnos de tercero décima se han retirado, los preceptores de los otros cursos también, ella misma terminó con todo lo que tenía que hacer, ya archivó la lista de asistencias, ya revisó el libro de firmas de los profesores, ya proveyó de tizas al aula de tercero décima, que mañana a las siete y diez de la mañana será el aula de tercero quinta, se puede ir a su casa cuando quiera, ya podría estar en la calle, ya podría estar cerca del subte. Y sin embargo se queda. No quiere volver a su casa, así como esta mañana no quería venir al colegio, y se queda. Ni se le ocurre salir para ir a otra parte, a cualquier otra parte, que no sea su casa. Ni se le ocurre. Su espectro de opciones es más simple: no quiere volver a su casa y entonces permanece en el colegio. Ya nada la retiene de manera objetiva, ella sola se inventa razones para postergar el momento de irse. Revisa planillas ya revisadas, repasa el libro de temas de los profesores, archiva fichas de sanciones ya cumplidas, acomoda las tizas en las cajas de cartón, desenrolla mapas de Asia y de África para después volver a enrollarlos.

A las siete menos diez, sale de la sala de preceptores. El colegio luce vacío. Ningún curso de tercero tiene hoy séptima hora, por lo que en el claustro no se ve absolutamente a nadie. María Teresa va a salir, casi podría decirse que se ha resignado a hacerlo. Lo va a hacer, pero lo va a hacer dando un rodeo. El camino más corto la llevaría hacia las escaleras que pasan al final del pasillo, las del lado de la Rectoría. Ella decide, sin saber por qué, bajar hoy por las escaleras de la otra ala, las que le quedan más lejos, las del lado de la Biblioteca. Para eso, claro, tiene que dar toda la vuelta, atravesar este claustro, pasar frente al kiosco, pasar frente a los baños, llegar al otro claustro, recorrerlo también de punta a punta, y sólo entonces alcanzará la escalera por la que piensa bajar.

El kiosco está cerrado y así, cerrado, presenta la apariencia de lo que más claramente es: un simple cubo hecho de chapas. María Teresa se queda parada delante del kiosco, como si fuese eso lo que la detiene. Pero muy pronto se sincera y se da vuelta, y no hay nadie; mira en la otra dirección, y tampoco hay nadie. En el colegio el silencio es total: ni rumores lejanos se escuchan. María Teresa apoya apenas una mano en la madera cierta de las puertas verdes. Con un leve impulso podrá moverlas. Se siente raramente tranquila, casi feliz. Mira su propia mano apoyada en la puerta del baño de varones, y esa mano le comunica una certeza, una decisión: que va a abrir esa puerta y va a entrar.

## Séptima hora

La puerta del baño chirría al abrirse. Es imposible percibirlo durante el día, cuando los claustros se colman de pasos y de conversaciones. Pero ahora, en el silencio, la puerta suelta un silbido que casi parece una delación. María Teresa ya ha puesto un pie en el baño de varones, se asoma y eso alcanza para confundir sus sentidos. Es como si hubiese saltado, tal cual sucede en algunas películas, a una dimensión de irrealidad: a un mundo con otras leyes, sin gravedad o sin infancia por ejemplo, o a un mundo de otro tiempo, donde las cosas son las mismas pero tienen otra significación. A pesar de esta transformación repentina, atina a tomar una precaución de absoluta sensatez: en vez de soltar la puerta una vez que la traspuso, dejándola en libertad de hacer el movimiento de vaivén que le es tan propio, la lleva ella misma, sujetándola desde arriba con la misma mano con que la empujó, hasta aparearla con su hoja gemela, para detenerla en el punto justo en que quedan las dos alineadas, sin que nada sobresalga hacia el pasillo ni se ofrezca a la vista de nadie.

El baño tiene, al igual que los claustros, un revestimiento de azulejos hasta una altura determinada, que María Teresa calcula en dos metros, y de ahí en más, hasta los techos inalcanzables, las paredes están pintadas. Todo igual, pero en tonos más claros: los azulejos son ocre, en vez de verdes, y las paredes están pintadas de un amarillo muy claro o de blanco. Hay cuatro ventanas en la parte superior de la pared del fondo. Están muy altas, bien lejos realmente, y tan cerradas como todas las otras ventanas del colegio. Para abrir alguna de estas ventanas hace falta maniobrar una de esas largas varillas de metal, con un dispositivo especial en la punta, que sólo se obtienen en Intendencia (y no sin la autorización escrita del señor Prefecto). María Teresa razona que el humo que podría producirse por la situación clandestina de fumar los alumnos en el baño, no hallaría el desagote de esas aberturas como para escapar por allí hacia afuera, ni tampoco una cordial renovación del aire en el ambiente, por la entrada limpia de un viento fresco. Ninguna chance de disimulo, en ese sentido. Pero razona también, al contemplar el recinto, que el lugar es tan espacioso, las paredes tan retiradas, los techos tan distantes, que difícilmente dejaría el humo turbio del tabaco negro, en caso de existir, de dispersarse en gran medida, de diluirse bastante, reduciendo así las chances de su detección en la pesquisa. Cuál de estos factores, de por sí contradictorios, habría de tener más incidencia llegado el caso, no logra definirlo. Ahora mismo, que ya no otea el baño desde afuera, sino que ha entrado resueltamente en él, no puede decir, a ciencia cierta, cuál es el olor que predomina en el aire. El del tabaco negro seguramente no, ni predomina ni subyace; pero tampoco son claros los olores de todo baño, los de la descarga humana, ni aun, al cabo del día, los de la lavandina reforzada.

Frente a las puertas por las que se entra, pero no a su misma altura, hay cinco recintos separados uno de otro por paredes más delgadas, cada uno con su puerta también verde. Estos recintos existen en una escala menor: ni las puertas llegan hasta el suelo, ni las paredes llegan hasta el techo. Son reductos relativamente cerrados, protectores en gran parte de cierta intimidad, pero no del todo discretos: no completamente herméticos. En cada una de estas divisiones, hay una base de loza blanca. En el centro de esa loza hay un agujero, doblemente oscuro por estar rodeado de blanco, y adelante dos contornos en forma de pie subrayados por estrías que sirven para evitar resbalones. María Teresa se asoma y conoce esta clase de artefactos por primera vez. Imagina la situación de empleo de esta pieza sanitaria: le parece difícil mantener el equilibrio en ella, difícil no caerse hacia atrás y a la vez inclinarse lo necesario para soltar la deposición sin salpicar la propia ropa replegada a los pies. Le resulta por lo demás un sitio incómodo y sumamente exigente en lo que hace a puntería. En algo el baño de varones se revela semejante al de las mujeres: en la separación de estos lugares de moderada privacidad, confirmando que hay cierta clase de cosas que toda

persona pretende realizar completamente a solas. Pero en algo el baño de varones se diferencia del de las mujeres, y es que las mujeres cuentan con inodoros donde hacer sus necesidades. Inodoros algo elementales tal vez, algunos carentes del todo tanto de la tapa exterior como de la tapa intermedia, la que sirve para sentarse; pero en cualquier caso una opción más moderna y satisfactoria que esta otra que aquí descubre, donde los varones deben sin duda tambalearse y padecer, y a menudo descargar sin hacer blanco allí donde se espera que lo hagan.

Todo esto lo razona en abstracto, con entera inexperiencia, y no obstante acierta en todas sus deducciones. Lo comprueba al asomarse a alguno de estos recintos y encontrar ante sus ojos un cuadro bien distinto al de la perfecta higiene. No es esto lo que le importa, sin embargo, no es esto lo que está buscando. Se asoma con prescindencia del asco, en procura de lo que la convoca: la huella de una colilla aplastada contra el suelo, un resto de cenizas caídas a un costado. Explora cuidadosa, pero nada encuentra. Descarta uno por uno los recintos del escondite posible, sin que haya pistas en ninguno. Sólo dos han quedado sucios, los otros tres están bien, sin uso o sin las consecuencias del uso. Se mete en uno de esos tres. Entra ahí, con una mezcla inusitada de decisión e indecisión, la misma que experimentó en el momento de entrar al baño. Pasa y cierra la puerta. Gira el pestillo: la puerta está trabada. Verifica al instante el efecto de privacidad, en lo que tiene de suficiente y de insuficiente. Por una parte queda a solas, perfectamente a solas, sin ser vista por nadie, a salvo detrás de la puerta. Pero por otra parte es notorio que la puerta se interrumpe a la altura de las rodillas y que no hay techo ni paredes que contengan los sonidos.

María Teresa prueba a hacer lo que tienen que hacer los varones: pone los pies en la silueta de los pies de la loza y se agacha como si fuese a sentarse, aunque la falta de asiento la obliga a quedar en suspenso. Comprueba que un método posible para adquirir estabilidad es estirar las manos hacia los costados y afirmarse contra las paredes. Se siente prontamente cansada, con un temblor en las piernas, pero eso puede deberse a lo mal que durmió a la noche. El agujero ahí abajo, el agujero ahí detrás, repele pero atrae. Es el lugar de las inmundicias, es cierto, pero también es cierto que, desde el punto de vista de su forma, de la pura forma, esos agujeros son como el misterio: tienen la forma de los misterios. María Teresa repara de pronto en que los varones no son como las mujeres, no tienen el cuerpo igual; es obvio, pero ella no lo había pensado hasta ahora. Una mujer, por ejemplo ella, aquí podría ensayar la complicada postura de cuclillas a medias, y liberarse a la vez de las dos urgencias del cuerpo humano. En cambio a los varones, ella lo sabe, les sale una cosa rotunda hacia adelante, sin haberlo visto nunca bien lo sabe, porque lo sabe todo el mundo, y no se explica cómo podría un varón satisfacer a la vez las dos necesidades del cuerpo y que las dos se dirijan por igual al misterio del agujero que todo lo traga.

La costumbre de escribir cosas en las paredes de los baños está rigurosamente prohibida en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Sus paredes lucen límpidas. En otros baños públicos, los de los bares o los de las terminales de micros, es usual ver inscripciones diversas y por lo común muy chocantes. Le viene al recuerdo un episodio de la infancia, en un baño de la terminal de micros de Río Cuarto, cuando viajaba con su madre y con su hermano a pasar seis días de vacaciones al hotel sindical de Villa Giardino. El micro que los llevaba paró cuarenta minutos en Río Cuarto, para dar tiempo a la cena. María Teresa pidió ir al baño y la madre no la acompañó: se limitó a señalarle una puerta sin lustre y a escabullirle en el bolsillo un rollo húmedo de papel higiénico. María Teresa fue y se sentó, y mientras se aliviaba en silencio ensayó la pericia flamante de la lectura de corrido. La mayoría de las leyendas que había en las paredes hostigaban a Onganía o vivaban a Boca Juniors. Era el año sesenta y nueve: en mayo había habido grandes protestas políticas en Córdoba y en diciembre Boca Juniors había ganado el Campeonato Nacional. En medio de esas inscripciones, María

Teresa detectó una más discreta, en formato más chico y escrita en negro, lista empero a ser descubierta por quien la buscara. Decía escueta: «Chupo conchas», y abajo agregaba un número de teléfono. Para entonces ella ya sabía de la existencia de esa palabra, que su madre nunca usaba y ella misma no debía nunca usar. Era una palabra de los varones. Las mujeres debían decir vagina, en caso de necesidad, y preferentemente no hacer referencias al tema. A María Teresa la inquietó encontrar esa palabra de los varones en el baño de las mujeres, le dio que pensar que era posible que un varón entrara en ese baño y llegara hasta donde estaba ella, con la bombacha en las rodillas y la madre muy ajena. Se limpió mal y salió del baño a las apuradas, demorada a cada paso por imprevistas trabas, como podría ocurrir en un mal sueño: la puerta no se abría, el suelo patinaba, dos señoras muy obesas obstruían la salida, luego perdía de vista a su madre y a su hermano.

Pasados los años, María Teresa recuerda aquel episodio, acaso porque ella es mujer y ha entrado ahora en el baño de los varones. Claro que lo hace porque es preceptora, la preceptora de tercero décimo, y hay un alumno de esa división, un alumno por lo menos, llamado Baragli, pero tal vez algunos más, que fuman en el colegio, y eso no pueden hacerlo en otra parte que en el baño. Fuera de esa asociación, aquí las paredes de los baños se ven impecables, nadie escribe nada en ellas, no hay frases ni dibujos que hieran la sensibilidad, en parte porque la enseñanza impartida en la institución disuade de tales prácticas y en parte porque la textura encerada de los azulejos dificulta en gran medida la inscripción de leyendas, a la vez que facilita su eventual eliminación mediante el simple trámite de pasar un trapo húmedo por su superficie.

En la puerta del baño, en cambio, que es de madera, María Teresa advierte raspones. Raspones que en primera instancia parecen casuales, grietas de la madera, resquebrajaduras ocasionadas por el mero paso del tiempo. Con una mirada más atenta, sin embargo, se torna evidente que esas formas no son caprichosas, que las trazó una mano humana, que esas rayas y esas curvas alguna vez formaron o quisieron formar letras, y con las letras palabras. Se nota, mirando con cuidado, que esas hendiduras le fueron provocadas a la madera, acaso con un elemento punzante como podría ser una navaja, o acaso, si se piensa en los materiales que son propios del universo escolar, con el pinche metálico de un compás, y no que son aberturas que la madera produjo por sí misma, por contracción o por desgaste. Alguien escribió en esa puerta alguna vez, y no lo hizo con tinta o con grafito, no lo hizo con algún medio que después tolerara el borrado, sino con un método más drástico, con la ambición de lo indeleble, algo cercano al grabado o a la talladura: sacarle tiras de madera a la puerta, arrancárselas, extirparlas, para crear así palabras y escritura. De nada sirvió: el remedio administrado por las autoridades del colegio consistió en pintar otra vez las puertas, emparejando así de nuevo la superficie de la madera herida, y suprimiendo para siempre la existencia de la leyenda que alguien alguna vez inscribió. Lo que se dice una solución expeditiva: una mano o dos de la misma pintura verde y lo escrito desaparece para siempre.

No obstante, con los años, una lenta decantación parece haberse producido: la de la madera absorbiendo la pintura. Un proceso tan minúsculo y despacioso como sólo puede serlo la incorporación de una materia en los poros de otra materia, cada gota de grumo asimilada por cavidades invisibles que chupan sin saber. Y así la puerta del baño, la puerta del baño de varones del claustro de tercer año del Colegio Nacional de Buenos Aires, recupera en parte lo que fue escrito en ella hace tiempo. No vuelve al corte nítido, pero tampoco lo pierde del todo. En su lugar, si uno se fija, hay ahora una hendidura leve, una diferencia de relieve tan apenas insinuada, que es más fácil percibirla con los dedos que con la vista. Por eso María Teresa toca, toca la puerta, del lado de adentro, con la yema de los dedos. Y así va descubriendo formas, como si

fuese ciega y leyera en Braille. Formas: un redondel, una línea que sube, que baja, que sube, que baja, una curva estrecha que arriba no se cierra: formas que hacen letras. María Teresa trata de leer, como si fuera Braille, la leyenda secreta de la puerta del baño. La primera palabra no logra entenderla. Alguna letra suelta, una erre, tal vez una pe, pero la palabra entera no. Después viene una o: redonda y en imprenta, una o. Y después, es decir abajo, seis letras que va desgranando, una por una, hasta determinar que, en su combinación, conforman la palabra «muerte». María Teresa, intrigada, hace nuevos intentos con la primera palabra, instando a sus dedos fatigados a que sientan y comprendan. Pero es inútil: en este tramo la pintura le va ganando a la madera, la tapó y la aplanó de un modo que la madera no ha podido revertir, o paliar, hasta ahora. La primera palabra no se entiende, sigue perdida. Se lee solamente: o muerte.

María Teresa deja la puerta y vuelve al agujero negro del sanitario. Quiere comprobar si es posible ver lo que sea que haya caído ahí adentro: fósforos apagados o cigarrillos a medio fumar. Se afirma con las dos manos contra las paredes, tal como antes practicó, pero ahora sin agacharse y sin mirar hacia la puerta. Se asoma con suma cautela, no quisiera patinarse. Mira: no se ve nada. Nada de nada. El hueco se pierde en la negrura más absoluta, como evocando lo que fuera el origen rural de esta modalidad sanitaria: no la cavidad de loza, no el tubo de desagüe, no la cloaca, no la ciudad, sino el pozo, el pozo sin fondo, el pozo ciego, el pozo que se abre a la oscuridad para perderse en la profundidad anuladora de la tierra. Si los alumnos del colegio al fumar tiran ahí, como es posible que lo hagan, los fósforos y la ceniza y lo que les queda de cigarrillo, no habrá manera alguna de dar con sus rastros, a menos que cometan, alguna vez, algún error. Razón de más para proceder como María Teresa ya tiene pensado hacerlo: sorprendiéndolos en pleno acto.

Suelta el pestillo, abre la puerta y sale del cubículo. Se encuentra otra vez en el sector general del baño de varones. Al frente encuentra cuatro lavabos de formato más bien pequeño, cuya escasa novedad se aprecia en la existencia de dos canillas distintas, una para el agua fría y otra para el agua caliente, en vez de una sola que permita mezclarlas y lograr el evidente progreso que supone el agua tibia. A cambio de este rezago, un avance de la modernidad: jabones de colores, en forma de grandes huevos, se ofrecen a las manos desde una especie de gancho de metal adosado a la pared. Esos jabones, frotados y humedecidos, se van adelgazando con el uso, hasta desvanecerse por completo y revelar el secreto de su esqueleto de metal. Hasta tanto eso ocurre, recogen en su redondez rastros de dedos, los dedos sucios de los varones en el baño, perdiendo, es verdad, su tamaño, pero nunca su forma ni tampoco su color. En esto el baño de varones también es igual al baño de mujeres. Y lo es igualmente en los dos espejos que hay en la pared, encima de los lavabos. María Teresa, que no es muy alta, tiene que ponerse en puntas de pie para verse reflejada en uno de ellos. Lo hace y se mira. Es extraño, hace días, días o semanas, que no se detiene a contemplarse en un espejo, y viene a hacerlo ahora, en el colegio donde trabaja, en el baño de varones del colegio donde trabaja. Se mira como es: el flequillo geométrico, los anteojos de siempre, la cara redonda, la boca ausente, la palidez. Se encuentra como siempre: un poco insulsa. Sabe que no es agraciada, lo sabe desde chica, pero cuando ha querido pensarse como fea, tampoco ha conseguido convencerse. Las feas muchas veces atraen, lo sabe por esa cantante, Barbara Streisand, que a su hermano algo le gusta. No siendo linda, podría haber sido fea, pero tampoco lo es. Se mira ahora: tiene cara de cansada. Está más pálida de lo normal, tiene ojeras ya casi violáceas y en los costados de la boca dos líneas hostiles se le subrayan. Prueba a sonreír: quiere saber qué gesto le queda mejor, si la seriedad o la sonrisa. No se decide. Sería parece añeja, no vieja sino añeja, una mujer de otra época, la figura posible de una pintura medieval. Pero al sonreír descubre sus dientes, dientes demasiado gruesos, y encuentra que tiene cara de tonta. Una solución intermedia, que

no sea ni una cosa ni la otra, es la que se resuelve como su expresión insulsa, que es la más habitual.

Los pies se cansan de estar en punta: duelen los dedos y también los empeines, las partes que se doblan. María Teresa considera la conveniencia de lavarse las manos antes de irse, teniendo en cuenta que se ha metido en los cubículos más severos, que los ha hurgado, que ha tocado sus puertas y sus paredes. Se decide y está a punto de hacerlo, pero justo entonces los dos extremos del baño llaman su atención. Siendo su tramo más evidente, incluso el que desde afuera mejor puede atisbarse, los había omitido hasta ahora. La verdadera peculiaridad del baño de varones, aquello que cabalmente lo distingue del baño de mujeres, es justamente eso que se encuentra ahí: la hilera de mingitorios. En cada extremo hay cinco mingitorios, en total son diez, aunque son tan iguales de un lado y del otro, tan perfectos en su simetría, que bien podría haber solamente cinco y del otro lado en verdad un gran espejo que se limitara a reproducirlos. Los varones, ella lo sabe, no se sientan para orinar. Lo sabe porque lo sabe todo el mundo, pero además porque su madre le reprochaba siempre a su hermano que mojara en la casa la tapa del inodoro, cuando esa tapa quedaba baja y él por dejadez no la levantaba. Aquí es donde los varones no se comportan de igual forma que las mujeres, aquí es donde sacan al aire sus cosas de adelante y hacen parados lo que las mujeres hacen bien sentadas y sin evidenciarse. Y además aquí es donde los varones renuncian sin tapujos al decoro de la privacidad, aquí se paran alineados uno al lado del otro, como si fuesen paseantes que se detienen a mirar una vidriera en la calle, como si estuviesen en el borde de un andén esperando la llegada de un subterráneo; pero no es una vidriera lo que tienen frente a ellos, ni tampoco las vías vacantes del subte que va a venir, sino los mingitorios, la serie de mingitorios, y ellos tienen sus cosas de adelante afuera y en las manos, y María Teresa se acerca a mirar los cinco mingitorios quietos donde todo eso ocurre, como si el lugar albergara el secreto cabal de los hechos que suceden en él, o como si esos hechos tuviesen un secreto que el lugar donde transcurren pudiese revelar a quien lo indagara.

Estos mingitorios son grandes, rectos como lápidas, también marmóreos; parten más o menos desde la altura del pecho y luego llegan hasta el suelo. Periódicamente reciben, mediante un dispositivo automático, una descarga de agua que corre por dentro y los aseá. El desagote se produce por un puñado de orificios que pueden observarse al pie. María Teresa se fija con cuidado, inclinada para mejor ver, en ese sector de desenlace; todo indica que esa rejilla de perforaciones es por demás insuficiente, o que los orificios se tapan con excesiva facilidad, porque en vez de verse despejada y limpia esa parte se presenta como una especie de ciénaga en miniatura. Allí se junta la orina, restos de orina retenida por horas, en un anegamiento espeso de improbable solución. Su color es igualmente espeso: denso y barroso, es un color que no existiría sin el tiempo y la inmovilidad. En esos lagos microscópicos flotan cosas o se hunden cosas: papelitos, pelos cortos, tapitas de gaseosa, virutas de un lápiz al que le han sacado punta. Cenizas de cigarrillo no, colillas de cigarrillo no. Tampoco el hilo dorado que se desprende de los paquetes de cigarrillo cuando se los abre. María Teresa se fija con detalle, sin darse cuenta se ha puesto en cuclillas. Justo en ese momento se activa la descarga de agua de los mingitorios. Caen hilos de agua blanca y resbalan por la pendiente de la loza vertical, y ella los contempla como si fuesen la magra cascada de un arroyo largamente privado del alimento de las lluvias. Al llegar abajo esos hilos de agua provocan un rumor, sin llegar a un burbujeo, y un temblor de la orina junta y de las cosas que allí quedan. El color de esa cuenca se aclara en algunos tonos. El volumen del líquido aumenta, aunque sin peligro de desborde, y luego merma con ritmo paulatino; lo que revela que algo de lo volcado sí se va, que no todo lo volcado permanece.

En la postura que ha adoptado, María Teresa queda a la altura ideal para notar que el

trazo blanco de los mingitorios exhibe, en su parte media, la marca indudable de una coloración distinta. Allí se han puesto ocres, amarronados quizás en algunos tramos, y la razón de esa tintura es evidente: que ésta es la zona exacta en la que impactan los hilos de orina que sueltan los varones. Las cosas aquí son distintas, y ella lo sabe, a lo que pasa con las mujeres: aquí la orina no cae, vertida hacia el agua, sino que es despedida, es lanzada hacia adelante con tanta evidencia como la que tienen esas cosas tan ciertas con que los varones la expiden. La línea brillante sale con fuerza y golpea, en vez de meramente rociar, la superficie blanca del urinario. Allí donde impacta, allí donde insiste, empieza a perderse la blancura, y en su lugar se forma un centro de irradiación y en derredor unas cuantas líneas, de un color que no es el de la orina pero que lo evoca. Sin un plan ni repugnancia, María Teresa acerca un dedo, el dedo índice de su mano derecha, hasta esa parte del mingitorio, y lo apoya. Lo apoya, y luego de apoyarlo lo frota. Tal vez quiere probar la resistencia de esa impregnación; quiere ver si, frotada con energía, desaparece y se limpia. O tal vez es lo contrario, justo al revés, y lo que quiere probar es si el poder de impregnación es tal que, una vez que se lo frota un poco, ese color se pasa a la yema de su dedo.

María Teresa retira el dedo, lo mira, lo huele: está intacto. No obstante, al incorporarse, retoma la intención que había tenido antes de emprender esta parte de su indagación: abre una canilla del lavatorio inmediato y empieza a lavarse las manos. Las frota circularmente en el jabón liso y suave donde los varones habitualmente frotran las suyas. Después las enjuaga, prefiriendo el agua fría. No tiene dónde secarlas. Recurre entonces a su pequeño pañuelo, el que lleva consigo en la manga desde que se resfrió, para quitarles lo más gravoso de la humedad, aunque sabe que no alcanzará a dejarlas secas del todo.

Sólo ahora, cuando se dispone a salir, se le ocurre pensar si algún integrante del personal de limpieza no estará por entrar al baño de varones para hacer su trabajo. Son personas muy calladas, visten guardapolvos azules, sus nombres nadie los conoce y durante el horario de clases casi nunca se los ve. Es ahora, precisamente, al acabarse el día, cuando se desperdigan por el colegio para aclarar, con grandes escobillones de aspecto barbado, el suelo de los claustros, para desatar de los techos las incipientes telas de araña, o para liberar los baños de inmundicias a baldazos.

María Teresa se asoma y no ve a ninguno de ellos. Sale del baño sin vacilar. Ya está en el pasillo: en un lugar que es de todos. Pasadas las siete y media, sale a la calle. A su juicio hace menos frío ahora que al mediodía, pero admite que se trata de una impresión personal. No podría asegurar que la temperatura no haya bajado con la llegada de la noche.

## Ciencias morales

Los canteros de Plaza de Mayo, prolijos como nunca, ayudan a emprolijar el aspecto general de la plaza. No es la época del año que más favorece la prosperidad de las flores, el mes de mayo se acaba, el aire de otoño de la ciudad oprime por su opacidad no menos que por su peso. Y sin embargo las flores en los canteros se yerguen bien alineadas y bastante lustrosas, combinan con el juego de agua de las fuentes sin pisadas, y el aspecto a veces mustio y a veces caótico de la plaza principal de Buenos Aires por estos días se neutraliza y se revierte en la amabilidad de un paisaje en armonía. Es el marco imprescindible, en última instancia, para la conmemoración cívica de un gran acto patrio. Se cumplirá en breves días un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo. Frente al Cabildo, que fue donde sucedieron los acontecimientos de la historia, se congregan ahora, en número nutrido y en perfecto orden, espesos dignatarios de la Iglesia, severos integrantes de las fuerzas castrenses, representantes sucintos de diversas entidades sociales (ligas patrióticas, clubes secretos, asociaciones de caridad, centros de filantropía), grupos dispersos del así llamado público en general, y sobre todo las columnas perfectamente educadas de los alumnos del colegio.

Es una verdadera excepción a la regla: el desfile de los alumnos por las calles de Buenos Aires se lleva a cabo tradicionalmente los días 20 de junio, la fecha en que se conmemora el fallecimiento (en la soledad y en la pobreza) de Manuel Belgrano, héroe nacional y ex alumno del colegio. Ese día, la víspera de cada invierno, es cuando salen los alumnos a las calles a ostentar sus pasos rectos y la total ductilidad para adoptar la vista al frente y la posición de descanso. Van desde el colegio, que queda en la calle Bolívar, hasta la calle Moreno primero y hasta la avenida Belgrano después. Doblan por Belgrano y siguen hasta la calle Defensa, donde se encuentra la iglesia de Santo Domingo; los restos del prócer reposan en la parte delantera de ese templo solemne, rodeado de efigies griegas.

Las circunstancias son excepcionales y alientan, en consecuencia, a hacer una excepción: que los alumnos del colegio desfilen por las calles un mes antes de lo acostumbrado, para el 25 de mayo en vez del 20 de junio, o para el 25 de mayo además del 20 de junio, y que lo hagan en la dirección opuesta a la corriente: saliendo por Bolívar hacia la calle Alsina, y después hacia la Diagonal Julio Argentino Roca, hasta desembocar, frente al Cabildo precisamente, en plena Plaza de Mayo. Van a participar de los actos oficiales por un nuevo aniversario del primer grito de libertad de toda América del Sur. Llovizna y hay viento y nadie puede quejarse o lamentarlo, porque la historia cuenta que en el día del suceso, vale decir el 25 de mayo de 1810, también llovía y a nadie le importó.

A María Teresa se le nublan los cristales de los anteojos. Los limpia cada tanto, para asegurarse de ver bien. Los alumnos de tercero décima son, como siempre, los que están específicamente a su cargo, pero la consigna silabeada con énfasis por el señor Biasutto al cuerpo de preceptores, del cual es jefe, fue que todos vigilaran todo. No se temen inconductas ni algún acto de indisciplina: los alumnos del colegio, insuflados de espíritu patriótico, no habrán de tener otro comportamiento que el que se debe. Pero es sabido que en la cobertura del acto en la plaza habrá periodistas, y no solamente los periodistas de los medios locales, como por ejemplo la revista *Gente* o el semanario *Somos* o el diario *La Nación* (que fundara Mitre, el fundador del colegio), sino periodistas de países extranjeros, como Francia o como Holanda, que se encuentran en el país cumpliendo con sus corresponsalías. Los alumnos del colegio están entrenados ante todo para la avidez por los saberes faltantes, pero también lo están para el orgullo por los saberes adquiridos. En las aulas cursan sus horas rigurosas de inglés o de francés (quien cursa inglés de primero a cuarto, cursa francés en quinto y sexto, y viceversa). Lo practican rutinariamente con *miss* Soria o con *mademoiselle* Hourcade. Al enterarse de que en el acto del 25 de mayo habría periodistas

extranjeros, muchos de ellos se entusiasmaron con la posibilidad de practicar estas lenguas con sus hablantes nativos: francés con los franceses, inglés con los ingleses. Hay sin dudas una motivación muy noble en esta iniciativa, un deseo equivalente al de las clases de ejercicios prácticos en química o en física o en biología. Pero los preceptores, muy precavidos, al enterarse de estos comentarios los revelaron al señor Biasutto, y el señor Biasutto hizo lo propio con el señor Prefecto, y el señor Prefecto hizo lo propio con el señor Vicerrector, a cargo de la Rectoría. Y el señor Vicerrector en persona recorrió las aulas, una por una, para hablar a los alumnos del colegio y explicarles, con palabras simples pero elocuentes, que lamentablemente no se podía dar por garantizada la necesaria honestidad de los periodistas extranjeros; que sus preguntas ocasionales podían parecer perfectamente bien intencionadas, pero que las notas que luego escribirían para los medios de sus respectivos países podían no serlo en absoluto; que la declaración candorosa que cualquiera de ellos podía efectuar ante la lucecita roja de un grabador de mano podía sufrir después, y razones no faltaban para temerlo, muy graves tergiversaciones, con la artera intención de deslucir la imagen argentina ante los ojos del mundo. En consecuencia, las autoridades del colegio impartían la orden estricta de no mantener absolutamente ningún contacto con los representantes de prensa de los países extranjeros.

Los alumnos del colegio forman tiesos, de cara al Cabildo, y los preceptores deben supervisar la limpidez de su proceder. Algunas personas de campera y paraguas se les acercan.

—*Qu'est-ce que vous pensez de la guerre?*

Los alumnos del colegio no contestan. Sonríen o saludan, o fingen no escuchar, pero en cualquier caso no contestan.

Se entonan, llegado el momento, las estrofas del himno nacional argentino. Los acordes musicales que acompañan a las voces no provienen, por esta vez, de las rugosidades de un disco trajinado por la púa, sino de la recia ejecución de la fanfarria del cuerpo de Granaderos a Caballo General San Martín. Cesa la llovizna, aunque no el viento. Sigue un discurso encendido a cargo de un funcionario que luce ropas de civil: un traje gris oscuro y una corbata al tono, debajo de un impermeable negro que brilla por la humedad. Su voz retumba. No falta quien se emociona.

María Teresa frota los lentes de sus anteojos con una pequeña gamuza anaranjada, pero no consigue darles la transparencia que quisiera. Vuelve a ponerse los anteojos y los siente neblinosos. A través de esa leve bruma, que lleva consigo, observa a los alumnos de tercero décima. Le resulta extraño verlos así, formados como siempre, con sus uniformes y sus atenuadas expresiones de siempre, pero fuera del colegio, fuera de los claustros y fuera de las aulas, al aire libre, a la intemperie. Se pierde en una especie de ensueño, hasta que el clamor repartido de un «¡Viva la patria!» la sacude y la despierta.

El acto termina y empieza la desconcentración. Las nubes no se abren, pero el cielo se aclara. María Teresa advierte que el señor Biasutto se acerca hacia ella. Viene tan intencionado que a ella le da la impresión de que va a decirle alguna cosa. No lo hace, sin embargo, no le dice nada. Se queda en sus alrededores y se limita a hacerle un gesto con las cejas o con la frente, algo que parece significar que todo está en orden. Ella le insinúa una sonrisa de acuerdo.

Los alumnos del colegio permanecen en sus puestos, testigos quietos de la lenta dispersión de los hombres de ornamentos violáceos, los de gorras verde oliva, las señoras de pañuelo al cuello, los agitadores de banderitas plásticas. Sólo después se les indica que, manteniendo la fila derecha y el paso pausado, retomen el camino hacia el colegio. También ellos deben decirse, mentalmente, el ritmo machacoso del izquierderé (pensarlo pero no decirlo, como el un-dos-tres, un-dos-tres de los que aprenden a bailar y prueban pasos nuevos en la pista lustrada), para andar unos con otros

perfectamente acompasados.

En las escaleras del colegio, los preceptores controlan el ingreso de los alumnos. Suben de a tandas, división por división. Allí en la puerta, otra vez el señor Biasutto se arrima adonde está María Teresa. Hasta tal punto parece evidente que hay algo en especial que quiere decirle, que ella gira hacia él y lo mira dispuesta a escuchar. Pero entonces él baja la vista, se aprieta las manos, la línea prolija de su bigote tiembla. No le dice nada. María Teresa descubre que lo ha importunado y vuelve pronta la vista hacia los alumnos del colegio, justo en el momento en que los de tercero décimo inician el ascenso por las escaleras grises.

Esa misma noche comprueba que la exposición al viento frío y a la llovizna de otoño la ha resfriado por completo. Por eso pasa el fin de semana en cama, de a ratos con algunas líneas de fiebre. Tose y estornuda, con la garganta tomada, y la congestión continua la adormece. En el comedor, mientras tanto, la madre pasa el tiempo con la televisión y la radio; hace días que habla el lenguaje de la tecnología naviera. De Francisco llegan dos postales, dos postales juntas, si bien cada una en un sobre distinto. Debe haberlas mandado con algunos días de diferencia, una un jueves, por ejemplo, y la otra el martes siguiente, o una un lunes y la otra el lunes posterior, con una semana de diferencia; pero el correo de Azul, o el correo de la base de Azul, según parece reúne correspondencia en cantidad antes de despacharla, toda de una vez, a los respectivos destinos, y los distintos tiempos de escritura se anulan y se funden en un único día de reenvío general.

Las dos postales se ilustran con la imagen ya conocida de la estatua de San Martín en la plaza central de Azul. No son, con todo, perfectamente idénticas, porque en una de ellas los colores son bastante más apagados, como si la foto la hubiesen sacado en un día con nubes (no es ésta la razón, sin embargo; esta postal, y no la otra, ha de haber padecido con largura la exposición a la luz del sol en alguna vidriera escasamente renovada, y se sabe que esa luz, con el tiempo, decolora). Francisco ha escrito, en el envés de la primera postal, su nombre y su apellido. Y en el envés de la otra postal, la que mandó días después pero llegó en el mismo momento, escribió tan sólo su nombre.

María Teresa guarda las postales de su hermano en el cajón de la mesa de luz, entre estampitas y fotos familiares de la infancia. En estos días que pasa convaleciente, las revisa y las relee, como si fuesen largas cartas y contuviesen historias prolongadas. Llora y reza, a veces por la paz, a veces por la victoria, y siempre por el hermano. Dormita el resto del tiempo, y si se siente mejor se levanta a hacerle compañía a la madre. Miran juntas la televisión y comparten comentarios esporádicos.

—A mí, Marita, qué querés que te diga: el mar nunca jamás me gustó.

A la tarde juegan al rummy, y gana la madre. Gana porque tiene mejores intuiciones, pero también una memoria descomunal para las cartas que ya pasaron. De fondo no cesan la radio y la televisión: en la tele transmiten un largo programa destinado a la recolección de fondos, con abundancia de lágrimas y donación de joyas, a la manera de las damas mendocinas que contribuyeron en la historia a la gesta libertadora del General San Martín; en la radio alternan canciones en castellano con entrevistas a destacadas figuras del quehacer nacional, que se pronuncian con emoción sobre el heroísmo y el frío.

A la noche suena el teléfono. Es raro que suene el teléfono en la casa, ni María Teresa ni la madre cultivan amistades; Francisco sí, pero Francisco no está; por estos días entonces casi nunca llama nadie. El timbre del teléfono las sobresalta al sonar.

—¿Quién podrá ser?

La madre se encoge de hombros.

—Fijate vos, Marita.

Se comportan como si en un llamado hubiese algo que temer. María Teresa se arregla

el pelo con ambas manos antes de decidirse a levantar el tubo. La madre la mira expectante. Ella luce pasmada, pero apenas escucha, del otro lado, la voz reconocida que la saluda entre zumbidos, el semblante muta a la alegría: es Francisco el que llama, y llama desde el sur. Consiguió unos pocos cospeles para el llamado, que es de larga distancia; hay que aprovechar el tiempo que tienen para hablar porque no es mucho. El hermano dice que está bien, ya no en Azul, sino en Bahía Blanca, y que está bien; pero no quiere hablar de sí sino preguntar por ellas, por la madre y por la hermana, de sus días de vida nueva nada tiene para contar: que cuenten ellas. Entonces María Teresa le cuenta un poco lo que van viendo en la tele, las cosas que se dicen en la radio; lo cuenta embarullada, nerviosa por la sorpresa, se enreda y de repente, casi sin despedirse por el apuro, le pasa el teléfono a la madre. La madre dedica el tiempo disponible, hasta que se oye un chasquido y después el tono de ocupado, a dar decenas de recomendaciones: sobre el abrigo, sobre la alimentación, sobre la fiebre, sobre los amigos, sobre el fumar, sobre los chifletes de viento en la noche, sobre la autoridad y la obediencia y sobre las ventajas del buen dormir. No llora mientras habla ni tampoco va a llorar después, cuando el llamado termine y haya que colgar el tubo. De hecho en estos días llora poco, a veces casi nada, mucho menos en todo caso que en la etapa de Villa Martelli. Se adiestra, eso sí, en temáticas navales, y habla de millas o de nudos, palabras que nunca usaba.

Los dos días de reposo le permiten a María Teresa reponerse de la enfermedad, o mejor dicho evitarla, si se piensa que no llegó a estar enferma en sentido estricto. El lunes vuelve al colegio sin secuelas ni remanentes de lo que fue su malestar, y de hecho con una energía que hace tiempo que no tenía. Se siente más segura y más dispuesta a tomar iniciativas.

—No se cuelgue, Capelán. No se cuelgue, que no es un perchero. Tome distancia, nada más.

Ha razonado concienzudamente sobre el proceder que vino siguiendo en su indagación en el baño de varones. Detecta su error: la experiencia de incursión en el baño después de hora se lo reveló con nitidez. Su error ha sido prestar atención al baño de los varones durante los recreos que hay entre clase y clase, con la premisa de que quien quisiese fumar a escondidas en el colegio lo haría en esos momentos. Pero ahora que ha tenido la vivencia personal del baño vacío, del baño discreto y desolado, entiende bien que se equivocaba en sus presupuestos. Si alguien, Baragli por caso, o Baragli con otros, fuma en el colegio, como ella firmemente sospecha desde que su olfato sensible le dio la pista, ha de hacerlo en el baño, sí, porque no hay otro lugar concebible a tal efecto, pero no durante los recreos, como creyó, porque durante los recreos muchos alumnos circulan por el baño y notarían el hecho, y quien viola las reglas difícilmente se presta a tener tantos testigos. Los que fuman en el baño, Baragli por caso, o los que sean, tienen que hacerlo durante las horas de clase, cuando los claustros y los baños están desiertos o casi desiertos, cuando los profesores están en las aulas enseñando y los preceptores se ocupan, en la sala de su piso, de las tareas administrativas. Entonces ha de ser cuando esos alumnos levantan la mano en la clase, y el profesor los ve y les pregunta si tienen alguna duda, y ellos responden que no, que no tienen ninguna duda, pero sí la urgente necesidad de ir al baño a hacer sus necesidades. Los profesores del colegio son reacios a autorizar las salidas de clase, y algunos de ellos no las admiten bajo ninguna circunstancia; pero en ciertos casos se concede el permiso para ir al baño y los alumnos salen.

María Teresa modifica toda su estrategia a partir de este descubrimiento. Ya no acecha los baños durante los recreos: no lo necesita. Pero a cambio, y segura de estar acertando, toma su decisión capital. Una tarde, al cabo del primer recreo, es decir durante el transcurso de la tercera hora de clase, se escabulle invisible de la sala de preceptores, transita aérea la soledad del claustro, y se mete confidencialmente en el

baño de varones. El lugar ya lo conoce, pero la situación es muy otra: ahora es más que probable, y para ella es incluso seguro, que un varón pueda entrar allí. Por eso se recluye sin demoras en uno de los recintos cerrados; traba la puerta y se pone a esperar. Con el paso de los minutos, en vez de calmarse, que es lo que suele suceder, se va poniendo más nerviosa. La ansiedad aumenta en la expectativa de que suene el chirrido de la puerta vaivén del baño, y este esmero de custodia cobre su forma más concreta. Un alumno entrará y María Teresa, que es preceptora, vale decir celadora, cuidará la rectitud de su conducta sin que él lo sepa.

Nadie entra al baño en lo que dura su vigilia, pero ella no por eso se desanima. Se trata, y lo sabe, apenas de un primer intento; nunca presumió que existiese un flujo continuo de alumnos en los baños durante las horas de clase, ni tampoco que el desafío de ponerse a fumar allí se practicara permanentemente. Lo que está buscando es la excepción y no la regla (porque lo que está buscando es ni más ni menos que la transgresión de la regla), y eso requiere de su parte tanto la virtud de la paciencia como la capacidad de no cejar e insistir. Sabiéndolo, acude a este mismo sitio en horas sucesivas y en días sucesivos. En cierto modo se va haciendo un hábito de estar aquí. Ese empeño empieza a tener su recompensa, aunque sea relativa. No pesca, todavía, a ningún fumador *in fraganti*; pero desde su ignorado puesto de vigilia empieza a controlar el paso de los alumnos por el baño. Por fin un día siente que hay uno que entra. Siente la puerta abrirse y cerrarse, la siente ondear, siente los pasos del alumno entrando al baño. Son pocos esos pasos: no más de dos o tres, los que lo llevan desde la puerta hasta el primer mingitorio. María Teresa se aprieta contra la pared y trata de atenuar hasta su propia respiración. Oye todo, siente todo: el alumno se ha parado frente a los mingitorios que ella ya conoce bien. Se suelta el cinturón, se baja el cierre de los pantalones. Ahora ha de estar sacando con los dedos esa cosa de adelante, la estará sujetando ahora. Ella casi no respira, para no delatarse, aunque entrevé que no es ésa la única razón de que el aire un poco le falte. Siente ahora, con nitidez, el rumor líquido de la orina que mana, que choca contra la planicie blanca y que resbala, en viboreo, hasta el reservorio del final. Cuando cesa el sonido ella recuerda, porque su padre se lo exigía a su hermano en las tardes de la infancia, que los varones al terminar se sacuden con la mano esa cosa de adelante, que lo hacen para que al guardarla no gotee en el pantalón. Ahora el alumno ha de estar haciendo eso, golpeteando suavemente o haciendo ondular un poco esa cosa que los varones tienen, y ella sin saber por qué cierra los ojos, como si el hecho de no ver le diese más seguridad a su necesidad de no ser vista. Luego sin dudas el alumno la guarda, la pliega o la embolsa en la apretura del suspensor, el cierre que antes bajó se sube, el cinturón antes abierto se cierra, el alumno omite lavarse las manos, como lo exige la higiene, sencillamente da tres pasos, los mismos de antes pero en sentido contrario, empuja la puerta y se va.

A María Teresa le quedan temblando las manos y las rodillas. Un poco ha sudado, a pesar del tiempo frío que está haciendo. Cree que es por el temor de que, puesta a descubrir, pudiese ser descubierta; pero calcula que con los días se acabará habituando a la seguridad de su escondite. En efecto, los alumnos pasan sin sospecharla para nada. Entran al baño, hacen y se van, sin ponerse a revisar el entorno ni las partes de ese baño que no emplean. Sólo el que acudiese a fumar tomaría eventualmente algún recaudo, pero esos recaudos se aplicarían sin dudas a constatar que no hubiese ninguna autoridad *cerca* del baño, sin nunca contemplar la chance de que hubiese una autoridad, que en este caso es ella, escondida *dentro* del baño. De cualquier manera, hasta el momento, ninguno ha venido al baño para fumar en él.

Sus ausencias en la sala de preceptores no despiertan las sospechas de nadie, ni siquiera las del señor Biasutto, porque es normal que en el cumplimiento de sus

diversas tareas los preceptores vayan y vengan. Los claustros están tan callados durante las clases, que sus entradas y sus salidas del baño de varones se verifican cada vez con menos zozobra. Ya no teme que alguien pueda sorprender esa conducta. Una vez dentro, ni bien se encierra en un cubículo determinado, se siente segura del todo. Los nervios no dejan de atacarla, sobre todo cuando un alumno entra en el baño, pero a la vez va ganando mayor confianza con la repetición y la costumbre, y hasta podría decirse que, haciendo esto que hace, se siente bien. Ella se lo explica con breves argumentos: está cumpliendo de manera cabal con sus deberes de preceptora, y el día en que por fin coseche los frutos de su empeño, descubriendo a los alumnos que fuman en el colegio, se lucirá ante los colegas y en especial ante el señor Biasutto. A veces está ocupada en otras cosas, como por ejemplo pasar lista en tercero décima para controlar la asistencia, o supervisando la formación, o indicando a los alumnos que se pongan de pie junto a sus bancos porque el profesor que dará la clase ya se está acercando al aula, y siente, mientras lo hace, una vaga ansiedad: que la clase por fin empiece y llegue el momento de su incursión en el baño de varones. Espera ese momento incluso desde la mañana, cuando está todavía en su casa y tiene que salir hacia el colegio para afrontar un nuevo día de trabajo. En ese día pasarán muchas cosas, algunas más interesantes y otras, acaso la mayoría, más bien neutras o anodinas; pero entre todas María Teresa espera, cada vez más, la que le permite meterse y permanecer, agazapada se diría, aunque literalmente no lo esté, en el baño de varones. Esos minutos de espera y vigilancia que pasa oculta en el baño se convierten muy pronto en el centro de gravedad de sus días en el colegio. Todo lo que pueda ir pasando antes le resulta apenas una especie de prelude: la espera despaciosa de lo que de veras le importa. Y todo lo que pueda pasarle después, en lo que queda del día una vez que ya no habrá de meterse en el baño de varones, le parece no más que un epílogo: el epílogo de algo que ya ha pasado y que, por sí mismo, nada va a agregar.

La única desventaja que, desde su punto de vista, comporta esta conducta, es que sus contactos con el señor Biasutto disminuyen considerablemente. Estando menos en la sala de preceptores, que es donde el jefe de preceptores interactúa más asiduamente con su cuerpo de subordinados, ella tiene menos ocasiones de cruzar alguna palabra con él, fuera de las del saludo y la cortesía más general. No obstante está convencida de que su aplicación continua a la vigilancia del baño debe ser su cometido principal en el colegio por estos días, incluso en lo atinente a su relación con el señor Biasutto, porque en la feliz resolución de su insistente custodia hallará finalmente un motivo para ahondar su aprecio y su trato. Razón de más para sentir que todas las otras cosas que puedan pasarle son en verdad secundarias. Sólo en el tiempo que pasa oculta en el baño de varones María Teresa se sabe útil y se reconforta.

## Imaginaria

Los alumnos que fuman en los baños, Baragli y los que sean, Baragli o los que sean, lo hacen sin dudas en el resguardo de los cubículos. En los mingitorios es difícil, o más que difícil imposible, que intenten ponerse a fumar. Expelido en ese sector, el humo resultaría no digamos ya olido, sino directamente visto por quien mirase desde afuera. Pero lo cierto es que la mayor parte de los alumnos que vienen al baño se limitan a pasar por los mingitorios. Unos pocos acuden para lavarse la cara: se inclinan sobre las piletas, juntan agua en las manos hechas cuenco, y se refrescan los ojos y las mejillas con el propósito evidente, porque calor no hace, de hostilizar al sueño y regresar a clase con los sentidos más alerta.

Pasan algunos días antes de que un alumno entre y se meta en uno de los cubículos. Quien lo hace elige precisamente el que queda justo al lado del ocupado por María Teresa. Ella en un primer momento aumenta la atención que emplea: está lista a registrar el chasquido de un fósforo, el fulgor de la lumbre, la primera pitada que dé, la primera voluta de humo que gire y trepe hacia la altura definitiva del techo. Pero pronto comprende que el alumno no ha venido con ese afán, sino con el más esperable; entonces ella revierte al momento su disposición, procura anularse en todo lo que puede, aun involuntariamente, oler o escuchar, y sólo se fija en que el alumno, antes de irse y retornar al aula, lave sus manos con jabón, cosa que efectivamente hace.

Es extraño lo que sucede: queda claro que sus esperanzas de descubrir a los fumadores clandestinos del colegio se deben a los alumnos que van a los cubículos, y no a los que van meramente al mingitorio. Y no obstante algo así como un sentimiento de decepción es lo que la gana al instante, en cuanto distingue que un alumno que entra al baño lo hace para acceder a un cubículo y no para pararse delante de los mingitorios. Ella se lo explica más o menos así: que cada uno de los que van al cubículo y luego no fuman, que por el momento son todos, le depara a cambio una circunstancia muy ingrata; la de asistir al feo aroma y a la fea sonoridad de los menesteres más arduos (lo mismo, o parecido, que uno que una vez se metió en el baño para vomitar). Y en cambio los que van a orinar, aunque cancelen por definición cualquier posibilidad de ponerse a fumar y que ella los descubra, suministran cierto agrado pese a todo muy difuso y no muy admitido. María Teresa ya ha verificado el raro cosquilleo que le nace en el cuerpo en el momento en que los alumnos orinan, y lo atribuye prontamente al hecho de que sus propias ganas de orinar se despiertan al sentir que hay otro que lo hace; un poco como acontece con los bostezos, que basta con ver bostezar a otro para ponerse a bostezar uno mismo, o lo que pasa con las risas, que si todos los otros se ríen uno comienza a reírse también, incluso sin saber el porqué.

Sin embargo llega un día en que siente de veras ganas de orinar, y es bien distinto de lo que le pasa todas las otras veces. María Teresa, de todos modos, no repara en el detalle. Asiste como de costumbre a la descarga de un alumno; la percibe en parte y en parte la deduce, y en ese trance se siente urgida por su propia necesidad. Quiere hacer. Le parece de pronto que hasta podría hacerse encima. Se aguanta con esfuerzo hasta que el alumno se va, apretando las piernas y queriendo pensar en otra cosa. El alumno, para peor, demora en irse; es de los puntillosos y hasta se lava las manos. Cuando por fin deja el baño, María Teresa se dice a sí misma que deberá salir de aquí de inmediato y luego apurarse mucho. Sólo entonces comprende lo que es más evidente: que ya se encuentra en un baño, que si lo que quiere es aliviarse se encuentra de hecho en el sitio más adecuado. Es cierto que no tiene, como quisiera, un inodoro donde sentarse, ni papel para limpiarse en buenas condiciones. Pero, mal o bien, se trata de un baño; no tiene por qué arriesgarse a ser descubierta por salir hacia el claustro con excesiva precipitación. Mira la loza y se decide; va a orinar aquí, en el baño de los varones. Le gusta la idea, se sonríe, según ella por haber encontrado una

solución tan pronta a su problema.

Encoge un poco, por necesidad, su larga pollera a cuadros. Luego hace bajar la bombacha casi hasta las rodillas, pero teme mojarla al orinar en esta posición inédita. Entonces la baja más, casi hasta los tobillos, pero a esa altura el peligro de mojarla, o por lo menos de salpicarla, es inclusive mayor. No sin largas dudas, por fin se decide y se quita la bombacha. La aprieta ahora, hecha un bollo, como si fuese un ramo de flores al que le arrancaron las flores, como si fuese un recado del que no se puede olvidar, en el puño de su mano derecha. Es rosada y con puntillas. Nunca antes ha tocado así, ni visto así, su propia ropa interior. Se ha puesto tan nerviosa, al parecer, con todo esto, que la orina no le sale, por más que las ganas de descargarse son fuertes y no ceden para nada. El truco del chistido largo, que ayuda a destrabarse y que su hermano menor le enseñó siendo niños, no puede aplicarlo ahora, porque su consigna primordial en el baño de varones es no hacer nunca ningún ruido. Sólo le queda esperar.

Finalmente la orina empieza a caer; cae como caería una gota de rocío de una hoja después de haber estado suspendida por horas: como por su propio peso. María Teresa lo siente con alivio. Le da gusto, le da gusto lo que hace, al parecer por las muchas ganas que tenía de orinar. No conocía esta sensación de estar vestida pero sin ropa interior, con pollera pero sin bombacha. La vive como lo que es: una forma diferente de desnudez; más intensa, en cierto modo, que la única desnudez que conoce, que es la de bañarse en su casa. Sube los pliegues escoceses de la pollera un poco más y, sorprendida de sí misma hasta cierto punto, se asoma a mirar. Nunca lo ha hecho, nunca pensó que sería capaz de hacerlo: mira caer su propia orina. Es un hilo amarillo y opaco que brota, ella lo sabe, de sus partes más íntimas. Al verlo todo de esta manera tiene la pauta de estar empleando esas partes tan secretas aquí, en el baño de varones. María Teresa evita que su chorro vaya a caer justo en medio de la negrura del agujero, porque allí haría más ruido y podría llamar la atención. Lo tuerce un poco, torciéndose un poco ella misma, para que pegue en un borde curvo de la parte blanca, donde se asordina y disimula. Cuando termina, permanece todavía unos instantes así: inclinada y con la bombacha en la mano. Luego se seca abajo con un poco de papel que lleva siempre consigo, recompone su ropa, ve la hora que es, comprende que tiene que dejar el baño, que tiene que salir, y sale. El claustro que la recibe está vacío y el kiosco, que bullirá en el recreo, está cerrado y solo.

Al salir está dichosa. No se explica esa dicha demasiado bien. Después de todo, no ha conseguido atrapar a ninguno de los fumadores clandestinos del colegio, que es su único cometido en toda esta iniciativa. No lo ha conseguido todavía, y sin embargo está dichosa. Se concede esta razón: que va a lograrlo tarde o temprano. Por lo pronto está feliz. Todos estos días, aunque en su entorno lo que predomina es una espesa preocupación, ella está feliz. Llega contenta al colegio, sabiendo que le espera todo un día de trabajo como preceptora, y se va contenta también, sabiendo que al día siguiente volverá. Es cierto que durante las noches no concilia el sueño con auténtico sosiego, y que no pocas veces se despierta sobresaltada o llorosa a causa de alguna pesadilla cuyo contenido, sin embargo, no logra identificar. Pero se levanta contenta, incluso si se siente cansada, afectada por el sueño adverso, y no le faltan ganas de salir para el colegio cuando llega la hora.

Su padre decía siempre que todo en la vida es cuestión de costumbre. Con los días se le ha hecho tanta costumbre ocultarse y vigilar en el baño de los varones, que hasta ha incorporado el hábito de orinar ahí todas las veces. Ya no espera, como al principio, a que las ganas la obliguen. Lo hace simplemente, y hasta le gusta hacerlo. En ocasiones incluso no siente ninguna necesidad, apenas ese cosquilleo que le viene cuando un alumno entra al baño, pero no en sentido estricto la necesidad de orinar. Y ella, de todas formas, entra al cubículo y se quita la bombacha, como si estuviese

urgida, aunque pocas veces lo está. A menudo termina soltando apenas unas pocas gotas, de compromiso, y a veces nada, nada de nada, seca como los reglamentos. No la frustra en absoluto esa falta de desenlace, ni tampoco la mueve a preguntas. Todo eso se le ha vuelto una manera de pasar las horas y de estar en el colegio, y ya es una rutina como cualquier otra. Tampoco lamenta que el tesón de su pesquisa no le brinde todavía el premio de la sanción de los infractores. Pasan los días y nadie ha entrado al baño del colegio para fumar ahí a escondidas. A veces entran por nada, ella se da cuenta, y eso también es una falta, pero no la falta que persigue. Vienen al baño y no hacen nada, a lo sumo orinan un poco, para disimular, porque lo que de veras querían era salir por un rato de clase y tomarse un respiro. María Teresa los siente: entran, dan una vuelta delante de los lavabos, se arriman aburridos a los mingitorios. Se abren el cierre de sus pantalones, hurgan y extraen sus cosas, de pronto obtienen un par de chorritos discretos, sacuden, se acomodan, se cierran, se lavan las manos, los que vienen por el gusto de perder el tiempo nunca dejan de lavarse las manos.

Una tarde entra un alumno al baño y ocupa el segundo cubículo. No viene para fumar, y no fuma. No expide ningún olor: ni el del fósforo frotado ni el del tabaco que se quema. Pero tampoco los olores infames de la evacuación más gruesa. Ningún olor. María Teresa sabe, en la intensa contigüidad de su escucha, que el alumno soltó sus pantalones; tan sólo intuye, pero a esta altura no hay nada más cierto en este sitio que una intuición que ella tenga, que la cosa de ese chico ya está afuera. Sólo que no se siente que salga la orina, ni tampoco los desechos corporales más severos. Se siente, sí, la respiración del alumno, se siente su respiración con especial claridad, y a María Teresa la complace estar así. No huele nada, ni grato ni ingrato, y no escucha más que la entrada y la salida de esas bolsas de aire espeso. Hasta que de repente aflora un aroma, pero un aroma que no desentona con el de la lavandina que garantiza la limpieza del lugar.

El alumno después usa papel, lo arruga y lo emboca en el agujero negro, y tira la cadena (la antigüedad de estos baños: no tienen botón, sino cadena). Ajusta su ropa y sale. A María Teresa no le importa lo que ha hecho, ni tampoco si no ha hecho nada; lo que cuenta es que no se ha puesto a fumar, que no prendió ningún cigarrillo ni soltó nubes de humo a flotar por el aire. Y a ella, a decir verdad, no le desagrade en absoluto, más bien al contrario, haber asistido, desde su propio secreto, apretada como siempre contra una pared endeble, al secreto de este alumno ignorado. No le desagrade, por más que se quede algo intrigada con el episodio. Atesora cierta clase de preguntas: quién era, qué hizo, para qué vino, para qué estuvo; pero lo hace sin exigirles la rendición final de una respuesta. Respeta ese secreto. Tal vez siente que así está poniendo su propio secreto a salvo.

En días de pruebas escritas, merma apreciablemente la afluencia de alumnos al baño. Ninguno de los profesores, ni siquiera alguno de los más permisivos, autorizaría la salida del aula de un alumno durante el transcurso de una prueba. Es evidente que aprovecharía para consultar alguno de esos papelitos colmados de fórmulas y de respuestas que suelen esconderse en los bolsillos y en el elástico de las medias. Salir de clase durante las horas en las que se rinde un examen es lisa y llanamente imposible. Si alguno de los alumnos manifiesta una necesidad extrema, incontenible de verdad, o alguna de las alumnas invoca tácitamente esa circunstancia de las mujeres que hay que administrar con discreción, la solución que existe es muy simple: los alumnos pueden salir al baño, pero para eso antes tienen que entregar la hoja de su examen hasta el punto en que lo hayan desarrollado, y la prueba escrita se da por terminada para ellos. Si llegaron, por ejemplo, hasta la mitad del trabajo, contestando dos de cuatro preguntas, o resolviendo dos de cuatro ecuaciones, y eso lo han hecho sin cometer error alguno, entonces se sacarán un cinco. Las materias se aprueban con un mínimo de siete. Los profesores suelen comentar con entusiasmo, a veces a los

preceptores y a veces entre ellos, lo pronto que se les acaban las ganas de ir al baño a los alumnos del colegio apenas se procede a la aplicación de esta regla.

—¿Vio? Al final no era *tan* urgente.

En cambio hay materias que, por alguna razón, son vividas como más laxas, si bien su desaprobación comporta igualmente tener que rendir un examen final en diciembre o en marzo, y eventualmente perder la condición de alumno regular (no se repite de año en el colegio: el que repite se tiene que ir a algún otro colegio, alguno de los comunes, y esa diáspora es el estigma de su fracaso). Tales materias suelen ser, por ejemplo, plástica o música, y a veces también castellano (no en la parte de gramática, sino en la parte de literatura). Las horas que se pasan manchando cartulinas, escuchando arias o recitando jarchas, no son sentidas como del mismo rigor que las horas de física o de matemática o de historia (o las de castellano cuando se trata de gramática: de las proposiciones subordinadas adverbiales y de la correlación verbal). Durante el transcurso de esas horas, dedicadas por caso a la noción de perspectiva o a la integración de la orquesta filarmónica en comparación con la de la orquesta sinfónica, es mucho más probable que los alumnos soliciten salir de clase para ir al baño, y también lo es que los profesores se lo permitan. María Teresa está perfectamente al tanto de estas circunstancias. Lo sabe y lo calcula. En días de pruebas escritas, es más probable que ella ocupe su puesto de vigilancia sin que ningún alumno pase por el baño para nada (tampoco para fumar). Y cuando alguno de los cursos de tercer año, vale decir los del claustro del segundo piso, está en hora de plástica o de música, es más probable que la concurrencia al baño aumente.

Para María Teresa no es indistinto que el curso que pueda tener una hora de plástica o una hora de música sea tercero décima: la división a su cargo. No deja de pensar en eso ni una vez, cuando sucede. Porque el precio inexorable del secreto de su presencia en el baño de varones es que el paso de los alumnos por el lugar, si bien por una parte revela algunas intimidades muy preservadas, por otra nunca revela la identidad del alumno en cuestión. Sólo en el caso de que por fin suceda lo que María Teresa sabe que sucede, es decir que el alumno se meta en el baño y se ponga a fumar, podría ella quebrar la regla del anonimato, dando a conocer al mismo tiempo su propia presencia en el lugar y su larga labor de espía. No puede hacerlo antes de que eso ocurra, y por el momento no ha ocurrido. Los alumnos pasan y ella los siente, asiste de hecho a su proceder más privado, siente sus muecas de alivio, siente el modo en que tocan sus cosas. Pero no por eso sabe exactamente quiénes son. Cuando tercero décima tiene hora de música o tiene hora de plástica, o cuando tiene hora de castellano y el profesor Ilundain decide destinarla a una dramatización improvisada de *La Celestina*, ella sabe, en su acallada espera en el cubículo, que los alumnos que vengan al baño serán con toda probabilidad los de esa división, es decir aquellos que mejor conoce y cuyos nombres identifica. Podrá ignorar de quiénes se trata específicamente, de cuál de todos ellos en definitiva se trata; pero a cambio sabe bien que será alguno de los que cada día ve formar, sentarse, agacharse a guardar sus útiles, abrocharse el saco al ponerse de pie. Sabe que puede ser Barrella o Capelán o Iturriaga o Valenzuela, sabe que puede ser Baragli o Valentinis o Kaplan o Rubio. O alguno de los otros que son de la división. Y ella, algo secretamente, prefiere que sea así. Lo cierto es que lo prefiere. La razón que se da es que no le consta que en alguna de las otras divisiones de tercer año turno tarde, en la octava o en la sexta, en la novena o en la séptima o en la undécima, haya alumnos que fuman a escondidas en el baño del colegio. Y en cambio le consta que en tercero décima sí los hay, o que por lo menos hay uno, que se llama Baragli, que lo hace o que lo ha hecho. Entonces espera con bastante expectativa, y a menudo, más aún, con ansiedad, a que lleguen las horas de esas materias en tercero décima, y el sigilo de su vigilia en el baño en ese lapso es más gozoso.

El viernes, por ejemplo, tercero décima tiene plástica en las horas tercera y cuarta (no hay recreo de por medio y a eso se le denomina bloque). María Teresa espera esas horas, ya desde la mañana, cuando todavía está en su casa, cuando levanta las cosas del desayuno o prepara la mesa para el almuerzo y su madre, mientras cocina, no para de contar aviones. Espera esas horas para entrar al baño de varones, disimularse en el cubículo, aguardar a que un alumno acuda y por fin sentirlo hacer. Se hace mucha ilusión con la llegada de esas horas. Y cuando llegan por fin las disfruta y no le importa que, en definitiva, ninguno de los alumnos que han pasado por el baño se haya puesto a fumar y haya dado feliz final a su tan paciente seguimiento.

Por la misma razón, se frustra y se fastidia cierta vez que tercero décima tiene plástica y ella no puede cumplir con la rutina de ir a guarecerse en el baño. Se ha hecho a la idea y espera sin paciencia a que el momento llegue. Pero justo en el recreo previo, cuando el tiempo que falta ya es corto y pese a eso las ganas aumentan, la manda a llamar la profesora Perotti, que es la que dicta la materia en tercero décima. Le explica a María Teresa que la clase será teórica, es decir que no subirán al taller, pero que ella se propone ilustrarla con unas diapositivas didácticas y necesita su colaboración para la manipulación del proyector. No puede hacerlo ella misma, la profesora, porque tiene que ubicarse junto a la pantalla y allí destacar, puntero en mano, los aspectos de las obras en los que es preciso reparar especialmente. Tampoco puede encargarle la tarea a un alumno, porque el que se ocupe de manejar el paso de las diapositivas en el aparato de proyección se encontrará por necesidad menos absorbido en la apreciación estética de las obras proyectadas. En conclusión le pide a ella, a María Teresa, que es la preceptora del curso, que permanezca en el aula durante la clase y la ayude a pasar las diapositivas.

María Teresa, que de todas maneras no podría negarse, acepta sin vacilar. En otro tiempo este pedido no le habría traído ningún incordio. Colaborar incondicionalmente con los profesores del colegio es parte de las obligaciones que le caben a cualquier preceptor. Y no es que ahora quiera renunciar a la tarea, ni mucho menos haberla rechazado desde un principio, pero saber, como ahora sabe, y fehacientemente, que transcurrirán las dos horas de clase de plástica en tercero décima, que los alumnos del curso, como hacen siempre en las materias más laxas, saldrán al baño, y que ella, María Teresa, la preceptora, no estará allí, le provoca una contrariedad tan acentuada que le cuesta disimularla.

Esta situación podría ser suficiente para estropearle el día entero. Hay cosas, en efecto, que tienen el poder de arruinar todo un día, aunque ocupen, en el conjunto, tan sólo una pequeña parte. María Teresa se amarga con la sensación de que todo este viernes está perdido. Por suerte para ella, y para compensar el disgusto o para borrarlo del todo, el pedido de colaboración de la profesora Perotti no es lo único que le acontece a lo largo de este primer recreo. También sucede que se le acerca, apartándola hacia una esquina del claustro, el señor Biasutto, jefe de preceptores. La guía hacia la pared poniendo una mano gruesa sobre su brazo dócil. El bigote angosto del señor Biasutto se tuerce a causa de una sonrisa laboriosa. El señor Biasutto le comenta a María Teresa que él ha encontrado sumamente interesante la conversación que mantuvieron los dos el otro día. María Teresa alcanza a pensar, pero no a decir, que a ella también le resultó sumamente interesante aquella conversación. No lo dice, no llega a decirlo, porque el señor Biasutto se apresura a agregar que le encantaría poder retomar esa charla y extenderla sin apremios en el tiempo. María Teresa se ruboriza, pero asiente. El señor Biasutto rubrica su propuesta de irse juntos a tomar un café, algún día, a la salida del colegio, en algún bar de la zona que les resulte acogedor. María Teresa se ruboriza todavía más, hasta sentir un tibio ardor en las mejillas, y en su turbación ya ni siquiera atina a asentir. No obstante, y aun sin ese gesto, queda claro que está aceptando la invitación, y el señor Biasutto así lo entiende.

## Juvenilia

Cándido López fue un soldado del ejército argentino durante la Guerra del Paraguay. Esa guerra, también conocida como de la Triple Alianza, se prolongó durante cinco años: comenzó en 1865 y terminó en 1870. Tres países se unieron en la acción bélica (Argentina, Uruguay y Brasil), de ahí la denominación que recibe el conflicto, para aniquilar a un cuarto país (Paraguay). No faltan quienes entrevén los murmurados designios de Gran Bretaña en el impulso inicial de esta guerra. En el colegio, de todas maneras, siempre se tuvo una mirada de aprecio histórico para con la Guerra del Paraguay, desde el momento en que fue don Bartolomé Mitre, el general Mitre hay que decirle en este caso, quien la comenzó y quien la condujo durante sus primeros tres años de desarrollo. Bartolomé Mitre, el fundador del colegio, aunque fallando un poco en sus pronósticos iniciales sobre la duración que tendría la campaña, fue quien guió las armas de la Patria en esos lejanos territorios nominados con sonoras resonancias: Curupaití, Tuyutí, Tacuarí. Es cierto que Mitre vaticinó que en apenas tres meses estaría entrando en Asunción, y que tan luego como tres años más tarde dejaba la presidencia sin haberlo conseguido; pero en nada empaña tal imprecisión de vaticinio el brillo de ese hombre que escribiera la historia de los dos más grandes próceres de la argentinidad, fundara el diario de mayor tradición y prestigio del país, fundara el colegio más importante de todos, tradujera la *Divina Comedia* de Dante Alighieri con bastante aproximación, y consiguiera para siempre la unificación política del territorio nacional. También la Guerra del Paraguay, si bien se mira, se terminó ganando, y esa victoria cuenta entre los lauros del general Mitre no menos que entre las glorias bélicas de la Nación Argentina, cuya bandera, vale recalcarlo, está orgullosamente invicta en esas lides.

María Teresa escucha la clase mientras prepara el proyector. Brota del interior del aparato una luz amarilla bastante parecida a la de los vagones del subte A: una luz que parece venir de otro tiempo. También brota un aire caliente, como de respiración. María Teresa acomoda las diapositivas en el carretel. Las revisa, para que sigan el orden numérico que está previsto y para que ninguna quede puesta del revés y luego todo se presente a la vista cabeza abajo y subvertido. También revisa que no se haya intentado una humorada que los alumnos a veces perpetran, y que consiste en entreverar una diapositiva extraña entre las que componen el tema de la clase a dictar. Así, por caso, se vienen sucediendo las imágenes esperadas de las columnas jónicas y dóricas, o la mostración alineada de bajorrelieves asirios, y de pronto, sin que nada lo justifique, sin que nada lo anuncie, irrumpe en la proyección la visión sorpresiva de un cuadro familiar, dos niños y sus padres sonriendo con mar de fondo en las playas de Miramar. Y no sería ésa la peor de las posibilidades. Se cuenta que alguna vez, hace años, ocurrió que un profesor de historia ilustraba su clase con imágenes coloridas de Napoleón Bonaparte, y de repente, entre una vista imponente del Gran Corso montado en un caballo blanco y otra de su coronación como emperador en la catedral de Notre Dame, apareció, sin aviso, la imagen inaudita de una mujer desnuda (una actriz de los Estados Unidos, llamada Raquel Welch) que dejaba ver sus senos entre risas y cabellos al viento.

Nada de eso está queriendo cometerse ahora. María Teresa se cerciora: no hay en el carretel más que veinticuatro diapositivas que reproducen cuadros de guerra pintados por Cándido López. El proyector ha sido colocado en el segundo banco de la tercera fila, justo en el medio del aula, apuntando hacia la pantalla que la profesora Perotti colgó sobre el pizarrón. Para proceder a su manejo, María Teresa ha debido ocupar el lugar de uno de los alumnos (el lugar de Rubio, que se pasó al banco de Iturriaga, que faltó). Nunca antes había estado sentada ahí. Nunca antes había visto las cosas como las ven los alumnos. La tarima del frente luce más alta, los pizarrones parecen ocupar

la pared entera, la puerta queda más lejos, las ventanas selladas también, y no es tan fácil moverse entre los bancos de madera atornillada al piso, cuando resulta que el pupitre del propio banco es una y la misma cosa con el respaldo del banco del de adelante. El que queda sentado detrás de Rubio, en la rutina de cada día, y ahora detrás de ella, en lo que dure esta clase, no es sino Baragli.

Cándido López combatió bajo las órdenes del general Mitre. Hizo las cosas que se hacen en toda guerra: tratar de matar y no dejarse matar. Soportó como pudo, lo mismo que todos, el fragor de las batallas del Paraguay, que fueron especialmente cruentas. Pero no se limitó al desempeño heroico o resignado del buen soldado obediente. Hizo más, hizo lo que no se esperaba ni se le pedía que hiciera: dando muestras de talento y poder de observación, sumaba bocetos trazados a lápiz de diferentes escenas de la campaña de las tropas argentinas, incluyendo las del caos disciplinado de los combates abiertos. A oídos de Mitre llegó esta noticia: que en las filas había un soldado que esbozaba croquis, para pintar con ellos alguna vez grandes cuadros de esta guerra. Mitre quiso conocer a este curioso soldado pintor. Lo recibió, vio sus dibujos, le consultó su nombre, lo estimuló a seguir. Cándido López captaba muy bien la extensión del mucho cielo, la apariencia de la tierra aplastada, la humedad rugosa de los esteros, la disposición, reunida y a la vez dispersa, de las tropas en el terreno.

En la batalla de Curupaití perdió una mano, la mano derecha: la mano con la que pintaba. La explosión de un casco de granada se la dañó sin remedio. La herida que el proyectil produjera no sanó como se esperaba y con los días acabó por gangrenarse. La pérdida se acrecentó: hubo que amputarle el brazo. Impedido, en esta condición, de seguir haciendo la guerra, fue enviado de regreso a Buenos Aires. La Guerra de la Triple Alianza, que para la historia seguía, concluía para él. Desde entonces ejerció la otra mano, la que era menos hábil, pero que ahora era la única, hasta adquirir la pericia necesaria para pintar y hacerlo bien. Lo logró como se logran las cosas: por constancia y decisión. Y así comenzó a realizar su gran obra: la mostración total de lo que fue la guerra.

La profesora Perotti le hace un gesto a María Teresa, que significa dar comienzo. El mecanismo del proyector es tosco y simple. Parece que se traba, pero no se traba, es su manera de funcionar. La primera imagen aparece muy borrosa. Hay que regular el foco, haciéndolo girar con dos dedos. Así lo hace María Teresa, hasta que se ve. Se ve una planicie achatada, con hombrecitos pequeños, pequeñas pinceladas. Esos hombres, los cañones, los fusiles, la protección de los toldos, el brillo de las fogatas: todo cobra el aspecto de las miniaturas. En esta otra se aprecia mejor: todo el cielo, el mucho cielo. Así el espacio se agranda. Visión de altura, el panorama. El puntero destaca el verde intenso de la vegetación, el peso de la arboleda, y el corte en el espacio de la corriente de agua. Los hombres son rojos y carecen de rostro. Viven en el trazo: existe la distancia, pero también existe el cuidado de cada detalle minúsculo. María Teresa va pasando, con la conciencia manual del mecanismo, una imagen detrás de otra. El puntero se mueve: la perfecta combinación de lo preciso y lo difuso. Y ahora, la guerra. La guerra, Curupaití. La mirada de altura, el panorama, la acción, Cándido López desconoce el cine, porque no existe todavía, pero en cierto modo ya lo concibe. Un borronero: el humo de los cañonazos, fundido en blanco, se mezcla en sus contornos con las nubes del cielo celeste. En la visión de la batalla, López se hace experto en el arte de la simultaneidad. Así es una batalla: es el conjunto, las tropas como un todo, la pelea de todos a la vez, tal como puede verlas un general, o un estratega, o un artista, o Dios; pero también, al mismo tiempo, es la pelea de cada uno, es cada cual tratando de salvar su pellejo, éste clava, a éste lo clavan, éste dispara, éste se cae, éste se agacha, éste se escapa, éste agoniza, este otro se murió, y este otro también, y este otro también. Pelean todos y pelea cada uno, y Cándido López los

pinta a todos y pinta a cada uno. El puntero se detiene y rebota en un mismo sitio.

—Miren acá, no se distraigan. Miren acá.

Qué se ve: se ve a un hombre caído. Caído pero no muerto, tan sólo herido, en mitad de las turbulencias del combate de Curupaití. Está herido, se ve la sangre: los rojos de Cándido López. A éste le dieron, lo lastimaron, no va a morir pero está herido. Herido en una parte del cuerpo que no compromete la vida, pero que faltando se echa de menos. La herida es la mano. Se ve ese detalle en este cuadro de Curupaití. Se entiende lo que pasa: Cándido López se ha pintado a sí mismo. Minúsculo, casi perdido, pero se ha retratado. Acaso el más discreto, el más solapado de los retratos posibles; pero ahí está. La guerra entera y en un lugar de la guerra, él mismo. Él mismo con su herida.

Marré levanta la mano, pide la palabra. La profesora Perotti se la concede.

—Lo que me gusta de este pintor es que estuvo en el medio de la guerra, pero la pinta como si no hubiera estado.

María Teresa se queda un poco descolocada, o quizás solamente sorprendida, con la intervención de Marré. No por lo que ha dicho, que no lo evalúa, sino por el hecho mismo de que tomara la palabra y hablase. Era tan continuo y firme el uso de la palabra de la profesora Perotti, que no se le ocurrió pensar que alguien pudiese intercalarse en ese discurso e intervenir. Marré lo ha hecho. La profesora Perotti la escucha con gestos de aprobación, y anota algo en el casillero correspondiente de su libreta de calificaciones. Luego comenta lo que dijo con argumentos que María Teresa no sigue del todo. No es que desatienda mayormente el desarrollo de la clase, aunque no sea en el curso una alumna sino la preceptora, la responsable de pasar las diapositivas y cuidar la corrección de las conductas. Le interesa el tema, por otra parte, y le agrada la voz de la profesora Perotti. Claro que de a ratos también se distrae, se pierde con los pensamientos bien lejos de lo que se está explicando, de un modo que puede permitirse precisamente porque no es una alumna en el curso, sino la preceptora. Por momentos empieza a tener presente, y presente en demasía, ese dato que sus ojos no le entregan pero su comprensión sí, y es que tiene a Baragli sentado en el banco de atrás. No tiene por qué pensar que él pueda no estar mirando al frente: la pantalla, la proyección, la pintura de Cándido López. No tiene por qué pensar que pueda estar mirándola a ella, el pelo o los hombros, siendo que la tiene tan cerca. Y sin embargo lo piensa, y con ese pensamiento se desconcentra. Se le antoja estar quedando no a merced de Baragli, lo que sería impensable, pero sí a merced de su mirada. Quizás él está poniendo, con aparente distracción, una mano sobre el pupitre. La madera de los bancos se exhibe en estrías, y en un rincón de la tapa hay un orificio del tiempo en que los alumnos en el colegio utilizaban tinteros. Quizás Baragli está poniendo una mano ahí, con disimulado descuido, y juega a deslizarla bien cerca de ella. Siente su nuca endurecerse por la eventualidad de un contacto, que al mismo tiempo no espera y sabe imposible.

Cándido López ha pintado también su autorretrato. No el autorretrato remoto y cifrado del cuadro de Curupaití, sino un autorretrato convencional y evidente: su rostro en primer plano. Es una imagen algo extraña, una figuración un tanto rara de sí mismo. Parecería haber susto en esa cara reticente. El pelo llama la atención, porque se adhiere a la cabeza de manera singular, como si estuviese peinado a la gomina en el estilo, todavía futuro, de algunos hombres del tango. Pero la actitud de López revela inquietud, miedo en la boca y miedo en los ojos, como podría tenerlo una persona a la que sorprenden con una fotografía, y no un hombre que posa para ser pintado.

—Y es que López no posa para ser pintado, porque se está pintando a sí mismo. López se está viendo reflejado en un espejo. El rostro expresa la impresión que le da verse.

Suena con largueza el timbre y la clase de plástica se termina. La profesora Perotti guarda sus cosas en la cartera. María Teresa extrae el carretel del aparato de

proyección para sacar, una por una, las diapositivas que acaban de verse, y ponerlas luego, también una por una, en la caja de cartón que las conserva. Mientras tanto los alumnos dejan sus bancos y se disponen a salir al recreo. Baragli también lo hace, y al hacerlo pasa muy cerca de donde está María Teresa. Ella está sentada, manipulando diapositivas, y él pasa por la angostura del pasillo que se forma entre los bancos. El borde de su saco azul le roza la mano. Ese roce detiene sus dedos, como si los hubiesen llamado de repente por su nombre. María Teresa se obliga a retomar la tarea. Pero no puede evitar, mientras Baragli pasa, fijarse en el aroma que con ese paso despide. En cierto modo espera confirmar aquel consabido olor a tabaco negro, el de su recuerdo, el de su padre tras la cena durante las noches de la infancia. Pero encuentra algo distinto, que la sorprende sin defraudarla, y es que Baragli huele fuertemente a colonia de varón. No parece un exceso de coquetería perfumarse para venir al colegio, pero ella no lo esperaba, o no lo esperaba de Baragli.

Ese olor se le impregna y se le queda. Más tarde logra recuperarlo, podría decirse que a voluntad, y no queda del todo claro si tan sólo lo recuerda o si está sintiendo todavía sus huellas en la nariz. Antes de que concluya el día (el día de trabajo, el día en el colegio), el señor Biasutto se le acerca a confirmar que el lunes van a encontrarse. Les conviene inclinarse por un bar más bien discreto, donde resulte improbable que algún alumno del colegio por casualidad los advierta. Los alumnos son proclives a las fabulaciones y enseguida inventan cosas. Acuerdan verse el lunes a las siete de la tarde en un bar de luces bajas que hay en Balcarce y Moreno, más bien retirado del circuito acostumbrado de los alumnos del colegio.

María Teresa está contenta cuando sale a la calle. Ya empieza junio y hace frío, y este año es más frío que otros. Ella está contenta pese a eso, y a que al salir del colegio ya es de noche, y a que éste no ha sido un buen día en lo referente a sus exploraciones en el baño de varones. Está contenta, simplemente. No va directo a su casa, como suele hacer. Antes tiene que pasar por una farmacia a comprar para su madre una nueva caja de antidepresivos. Le quedan unas pocas pastillas en la última caja y le pidió ese favor. Lleva con ella una de las recetas que un primo consigue a cambio de otros favores en el hospital donde trabaja. También lleva el carnet que representa un quince por ciento de descuento en el precio, y donde se ve a su madre en una foto de hace veinte años, con el aspecto que tenía cuando María Teresa nació.

En la esquina de Alsina y Defensa hay una farmacia que a María Teresa le gusta especialmente, porque conserva en sus vidrieras, en sus letreros, en el mostrador, y aun en los frascos alineados en las repisas, el aspecto antiguo de las viejas boticas de Buenos Aires. Le gustan la abundancia de vidrio y la exquisitez del fileteo sobrio. Acude allí para comprar la medicación para su madre, pero apenas entra se da cuenta de algo que antes nunca había advertido, y es que esta farmacia, al igual que tantas otras que hay en la ciudad, tiene un sector dedicado a la perfumería. Se acerca con timidez a echar un simple vistazo a esa parte del negocio. Ve las hileras de desodorantes, los tarros de cremas para el cuidado de la piel, ve los esmaltes para uñas y ve las pilas inestables de los jabones de tocador. Nada de eso le llama demasiado la atención. Se detiene, en cambio, delante de la repisa donde se reúnen las cajas y los frascos de colonias para hombres. Hay varias, y ella no las conoce. Le miente a una empleada la historia de un cumpleaños familiar y le pregunta si está permitido probar el aroma de los perfumes en venta.

—Olerlos sí, ponerse no.

María Teresa elige en primer lugar una caja roja ilustrada con un velero azul: la prueba y la deja. Después prueba otra que se llama Crandall. Viene en un frasco de pico alto y un cartelito inusual que cuelga por delante. Le gusta, pero no es. La siguiente que prueba se llama Ginell y luce en su presentación la imagen de dos caballos de polo. Tampoco es. Después hace el intento con una que es más nueva y que se llama

Colbert. Viene en una caja de color verde oscuro, tal vez se trate del verde inglés, ella no está segura. Apenas la acerca su olfato reconoce que se trata de la colonia que tenía puesta Baragli. Ahora sabe que Baragli usa esta colonia, que tiene una caja igual a ésta en el baño de su casa. Decide llevarla y se lo hace saber a la empleada, que había permanecido, con cierto aire de desconfianza, parada en torno de ella. No sabe exactamente para qué la compra y para qué la lleva.

—¿Es para regalo?

—Sí.

En su casa no hay hombres. Su padre se ha ido y su hermano está en el sur. La verdad es que María Teresa no está pensando en ellos: ni en el hermano que manda postales ni en el padre que ni postales manda. No piensa en ellos y ya tampoco en Baragli; piensa, a lo sumo, aunque parece excesivo decir que lo piensa, en el encanto de este olor, en el olor de la colonia Colbert, mientras observa a la empleada manipular con dedos diestros la caja y el papel de regalo y la cinta adhesiva, hasta componer un paquete perfecto y agregarle como conclusión una etiqueta plateada que dice «Felicidades».

Con el apuro María Teresa casi se olvida de comprar lo que vino a comprar: los antidepresivos de la madre. Lo recuerda justo a tiempo porque, en el momento de sacar la billetera para pagar la colonia, cae el carnet de la obra social y la cara de otro tiempo de su madre en blanco y negro queda a la vista en medio del mostrador.

—Ah, me olvidaba.

Un rato más tarde viaja sola en el subte, con una bolsita de nylon en la mano. En su interior van dos cajas: una envuelta y otra no. La fragancia de la colonia es tan fuerte que se la siente inundar el interior de la bolsa, desbordando el frasco, la caja, el envoltorio. María Teresa se asoma cada tanto a cerciorarse, como si llevara ahí adentro una mascota (una tortuga o un hámster o un gato recién nacido) y tuviese que comprobar periódicamente que se encuentra bien y no se ha ahogado. Decide que al llegar a su casa, y antes incluso de alcanzarle a su madre la nueva caja de pastillas para que la ponga en el botiquín del baño, guardará el paquete con la colonia Colbert en el cajón de su mesa de luz.

La espera una nueva postal de su hermano en la mesa del comedor, remitida desde Bahía Blanca. Dice solamente: Francisco. La madre, que últimamente sólo llora de a ratos, esta vez sí la ha leído y dice que no comprende por qué el hijo escribió nada más que esa cosa tan escueta. María Teresa se lo explica con una vaga consideración sobre la falta de tiempo y el costo de las palabras (la madre sabe que se trata de una postal, y no de un telegrama, pero prescinde de replicarle nada). La imagen impresa en la cartulina no pertenece, sin embargo, a Bahía Blanca, como si la ciudad careciera de lugares de interés que justificaran la impresión de postales alusivas. O quizás existen, y Francisco las desechó. Lo cierto es que la postal que ha remitido, aunque la despachó en Bahía Blanca, corresponde en verdad a un balneario cercano que se llama Monte Hermoso. El orgullo de los lugareños es que se trata de la única localidad de la Argentina en la que el sol tanto nace como se pone sobre el mar. La postal lo demuestra dividiéndose en dos mitades: en una se lee la palabra «amanecer», impresa sobre una vista de arena desierta y mar, con el sol asomando en el fondo; en la otra se lee la palabra «atardecer», impresa sobre la vista de una playa dorada donde dos mujeres, vestidas con trajes de baño notoriamente antiguos, miran la puesta de sol con expresión soñadora. Estas dos fotos, así ensambladas, aunque remitan a la trivialidad del verano y las vacaciones, terminan por recordarles, a la madre y a la hermana, lo que de todas formas ya sabían: que ahora sí Francisco se encuentra sobre el mar. No tan lejos, es cierto, y todavía dentro del territorio de la provincia de Buenos Aires; pero ya no en medio de la llanura, sino sobre la costa, más al sur y sobre la costa, verdaderamente en el borde del Atlántico.

—Nunca fuimos a Monte Hermoso, nosotros. Tus primos iban a veces, hace años.

—¿Los primos?

—Sí.

—¿Y les gustaba?

—Decían que sí, pero se quejaban mucho. Parece que el mar estaba siempre imposible de aguas vivas que picaban.

Poco después, la perspectiva se agrava. Puede que todavía llegue a la casa alguna postal de Monte Hermoso, sellada en Bahía Blanca. Pero será tan sólo una forma repetida del rezago. Francisco ya no estará ahí: lo van a trasladar. Con un solo cospel, que permite apenas una ráfaga de palabras, llama y avisa que lo suben a un avión y lo llevan más al sur. Más al sur: a Comodoro Rivadavia. No, no, ya no es provincia de Buenos Aires, es la provincia de Chubut. Sí, sí, la Patagonia. No, no, no en los camiones, en un avión de la Fuerza Aérea que se llama Hércules. Hércules, sí: Hércules. No, no, no sabe nada, nadie sabe nada. Sí, sí, a orillas del mar: justo frente al mar.

## La Manzana de las Luces

María Teresa llena planillas en la sala de preceptores, y siente de pronto que quiere ir al baño. Ya ni contempla la posibilidad de hacer lo que se esperaría: ir al baño de mujeres reservado a los preceptores. Ni al baño de los preceptores ni al baño de las mujeres: va derecho al baño de varones de los alumnos. Entra como siempre, sin ser vista ni hacer ruido, y elige sin mucho pensarlo el primero de los cubículos. Llega con ganas, por lo que procede sin demoras a subirse la pollera y a sacarse la bombacha. Se acomoda a la altura del sanitario para aliviarse más bien pronto, pero incluso sintiendo esta urgencia necesita esperar y relajarse para que empiece a salir la orina. Mientras espera, mientras se relaja, distingue el sonido de la puerta vaivén y entiende que hay un alumno que está entrando en el baño. Se contiene y queda alerta, con automática expectativa, para no desmentir la soledad que ese alumno da por segura mientras se acerca al mingitorio, se abre la ropa y se dispone a orinar. Acaso también él precisa la pausa de una especie de preludio, porque está claro que ya tiene todo listo para empezar y sin embargo no empieza. El frío del baño puede que lo inhíba, no menos que a ella. En ella además aumenta la singular sensación de estar con pollera y abajo nada. Es un aire tan frío el del baño que casi se parece al del patio. Hace falta esperar a que el cuerpo expuesto se acostumbre, porque es difícil descargar si las partes se contraen. Por fin el alumno lo consigue, tal vez apretando un poco la cosa ahí afuera, hasta darle alguna tibieza. Cuando empieza a orinar ella lo nota al instante, sabedora del sonido que esa salida produce aquí en el baño del colegio. Pero en lugar de anularse, como hace siempre, centinela tan gozosa como discreta, en presencia de un alumno que orina, se pone en este caso, para su sorpresa en cierto modo, a orinar ella también. Lo hace sin escándalo, no para ser sabida, si bien así corre un riesgo y lo asume. Sigue un impulso, vale decir un deseo repentino, un deseo del puro instante, aunque también le parece, no bien lo consuma, que este deseo venía germinando en ella desde hace algunos días. Orina al mismo tiempo que orina ese alumno: cerca de él, junto con él. No en su misma forma, por supuesto, porque él es varón; no en su misma forma pero sí en su mismo lugar y, para mejor, al mismo tiempo. Es leve lo que los separa: un tabique contenido que en parte los escinde pero en parte los vuelve doblemente simultáneos. Los dos sonidos se funden (por eso ella no es notada), tal como se funden las respectivas acciones.

Si se pusiera a pensar en todo esto, cosa que de todas maneras nunca hace, María Teresa podría admitir a lo sumo una forma difusa y lábil de satisfacción personal, atribuida sin dudas a las audacias que se permite en el cumplimiento del deber. No siempre se rehúyen los deberes a causa de la indolencia moral, a veces se los rehúye a causa de cobardías. Y ella está mostrando en cambio un gran atrevimiento en este juego de espionaje que su tarea de celadora le ha deparado. Se ilusiona con el momento en que el señor Biasutto la felicite por permitir la drástica sanción de los alumnos que fuman en el colegio a escondidas. Al igual que los otros espías, los de las películas, ha debido incursionar en un territorio impropio, y eso siempre es arriesgado. La elogiarán por su temeridad las autoridades, mientras definen la cantidad de amonestaciones que corresponden a la gravedad de la incorrección que los alumnos han cometido.

Ahora el alumno termina de orinar, y María Teresa termina con él. Ni ella misma sabe si se trató de una nueva coincidencia, como si de una coincidencia inicial no pudiese sino derivarse otra, o si ella de alguna manera se forzó a concluir a tiempo para que la gozosa paridad no cesara. Con una fuerte voluntad es posible dominar incluso, o sobre todo, las cosas que el cuerpo requiere, y hasta interrumpirlas en caso de ser necesario. María Teresa termina o se interrumpe, la diferencia no importa, y deja de orinar en el cubículo justo cuando el alumno deja de orinar en el mingitorio. Ahora, él estará seguramente tocando su cosa, en un juego insondable de goteo y conclusión. Una

mujer, como cualquiera sabe, se limpia con otra hondura. Una mujer precisa papel y precisa secarse. Ella lo hace así, ahora mismo, acercando con una mano ciega un pliegue de papel rosado y absorbente. Lo apoya sin llegar a frotar, aunque un poco también frota. Afuera, ahí nomás, el alumno se sacude, el alumno se mira y se ve, y ella apoya la mano un poco más de lo necesario; ella se frota, en nombre del secado, un poco más de lo necesario. Le vuelve el cosquilleo, el cosquilleo que toma como indicio de que está ganosa de orinar. Podría preguntarse por qué motivo la invade ese cosquilleo ahora, si hace apenas un segundo que terminó de hacerlo, y sorprenderse. Pero da por sentado que las ganas le vuelven a causa de haber cortado antes de tiempo su micción.

El alumno es puntilloso y se lava las manos con jabón antes de irse. Tararea una canción mientras pone las dos manos bajo el agua, que sale fría, o mientras las frota con cierta enjundia contra la esfera alargada del jabón. Tararea, murmura una melodía, no canta a voz en cuello; la letra que canta no alcanza a distinguirse, y la melodía, aunque le suena, no logra María Teresa precisarla en un nombre de canción. Y aun así, pese a todo, la voz del alumno suena bien clara, no es clara en su pronunciación ni es clara en su musicalidad, pero es clara en su existencia, lo que significa que la preceptora se encuentra en condiciones de reconocerla, y al reconocerla de identificarla, o mejor dicho de identificar al alumno que es dueño de esa voz. Le resulta tan familiar que puede dar por cierto que se trata de un alumno de tercero décima. Piensa, recuerda, se esmera en asociar. Hay dos chicos que tienen las voces parecidas: Babenco y Valenzuela. Los evoca en el momento de dar el presente cuando ella pasa asistencia. Así retiene esas voces y verifica que sí, que es una de esas voces la que acaba de sonar aquí en el baño, que es Babenco o es Valenzuela el que pasó recién por el baño, el que orinó cerca de ella mientras ella también orinaba.

Poco después se encuentra sentada en el aula, cumpliendo su función de preceptora (pero no: se equivoca, se traiciona; también en el baño, también en el cubículo está ella cumpliendo su función de preceptora). Terminó el primer recreo y a tercero décima le toca una hora de castellano. Los alumnos ya formaron, ya tomaron distancia, ya pasaron a las aulas, ya tomaron asiento. Ahora tienen que esperar, en perfecto silencio desde luego, la llegada de los respectivos profesores. Los profesores demoran unos cuatro o cinco minutos en terminarse el café de los recreos, salir del salón tapizado con que cuentan en la planta baja, subir las escaleras, recorrer el claustro, llegar hasta la puerta de las aulas. Durante ese lapso los preceptores permanecen al frente de los cursos y cuidan celosamente la disciplina de los alumnos. María Teresa asiste ahora al silencio dócil de la décima división con una mirada atenta y general. Pero en algún momento esa mirada suya, la mirada habitual de una preceptora que vigila, no deja de ser atenta, pero sí deja de ser general. Se dirige en especial a Valenzuela, se dirige en especial a Babenco. El recorrido tipo radar se lentifica al pasar por esas caras, se demora allí más de la cuenta. Babenco y Valenzuela: uno de los dos, ella no sabe cuál, cantó en el baño de varones hace un rato. Tienen las voces parecidas, unas voces gruesas y sin embargo infantiles, es tan fácil distinguirlos de las voces de los otros chicos como es fácil confundirlos entre sí. Uno de ellos dos pidió permiso a la profesora Pesotto, que dio clase de física durante las primeras horas en tercero décima, y salió al baño para orinar. Es extraño lo que le pasa ahora a María Teresa. Buena parte de lo que vivió en esos momentos en el baño de varones tuvo una condición: el alumno ignoraba que, a tan poca distancia, su preceptora, es decir ella, orinaba junto con él. Y no obstante ahora, ya en el aula, velando por la buena conducta de los alumnos de la división a la espera de la llegada del profesor Ilundain, ella busca esas miradas, la mirada de Babenco, la mirada de Valenzuela, como si ellos no pudiesen no saber lo que acaba de pasar, como si algo, una intuición o un instinto, debiese revelarles eso que en el baño sucedió, y bastara con el encuentro fortuito de las miradas para

restablecer la complicidad y habilitar el reconocimiento. En cierto modo no concibe María Teresa que hayan podido estar juntos, ella y Babenco, o ella y Valenzuela, que ella haya estado secándose sin verse mientras ellos, uno de ellos, Babenco o Valenzuela, no sabe cuál, se sacudía su cosa viendo, y que ahora esa prodigiosa proximidad de lo más íntimo no perdure como huella en las miradas, o no provoque un destello de instantáneo entendimiento al cruzarse esas miradas. Debería haber al menos una reminiscencia, cierto eco de lo vivido, y ella quisiera despertarlos con la decisión de la mirada que tiene el que sabe. Pero en los ojos de Babenco encuentra la errancia que es propia del lelo (Babenco es mal alumno, se lleva todas las materias) y en los de Valenzuela encuentra la ausencia que es propia de los distraídos (Valenzuela es bueno en ajedrez: se adiestra en el arte de atender a una sola cosa y desentenderse por completo de todas las demás).

María Teresa no se resigna: les clava la mirada como para sonsacarles una verdad que imagina que le escamotean. Es como si encarara un proceso de hipnosis, pero conformado al revés: uno en el que el chasquido de los dedos sirviese para entrar en trance y una fuerte mirada constante fuese el medio para provocar el despertar. En el despertar afloraría la conciencia, pese a todo asordada, delatada y a la vez mantenida en secreto, de lo que pasó entre los dos en el baño de varones del colegio. No se le ocurre especular con que la falta de respuesta de esos ojos tan huidizos podría ser justamente el signo de que Babenco o Valenzuela, el que haya sido, no es ajeno a lo que sucedió, que lo sabe en cierto modo, porque el cuerpo registra cosas por sí solo y luego, por medios imprecisos, lo alcanza a revelar. No se le ocurre, o prefiere no razonar así; lo que quiere lograr es el cruce de las miradas, la suya y la de Babenco, o la suya y la de Valenzuela, y que en ese cruce relampaguee alguna clase de sobreentendido embriagador.

No lo consigue, y el intento se termina con la llegada del profesor Ilundain.

—De pie, señores.

La norma inalterable, que los alumnos del colegio reciban a los profesores de pie, se verifica una vez más. No se sentarán hasta tanto el profesor Ilundain los salude y los autorice a hacerlo. María Teresa deja para él el libro de temas abierto sobre el escritorio. Pide permiso para salir del aula y baja de la tarima con pasos cortos y prontos. Cierra la puerta del aula al salir. Se detiene apenas sale, se apoya contra una pared. Mira la luz del aire sin afuera que flota siempre en los claustros del colegio. Se siente un poco mareada. Cierta temblor le inquieta las manos y la espalda se le ha humedecido con un atisbo de transpiración. No es que sienta calor, lleva apenas una camisa con volados y encima un chaleco de grandes botones que su madre le tejió hace años, y nada de eso bastaría para hacerla sofocar. Pasa Marcelo, el preceptor de tercero octava, que sale del curso porque llegó la profesora de latín.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Esa misma tarde, o esa misma noche, se concreta el encuentro con el señor Biasutto. El bar donde conciertan la cita está lo suficientemente apartado del colegio como para atender a la precaución del jefe de preceptores de no ser advertidos por los alumnos en su salida de clases, pero tampoco tan apartado como para salirse ellos mismos de la esfera del trabajo. Podría tratarse, sin que haga falta decirlo, de una simple extensión de las conversaciones usuales en la sala de preceptores o en los claustros durante los recreos. No sería lo mismo, por ejemplo, verse un sábado a la tarde o combinar para una cena.

El señor Biasutto llega un poco después que María Teresa, pero no demasiado tarde. Alguna cosa de último momento lo demoró en el colegio. Nada grave, apenas algún detalle de organización que había que ajustar con el señor Prefecto. El señor Biasutto llega al bar distendido y sonriente, y María Teresa nota que, si sonrío a pleno, el bigote

se le estira tanto que hasta podría dejar de verse.

—Le dije aquí por discreción, ¿me comprende? Los alumnos están en plena edad de las fantasías, no hay que alimentar esas inclinaciones.

El mozo del bar se acerca hasta la mesa. María Teresa pide un café con leche, con más leche que café, y el señor Biasutto una medida de Old Smuggler sin hielo. Se sienta inclinado hacia adelante, apoyando ambos codos sobre la mesa. Sonríe. María Teresa no había podido apreciarlo antes con tanto detalle. Usa gomina en el pelo negro y la piel de la cara es desapareja. Tiene el cuello de la camisa almidonado y el nudo de la corbata más grande de lo normal. Casi nunca pestañea, los ojos son como agujeros. Los dientes le quedan ocultos detrás de los gestos compactos.

—Cuénteme de usted, María Teresa.

—¿De mí?

—De usted, claro.

María Teresa se sonroja. Dice que no sabe qué contar.

—Cuénteme de usted, su vida. ¿Con quién vive?

María Teresa dice entre dudas que vive con su madre en un pequeño departamento de Palermo. Con su madre y con su hermano, pero a su hermano por ahora no lo cuenta porque está movilizado. De chica vivía más lejos, en Villa del Parque.

El señor Biasutto deja sobre la mesa un paquete dorado de cigarrillos negros.

—¿Y su padre?

—¿Mi padre?

—Su padre, sí.

María Teresa traga saliva.

—Mi padre falleció.

—¡Ah, mi Dios! Cuánto lo lamento.

—Falleció hace tiempo.

—Lo lamento mucho.

Para cambiar de tema, y para no parecer insulsa, María Teresa le cuenta que piensa seguir estudios, aunque por el momento no ha iniciado ninguna carrera y no está del todo segura de cuál podría escoger.

—Hay tan lindas carreras para que siga una mujer.

El señor Biasutto prende un cigarrillo con un encendedor plateado que luego se guarda en un bolsillo del saco. El humo lo larga por la nariz, nublando el bigote, frunciendo la vista. Sonríe cuando lo hace.

—Heredé de mi madre la buena mano para los tejidos. Este saquito, el que tengo puesto, lo tejió ella misma.

El señor Biasutto levanta una sola ceja: la derecha.

—Es una prenda muy bella. Y le queda muy bonita a usted.

María Teresa vuelve a sonrojarse, hasta tener que hundir la cara en el pecho.

—¡Señor Biasutto!

El señor Biasutto adelanta una mano sobre la mesa, pero en el camino pierde el rumbo y la abandona, desvaída, entre la pila de servilletas y el cenicero con su cigarrillo apoyado en una punta.

—¡María Teresa, por favor, no me diga así! ¿Señor Biasutto, dijo? Aquí no estamos en horario de trabajo. Aquí me llamo Carlos.

—Carlos: qué lindo nombre.

El mozo viene trayendo los dos pedidos: el café con leche para María Teresa, el *whisky* sin hielo para el señor Biasutto. María Teresa rompe dos sobres de azúcar para volcar en la taza el contenido. El sonido se parece al de la arena cayendo en los relojes, pero aquí se apaga apenas toca la palidez del líquido.

—¿Dos le pone?

—¿De azúcar, dice?

—De azúcar, sí.

—Le pongo dos.

—Claro, ¿no es cierto? Para amarguras está la vida.

El señor Biasutto se sonríe y María Teresa también, porque de inmediato él le aclara que estaba haciendo una simple broma. Su filosofía de la vida, específica, no es para nada pesimista. Se hace un silencio que los dos ocupan con un intercambio de nuevas sonrisas. Pero esas sonrisas duran menos que el silencio, y María Teresa decide comentar que ella también se considera una persona de temperamento alegre. Hay un nuevo silencio, el señor Biasutto fuma y María Teresa revuelve el azúcar en su taza de café con leche.

—Hay sobrecitos de azúcar que traen frases, frases profundas. Yo colecciono esos sobrecitos.

El señor Biasutto, que se había echado hacia atrás, vuelve a inclinarse sobre la mesa y apoya el mentón sobre sus manos cruzadas.

—¿A usted le gustan las frases profundas?

María Teresa asiente.

—Me gustan, sí. Son enseñanzas para la vida.

—Eso es cierto. A mí hay frases que me dejan pensando. Es tan complejo el ser humano. Lo que pasa es que tengo mala memoria, leo frases que yo creo que se me van a grabar para siempre, pero después resulta que las quiero decir y no me las acuerdo bien.

—Yo también soy frágil para la memoria, por eso tengo una libreta, que yo le llamo la libreta de las cosas sabias, y cuando encuentro alguna frase profunda, voy y la anoto ahí.

—Qué lindo lo que me cuenta, María Teresa.

María Teresa siente otra vez que la cara se le entibia. Pero esta vez no se mortifica. Tal vez al señor Biasutto le agrada su timidez.

—¿Y se acuerda de alguna?

—¿De alguna qué?

—De alguna de esas frases que usted anota en su libreta de las cosas sabias.

—Tengo que hacer memoria.

—¿Y qué apuro tenemos?

El señor Biasutto se sonríe y permanece sonriendo, como esperando a que le saquen una foto. María Teresa mientras tanto piensa.

—Ah, ya sé. Ya tengo una.

—A ver.

—Dice así: «Si lloras porque el sol se ha ido, las lágrimas no te dejarán ver el brillo de las estrellas».

—¡Qué bonita frase!

—Es muy sabia, ¿no es cierto?

—Sí. Y muy profunda.

—Yo se la digo muchas veces a mi madre, cuando noto que se apena.

—¿Es triste, su mamá?

—Le preocupa que mi hermano esté bien.

—Es lógico eso, ¿no? Es lógico. Pero las cosas van a ir bien. Hay que tener fe.

—Sí.

El señor Biasutto toma de su vaso sin dejar de mirar a María Teresa. Hay pelos que le salen de cada ceja y avanzan hacia la otra, casi hasta juntarlas. Ella, en cambio, cuando se inclina para tomar un largo sorbo de su café con leche, aprovecha para esconder los ojos y tratar de no estar tan nerviosa.

—¿Y qué otros planes tiene usted, para su vida?

María Teresa se ha distraído y la pregunta del señor Biasutto la toma de sorpresa.

—¿Cómo dice?

—Le preguntaba, por curiosidad nomás, qué otros planes tiene usted para su vida.

María Teresa parpadea y se queda muda. El señor Biasutto aprovecha esa turbación y avanza una mano, la mano donde luce el anillo grande con las iniciales CB, hasta dejarla apoyada sobre el servilletero de la mesa.

—Quiero decir, María Teresa: una muchacha tan mona como usted.

La cara de María Teresa se enciende en un instante, sin gradaciones, como se encienden las cosas eléctricas. Está muy tibia y debe estar muy roja.

—No me diga eso, señor Biasutto.

—Le digo, María Teresa, claro que le digo. Una muchacha tan bonita, tan educada, tan sensible como usted. ¿No piensa en casarse, acaso?

Si pudiese taparse la cara con las dos manos y contestar sin ser vista, como sucede en la confesión, María Teresa lo haría.

—No por ahora. Ya llegará.

El señor Biasutto bate los dedos, dedos cortos y gruesos, sobre la pila de servilletas.

—Me lo imagino, claro. Usted es una muchacha muy joven. ¿Pero habrá tal vez un candidato?

María Teresa niega con el gesto, ya que no con la palabra, porque traga saliva y le cuesta hablar. Sacude la cabeza, y al mismo tiempo la baja, y aunque no mira sabe bien que el señor Biasutto de nuevo sonrío. Ve que su mano se retira y se aleja, en dirección al cigarrillo que no ha dejado de humear. Lo levanta para llevarlo hasta la boca agria. Un poco de ceniza se desprende del cigarrillo: una ceniza porosa y marchita. Cae en parte sobre la mesa y en parte sobre la ropa del señor Biasutto.

María Teresa se termina su café con leche y contempla la borra que queda en el fondo de la taza.

Afuera la calle se aquieta.

## Séptima hora

No: prefiere no pedir otro café con leche. Y no es que le tema al insomnio, que de todas maneras padece, sino a la acidez estomacal que el exceso de café podría ocasionarle. El señor Biasutto por su parte sí pide otro *whisky*, siempre sin hielo. Le insiste a María Teresa para que pida algo: que no lo deje tomando solo. Entonces ella toma conciencia de lo seca que se le ha puesto la boca, ve que está pastosa y que tiene sed. ¿Una gaseosa, tal vez? Se pide una Tab.

Mientras el mozo se ocupa de retirar las cosas y traer el nuevo pedido, ellos casi no hablan. El mozo, aunque discreto, es una especie de intruso cuya partida hay que esperar. Cuando se va, dejando sobre la mesa la botella de gaseosa y el nuevo vaso de *whisky*, es María Teresa, y no el señor Biasutto, quien toma la palabra.

—Debe ser muy difícil su trabajo en el colegio, ¿no?

El señor Biasutto se sorprende y no contesta.

—Ser jefe de preceptores, quiero decir. ¡Tanta responsabilidad! Debe ser difícil, ¿no?

El señor Biasutto aprieta la espalda contra la silla, como si alguien fuese a pasarle por detrás y él tuviese que impedirlo.

—Es un trabajo de mucha responsabilidad.

—Yo soy nueva en el colegio, pero me doy cuenta.

—Usted es muy eficiente y presta mucha atención.

—¿Desde qué año trabaja usted en el colegio?

—Yo entré en funciones en el año setenta y cinco.

—¿Setenta y cinco? ¡Hace siete años!

—Sí.

—¿Y cuándo llegó a ser jefe de preceptores?

—Cuántas preguntas, María Teresa. Parece una periodista. ¿O un detective?

—Es que me da curiosidad.

—Yo entré en funciones directamente como jefe de preceptores.

Sólo ahora María Teresa se da cuenta de que el señor Biasutto se ha sentido un poco molesto. Se reprocha por haberlo fastidiado y por no haberlo advertido a tiempo. Se queda en silencio, arrepentida. El señor Biasutto tampoco dice nada. Por la calle pasa un colectivo: lo miran pasar con el interés con que se mira una película en el cine, tratando de no perderse un detalle. Es uno de la línea veintinueve y sus carteles indican que va desde La Boca hasta Olivos. María Teresa llena su vaso con gaseosa y el líquido negro sisea. Si el *whisky* del señor Biasutto tuviese hielo, él se pondría ahora a revolverlo con un dedo, y así mantendría las manos ocupadas. A cambio, como no lo tiene, saca un segundo cigarrillo y lo enciende. El otro, ya acabado, quedó retorcido en el cenicero en la forma final de una colilla inservible. Cuando exhala la primera bocanada de humo liso, el señor Biasutto siente que se alivia de la irritación: le hace el efecto que es propio de los largos suspiros. En cambio María Teresa sigue contrariada, un sobre de azúcar vacío quedó sobre la mesa y ella se ocupa ahora, con maniática precisión, de cortarlo en pedacitos, como si fuese una carta secreta que, una vez leída, debiese borrarse para siempre de la faz de la tierra.

El señor Biasutto, que se siente otra vez dispuesto a sonreír igual que antes, se decide a rescatar a María Teresa de este desánimo en el que ha caído.

—Me gustan sus preguntas, no crea que no.

María Teresa lo mira y él le sonríe.

—Me gusta que me las haga usted.

María Teresa sonríe también, aunque entre rubores. El señor Biasutto se explica.

—Lo que pasa es que esa época fue realmente complicada en el país. La integridad de nuestra sociedad estaba amenazada, ¿sabe?, y hubo que actuar con absoluta energía. Ahora es María Teresa la que, acaso descuidadamente, deja que sus manos se derramen sobre la mesa.

—Dicen en el colegio que usted se destacó mucho.

El señor Biasutto sonríe, amagando gestos de modestia.

—Yo hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar.

María Teresa insiste.

—Pero usted lo hizo de veras. Los dem as tal vez lo habrían hecho, pero usted lo hizo de veras.

El señor Biasutto mueve las manos como para dispersar el humo que despide su cigarrillo o las palabras que dice María Teresa. Quiere rehuir la adulación presentada, o volver en todo caso al tema precedente. Cuando baja las manos, después de hacerlas ondear, las pone sobre la mesa, necesariamente cerca de las manos de María Teresa que, paralizada al advertirlo, no atina a apartarlas. Sabe que est n hablando de las listas, ella y el señor Biasutto, y sin dejarse afectar por la evidente parquedad de lo que él le ha dicho, se siente depositaria de una confianza excepcional.

Tal vez por eso permite que el señor Biasutto haga lo que hace: que toque sus dedos con una mano lenta.

—Anillo de compromiso no veo.

Una vez que lo dice, sonríe.

—No. No estoy comprometida.

El señor Biasutto inclina la cabeza. Algunas tiras de pelo engominado se resisten a acompañar al resto y permanecen en su lugar.

—Una muchacha tan bonita como usted.

María Teresa retira la mano, pero sin precipitación.

—Sería a su debido tiempo.

 l asiente, reflexivo.

—Las cosas a su debido tiempo,  no es cierto?

—Eso decía siempre mi padre: que no había que quemar etapas en la vida.

Se hace un silencio entre los dos, y hay silencio también en la calle.

—Lamento mucho lo de su padre.

—Gracias.

En los bares del centro, las horas del atardecer reparten parroquianos cortados uniformemente como con un mismo molde: oficinistas cansados del largo día de trabajo que no sienten, a pesar de la fatiga, ninguna ansiedad por volver a sus casas, y pares de conversadores que vienen a decirse en el después de hora lo que no pudieron decirse a lo largo del día. A medida que avanza la noche, sin embargo, el paisaje cambia. No hay que olvidarse de que en estas zonas de la ciudad mucha gente viene a trabajar, pero casi nadie vive. De rincones imperceptibles mientras hay luz en el cielo, brotan tipos desencajados y de apariencia sombr a, que acuden a instalarse con aire ausente delante de un vaso de algo a la espera de una cena que probablemente no tendría lugar.

Como la conversación los tiene ensimismados, María Teresa y el señor Biasutto al principio no ven el cambio. Hablan sobre las distintas épocas en la vida del país: de los buenos tiempos cuando existía el respeto y la palabra dada tenía un valor, de la época *hippie* cuando la mugre y la promiscuidad quisieron tomar el mundo, de los años del terrorismo y las bombas puestas en los jardines de infantes. El señor Biasutto tiene más años vividos que María Teresa y por lo tanto también otra sabiduría. Los chicos del presente son más buenos y más d ciles, pero no por eso dejan de estar a merced del daño de las ideas foráneas, o del daño que produce la ebullición hormonal. Aquellos peligros, siendo mayores, eran también más evidentes. Estos otros progresan bajo la forma del trabajo de hormiga y exigen una vigilancia tanto más puntillosa y continua.

—Lea la historia, María Teresa: es de lo más edificante. Cada vez que se gana una guerra, lo que sigue es la persecución de los últimos focos de resistencia del que perdió. Francotiradores, piquetes perdidos, los desesperados. Más se parece a una

limpieza que a una batalla; ¡pero cuidado! Todavía forma parte de la guerra.

María Teresa escucha con fervor discipular estas palabras, aunque sepa que no todo lo que está diciendo el señor Biasutto lo comprende. Si bien se ve sumergida en la explicación, nota de repente cierta mutación del entorno del café. Ya es tarde y se da cuenta, antes incluso de consultar la hora en el reloj de dama que no aprieta su muñeca. Por lo pronto, a esta altura, es ella la única mujer que se encuentra en el lugar. Están el señor Biasutto, que la acompaña, el responsable que controla monedas en la caja, los dos mozos ya casi ociosos, un hombre de edad que contempla la miga apretada que rescató de un sándwich que ya no existe, un lector de Alistair MacLean al que no le importa que se le esté enfriando el café, un bebedor de té con alto sentido de los rituales de la preparación, dos aficionados a la grapa acodados en la barra.

—Es un poco tarde para mí, señor Biasutto.

—Será tarde para usted, pero todavía me dice señor Biasutto.

—¿Carlos?

—Carlos.

—Es un poco tarde para mí, Carlos. Y le confieso una cosa.

—¿Confesiones? Dígame.

—A mí en familia no me dicen María Teresa.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo le dicen?

—Me dicen, me dicen. Me dicen Marita.

—¿Marita?

—Sí.

—¡Pero eso es muy bello!

—¿Sí?

—Claro que sí. Guarde ese monedero, Marita, guárdelo ya mismo. Deje que yo la invite. Y deje que la acompañe hasta su casa.

Sabiendo que se pone colorada, María Teresa se hace fuerte en su pudor.

—La invitación se la agradezco. Pero dejemos lo otro para más adelante.

—¿A su debido tiempo, Marita?

María Teresa sonríe.

—A su debido tiempo, sí.

Se despiden en la esquina. La intemperie es acaso lo que abrevia la ceremonia final y el intercambio de cortesías. El señor Biasutto parece estar buscando alguna cosa para decir, pero no la encuentra. Se ha puesto inquieto, como si estuviese a punto de perder un tren pero no se decidiera a correr por la estación por temor a perder no sólo el tren, sino también la compostura. Por fin se inclina hacia María Teresa, en una especie de reverencia. Toma su mano en la suya, suspendiéndole los dedos con sus dedos. La besa justamente allí, y ella siente el pinchazo múltiple del bigote casi sobre los nudillos.

—Hasta mañana, Marita.

María Teresa vuelve hacia su casa con el ánimo confuso. La entusiasmo, y eso lo sabe, haberse atrevido a este encuentro con un hombre como el señor Biasutto. Un hombre con todas las letras, que es como lo definiría su madre. Un hombre conocedor, experimentado, valiente, caballeroso, educado. A la par que se entusiasma, no obstante, se mortifica pensando que él habrá debido encontrarla sin dudas muy poco interesante. Debió hablarle tal vez de sus estudios de piano cuando niña, o continuar con la conversación sobre las frases de su libreta de las cosas sabias, que al parecer le agradó. Y sin dudas no debió permitir que sus mejillas enrojecieran tan a menudo, si bien esa reacción no hay manera de controlarla, ni mucho menos atosigarlo con preguntas sobre su trabajo, lo que evidentemente le provocó fastidio. Sufre pensando que, pasada esta primera experiencia, el señor Biasutto ya no querrá insistir en el trato

con ella. Un hombre como él, que prestó servicios vitales en los momentos más difíciles de la historia del país, un hombre de tantos pensamientos y tanta profundidad, no puede sino haberla sentido insulsa. Es la impresión que ella siempre da y esta vez no ha sido la excepción. Un hombre fuera de serie y una pobre chica común y corriente.

También es cierto que se ofreció a acompañarla hasta su casa y que fue ella la que se negó. Quizás él lo dijo tan sólo por cortesía, porque se había hecho de noche y ella es mujer. A la vez, al despedirse, le besó la mano, como hacen los príncipes, y eso expresa un galanteo evidente. Le apoyó los labios en el dorso de la mano, si bien ella lo que sintió no fue la boca sino la molestia del bigote. Ese bigote le recuerda a un jugador de fútbol, ella cree que Ángel Labruna, o tal vez a un cantor de tango, ella cree que Goyeneche (hombres que conoció, cuando era chica, por los gustos de su padre, que era hincha de River Plate y seguidor de la orquesta de Aníbal Troilo).

¿Habrá alguna otra ocasión de conversar así, a solas y sin apuro, con el señor Biasutto? Quisiera creer que sí. Hoy ha sabido que él se llama Carlos, Carlos como Gardel, un nombre bien masculino. A cambio de esa confianza, ella le ha revelado su secreto, que es que en su casa la llaman Marita. Todo indica que ese comentario fue muy de su gusto, y de hecho él comenzó a mencionarla de esa manera de allí en más (en cambio ella, nerviosa o atolondrada, cometió el error de volver a nombrarlo como señor Biasutto, cuando él le había pedido que no lo hiciera más). Sería extraño haber accedido a la confianza de llamarla Marita, y haberle dado la confianza de que ella lo llamara Carlos, y no retomar nunca más un encuentro como el de esta tarde. Sería extraño, pero también posible, si el señor Biasutto se aburrió con ella, o si la suponía más valiosa de lo que finalmente resultó ser.

Llega tarde a su casa y calcula que deberá darle explicaciones a su madre. Le dirá la verdad: que mantuvo un encuentro con un hombre en un café próximo al colegio. Pero agregará de inmediato de qué clase de hombre se trata: de un hombre de excepción. Y además su jefe. No le dirá lo de las listas, que tal vez su madre no dimensione, pero sí que en el colegio es una especie de héroe consagrado a la modestia (como José de San Martín). Prevé con detalle el desarrollo de la conversación que tendrá con su madre. Imagina su interés y hasta su aprobación, no exenta de consejos y pedidos de cautela. Pero al llegar a su casa se encuentra con una situación bien distinta. Francisco acaba de llamar por teléfono desde Comodoro Rivadavia. Cómo pudo demorarse ella tanto, y no estar ahí cuando él llamó. La madre habló. Está demasiado emocionada para poder recordar, o para poder reproducir, exactamente las cosas que hablaron. Francisco le explicó, casi como si pudiese hacerle ver un mapa, en qué lugar preciso se encuentra ahora. Y es bien al sur. Más al sur de Bahía Blanca, que es donde estaba antes y es todavía parte de la provincia de Buenos Aires; más al sur de Viedma, que es donde la provincia de Buenos Aires se acaba. Más al sur incluso de Trelew, que es un sitio que ella retiene porque hace años un grupo de terroristas quiso escaparse pero enseguida los agarraron a casi todos. Al sur, bien al sur. Y frente al mar. Justo adelante del mar. Que es lo que dijo Francisco que hacía todo el santo día: mirar el mar, mirar el mar, mirar el mar, mirar el mar.

La madre se puso a explicarle cómo iba el conteo de aviones, pero justo entonces, y sin ninguna señal o aviso previo, se cortó la comunicación. De repente se encendió un tono de ocupado en medio de lo que estaban hablando. Y no alcanzaron a despedirse. Ellos dos, madre e hijo, no alcanzaron a despedirse. Ella se quedó esperando un rato, al lado del teléfono, con la vista clavada en la banderita argentina que surca la mitad del disco de marcado, pensando que Francisco llamaría de vuelta al menos para decirle adiós. Pero no llamó más. Pasó ya más de una hora y no llamó más.

María Teresa le hace ver a la madre que no debe ser tan fácil conseguir cospeles allá tan lejos, que el tiempo disponible para comunicarse con los familiares debe ser bastante limitado, y que la fila de compañeros esperando para llegar hasta el teléfono

público debe ser larguísima. Aunque ve que la madre en gran medida se calma, que sigue las noticias de la televisión y que ya no llora, se queda con ella en la cocina y le da una mano en la preparación de la cena.

Después de la cena rehúsa el café y pese a eso, un rato más tarde, al meterse en la cama, no logra conciliar el sueño. Se queda otra vez dando vueltas entre las sábanas, con los ojos siempre bien abiertos. Piensa. Quisiera dejar de pensar y así poder por fin dormirse, pero no se duerme y piensa. Piensa en el señor Biasutto. Piensa en el momento en que él tocó sus dedos, piensa en el beso cortés que le dio en la despedida. Vuelve a preguntarse si habrá entre ellos un segundo encuentro alguna vez. Sabe, porque cualquiera sabe, que en caso de haberlo es a él a quien le tocará tomar la iniciativa, porque él es el varón y ella es la mujer. Pero no por eso deja de plantearse de qué manera podría ella favorecer ese segundo encuentro. Sin obrar de forma indecorosa, con actitudes impropias de una chica de buena familia, podría alentar alguna clase de conversación que en cierto modo retome o aluda a las conversaciones que ya han mantenido, o al retornar al trato que corresponde en el colegio y dirigirse a él como señor Biasutto, dejar que en sus ojos asome un brillo que indique que en otra ocasión, en otro momento, no lo llamó de ese modo, sino Carlos.

No sabe si será capaz de desenvolverse así: cree que no. Para otras chicas será más sencillo, y hasta perfectamente natural, dosificar insinuaciones y brillos en la mirada. Ella en cambio quizás ya no consiga pasar frente al señor Biasutto sin ponerse colorada y llevar al instante la vista al piso. En este momento le parece evidente que él tiene por fuerza que haberla encontrado insípida. Siente que, en el comedor, la madre apaga la televisión para irse a dormir. Es tarde. Ella no se duerme. Se pregunta si un hombre que encuentra insípida a una mujer le daría acaso el beso de príncipe que él le dio, en la esquina del café, justo enfrente de la iglesia, en el momento de irse.

De pronto, sin premeditarlo, como en el hallazgo de un sueño, María Teresa descubre el camino. Así lo llama mentalmente: el camino. El camino que la llevará a un segundo encuentro con el señor Biasutto. Si ella sorprende a los alumnos del colegio que se ocultan en el baño para fumar, habrá un motivo evidente para que ellos dos regresen a una conversación especial. Y es indudable que esa conversación ya no será la misma que habrían mantenido antes, hace una semana o hace diez días, cuando él todavía no la había llamado nunca Marita, cuando ella todavía no lo había llamado nunca Carlos.

Redoblará sus esfuerzos para descubrirlos por fin. Con la analgesia de este pensamiento, se acaba durmiendo. Pero a la mañana siguiente, en el momento de despertar, es la primera idea que le viene a la cabeza: que tiene que redoblar esfuerzos para descubrir a los alumnos que fuman a escondidas en el baño del colegio. A Baragli o a los que sean, de la división a su cargo o de otra. No importa. Importa descubrirlos, importa denunciarlos, importa propiciar la estricta sanción que servirá de ejemplo para todos los otros, y luego disponerse a recibir la segura felicitación del señor Biasutto. Sólo que el señor Biasutto, que la felicitará ceremoniosamente en el ámbito del colegio, ya besó su mano y la llamó Marita, y ella por su parte lo dejó posar allí sus labios o sus bigotes, y lo llamó Carlos. Así que ya nada será lo mismo.

Las primeras dos horas de clase de la jornada se ocupan con un concierto que organizan las autoridades del colegio y que ponen bajo el título, que es también un lema, de: «Por la paz». Es un concierto de órgano a cargo del maestro De Zorzi. El colegio ostenta, entre tantos otros, el orgullo de poseer el único órgano tubular de toda la ciudad de Buenos Aires que no pertenece a alguna iglesia. Se encuentra en el Aula Magna del colegio, un recinto de contenido esplendor donde alguna vez, por poner tan sólo un ejemplo, Albert Einstein en persona pronunció una conferencia sobre la teoría de la relatividad. En el Aula Magna es más exigente la vigilancia de la disciplina: el lugar es más amplio, los alumnos se alborotan, la regla de que nunca un varón se sienta al lado de una chica puede llegar a no cumplirse tan absolutamente a rajatabla

(hay que ver por ejemplo a Baragli ahora, cómo se las compuso para quedar sentado justo al lado de donde se ha sentado Dreiman).

El maestro De Zorzi ofrece un programa dedicado por completo a la música barroca. Notoriamente prevalece Bach, aunque se mecha Vivaldi en dosis abundantes. Los alumnos parecen seguir la progresión de la música con relativo interés. Al menos no se distraen de manera ostensible y a lo largo del concierto casi no es preciso reconvenirlos por nada (Babenco en un momento se sienta torcido, Servelli se mueve como aguantando la risa, Daciuk juguetea con las cintas de la camisa: no mucho más que eso). Tal vez es la estructura de fuga y persecución que tiende a adoptar la música lo que los mantiene en vilo. En cada detención de silencio se aprestan a aplaudir, consultando previamente la reacción del profesor Roel, que los salvará del oprobio de aplaudir en la pausa que hay entre un movimiento y otro creyendo que se trata del final de una obra.

El concierto termina y los alumnos vuelven a clase. La música no parece haberlos calmado, como se dice que sucede con las fieras, sino, por el contrario, todo indica que los excitó. Puede que se trate de un efecto de la vitalidad barroca, o puede que se trate del gusto que los alumnos encuentran en trasladarse al Aula Magna, que es el ámbito de los grandes acontecimientos escolares (los pasillos están alfombrados, las butacas son de pana, hay balcones en las alturas, los techos resplandecen).

Con el regreso a las aulas se retoma el dictado de clases. Sin perder ya más tiempo, en cuanto se desliga de la supervisión general de tercero décima porque la profesora Urricarriet ha llegado, María Teresa se dirige a buen paso hacia el sector del baño de varones. No descuida las precauciones que precisa tomar para llegar allí sin ser notada, pero se apura a entrar apenas puede. Una vez que entra en el baño, se siente feliz. Elige un cubículo tabicado; no el primero, que está algo sucio, sino el segundo. Pasa y traba la puerta con el pestillo. Suspira con alivio. No siente urgencia de orinar: ni urgencia ni ganas, tampoco ganas. Y sin embargo se quita la bombacha con premura, revolviendo bastante su pollera a cuadros y rombos.

Se pone a esperar, pero durante un largo rato ningún alumno accede al baño. Después del tiempo dedicado al concierto, los profesores han de estar más reacios a otorgar permisos de salida. Pero la paciencia es sin dudas la mejor virtud del que monta guardia, y esto vale para el centinela nocturno no menos que para el pescador de laguna. María Teresa tiene esa virtud en grado sumo. Es paciente, siempre lo ha sido. Espera con total paciencia mientras nadie viene y nada pasa.

Hasta que, en un momento determinado, mientras ella mira en absoluto silencio las junturas angostas de los azulejos del baño, se oye el chirrido indudable de la puerta vaivén.

## Ciencias morales

Entra un alumno, viene a orinar: es lo de siempre. Ella se apresta a hacer lo que últimamente hace. Ya desnuda (desnuda bajo la ropa), está lista para orinar mientras el alumno orina. Pero hay algo esta vez que la detiene. En un primer momento, ella misma no sabe qué es. Tiene que hacer una pausa y fijarse en lo que pasa para poder comprender. No es algo que oiga, no es algo que sepa: es algo que huele. Es algo que huele en el alumno que ha entrado. Antes no lo sentía y ahora lo siente, por lo que está fuera de dudas que es el alumno el que ha traído consigo este olor. Olor a qué, no necesita ni preguntárselo: olor a colonia Colbert. Colonia Colbert para hombres, la que viene en un frasco de vidrio dentro de un estuche verde. Ella lo sabe bien. Y sabe bien cómo es este olor; a esta altura sería capaz de reconocerlo entre decenas de otros aromas, como si se tratara de una catadura de vinos y ella fuese toda una experta en materia de enología. Puede distinguir este aroma entre otros muchos, y de hecho ahora mismo lo acaba de distinguir.

Mientras el alumno maniobra con su ropa de cara al mingitorio, María Teresa se hace la pregunta que no puede dejar de hacerse. Se pregunta si este alumno que entró recién al baño, que se dispone a orinar y que usa colonia Colbert, no será el alumno Baragli. De hecho si ella conoce lo que es la colonia Colbert, y si sabe cómo huele, no es por otro que por Baragli. Eso no implica, como si fuese un imperativo lógico, que si un alumno del colegio usa esa colonia tenga que ser Baragli por necesidad, porque cualquier otro alumno del colegio, o aun cualquier otro alumno de tercero décima, podría usar esa misma colonia también. Evidentemente no tiene por qué ser Baragli. Pero, no menos evidentemente, *puede* ser Baragli. No tiene que ser él, pero puede ser él. Y mientras que para cualquier otro alumno no existe ningún dato que predisponga en su favor la sospecha, para Baragli ya existe uno: que de él sabe fehacientemente que usa colonia Colbert. En él no es una probabilidad, sino una certeza.

Entre las cosas que ella está en condiciones de soportar, y que no son pocas, no se cuenta sin embargo esta mordiente incertidumbre. Se ha felicitado en el último tiempo por lo que son sus osadías: meterse en este baño, permanecer en estado de alerta. Son osadías que estima necesarias para el propósito declarado de descubrir a los alumnos que fuman en el colegio. Impulsada por un espíritu que cree de esa misma especie, progresa ahora hacia un tipo de osadía mejorada y aumentada. Ya no podría juzgarla, es cierto, como parte integrante de toda aquella estrategia de espionaje. Pero la asume con la misma seguridad y con la misma resolución.

María Teresa corre el pestillo que traba la puerta del baño, con dedos tan cautos que bien podrían ser los de un cirujano o los de un relojero. La puerta del baño ahora está libre. Ella la suelta y la deja venir un poco hacia adentro. Le inventa así, a su posición de espía, un resquicio por donde mirar. Ahora se prepara para espiar de veras, ahora va literalmente a espiar. La puerta entreabierta se lo permite y poco menos que se lo exige. No repara en el peligro que corre, o no le importa. Lo que quiere en este instante es una sola cosa: asomarse y ver. Ver quién es el alumno que acaba de entrar al baño y ya se ha abierto el pantalón. Quiere ver qué alumno es. Quiere ver si es Baragli.

Entre la puerta y el marco se ha abierto un espacio de no más de diez centímetros. Le alcanza, pero no le sobra, para asomarse y para ver. Es una grieta donde cabe apenas un borde apretado de su cara interrogante. En el momento de atisbar, ya casi no respira. Es más que sigilo lo que emplea: es la ambición de ser invisible. Y siendo invisible, ver. Se asoma, mira, es invisible, ve: ve al alumno que acaba de entrar al baño y que justo en este momento empieza a orinar. Lo hace de frente al mingitorio, por supuesto, y por lo tanto de espaldas a ella. Pero no completamente de espaldas. Como utiliza el primer mingitorio, el más próximo a las puertas de entrada y de salida, queda respecto de la línea de los cubículos en un ángulo relativamente abierto. De

espaldas en lo fundamental, pero en parte también perfilado.

María Teresa se fija, y no es Baragli. Queda claro que no es Baragli. Baragli es más alto que este chico, y su espalda es más ancha, y su pelo es más claro. No es Baragli. Es otro chico. Es otro chico, pero es un chico. Es un alumno del colegio y ha entrado al baño de varones para orinar. María Teresa lo observa escondida. Tampoco es algún otro de los alumnos de la décima división, que es la que ella tiene a su cargo. Le parece, por lo que ve, que es un chico de la séptima, uno al que tiene muy visto aunque desconoce su nombre en absoluto. El alumno orina. Ella ve su nuca, la franja celeste de su camisa reglamentaria en el cuello, la espalda marcada por las líneas de su saco azul. Ve sus pantalones grises, que lucen menos tirantes por la sencilla razón de que adelante están abiertos. Lo ve orinando, lo ve orinar. Ve una parte de su perfil: la oreja, un poco de su cara, por momentos ve la punta de la nariz. Ve la postura del brazo derecho, acomodado hacia adelante. Ve también, y sobre todo, el chorro de orina que cae sobre el mingitorio, lo golpea y va corriendo con leves curvas hacia abajo. El alumno tiene la cabeza gacha, porque se mira orinar. Verá su cosa y verá la orina saliendo de su cosa. Ella, María Teresa, la preceptora de tercero décima, lo mira orinar y lo mira mirarse. Después de unos segundos, el caudal de la orina comienza a mermar. Ella lo nota en la cantidad que cae y en la curva de la caída. En un momento dado, la salida se interrumpe. Se diría que en ese punto ya todo se terminó, pero justo entonces se verifica algo así como un colofón, un agregado o un suplemento: tres o cuatro chorritos más, que salen más cortos pero no por eso con menos fuerza, expulsados a voluntad por el alumno por oficio del gobierno de su cosa.

María Teresa piensa en meterse de nuevo para adentro e incluso, si no es demasiado riesgoso, en volver a cerrar la puerta con la traba. Algo le dice, sin embargo, que no lo haga y que espere: que siga espionando todavía un poco más. Los varones no se limpian ni se secan una vez que han orinado, como hacen las mujeres, salvo en casos de indecencia; pero a cambio se sacuden esa cosa que ellos tienen. El alumno empieza ahora a sacudirse su cosa. Ella se da cuenta: ve moverse el brazo, ve moverse la mano. El alumno se mueve un poco todo él al hacerlo, y en el movimiento va quedando ya más de costado que de espaldas. María Teresa ve, allí donde la mano se acaba, la cosa de ese chico: una cosa de varón. Si la ve, la ve sacudirse; pero, quién sabe, tal vez solamente la deduce. Quisiera cerciorarse, pero no le es posible. En parte cree verla, y ahora que el alumno ya la guarda, hay que decir que en parte cree haberla visto. Pero si tuviese que describirla (y aunque parezca sorprendente, en el vértigo de lo que pasa María Teresa alcanza a preguntarse cómo describiría eso que vio o que cree haber visto), no sabría cómo hacerlo. No interesa qué tan imposible pueda ser que una chica como ella vaya a mantener una conversación semejante. De todas formas imagina qué palabras usaría si tuviese que describirle a alguien cómo es esa cosa que ella ya vio o cree que vio, y no se le ocurre ninguna. Ninguna, nada de nada, la mente en blanco. Y no obstante juraría, si un asunto de este tenor tolerara un juramento, que a la cosa de este chico de veras la vio.

Retrocede y se escabulle porque el alumno, tras cerrar su pantalón, podría darse vuelta del todo para ir a lavarse las manos. No lo hace, sin embargo, y directamente se va. Y ella se queda un rato más cobijada en el cubículo, con la puerta todavía entreabierta. De pronto nota que se ha puesto en cuclillas. Repasa mentalmente todo lo que sucedió, como si fuera una película cuyo argumento debiese ahora resumir. Al cabo de un rato se incorpora, cuando siente superado su sofoco, saca del bolsillo el rollo plegado de papel higiénico y, levantando su pollera, se inclina y se limpia, sin advertir o sin recordar que esta vez no había orinado.

En los días subsiguientes renuncia a reiterar el episodio del figoneo con la puerta del cubículo destrabada. Reconoce, no del todo, sino a medias, que si descarta esa posibilidad es porque antes la considera, porque hay un punto en que piensa que sí

podría volver a hacerlo. Y si en definitiva no lo hace, es porque aprecia que el riesgo que corre es excesivo. Prefiere no correrlo, o mejor dicho prefiere reservarlo, como si fuese una riqueza limitada que no quisiera despilfarrar, para una circunstancia muy especial que tal vez muy pronto se verifique: que entre un alumno del colegio en el baño, que el aire se inunde con un olor neto que ella no dejará de reconocer como colonia Colbert, y que ese alumno sea Baragli. Baragli y no otro. Puede que ese día haga lo que ya hizo: abrir la puerta y mirar. En cierto modo siente que, si procede de ese modo con cada alumno que viene, se reducen las posibilidades de que alguna vez, alguna tarde, venga Baragli.

A menudo, durante los recreos, se cruza en el claustro con el alumno de la séptima división al que ella vio en el baño. Cuando eso ocurre, no puede dejar de observarlo y alguna vez hasta lo sigue un poco (el chico va hasta el kiosco, compra un alfajor y vuelve a conversar con dos amigos). Es mejor seguirlo antes que mirarlo de frente, porque así reconoce el aspecto de su nuca y el arco de la caída de su espalda. Se le mezclan gozosamente lo que ve y lo que vio. Oye que al chico le dicen Subán. Ése es su nombre entonces: Subán. Hasta ahora no sabía cómo se llamaba, y no obstante lo había visto, no obstante le había visto. Se mezcla entre otros chicos, se agrega entre risas a un grupo de conversación, María Teresa contempla a la distancia el modo casual en que hace gestos con la mano, hasta que por fin lo abandona y sigue su recorrido de preceptora en otros sectores del claustro.

La vigilia en el baño de varones no presenta novedades en varios días. Es interesante reparar en el poder de conquista que el hábito tiene sobre las cosas de la vida: todo termina, tarde o temprano, por pertenecerle. Los alumnos como siempre entran, salen, orinan o defecan, a veces también escupen, se lavan la cara, se lavan las manos, se peinan o se despeinan mirándose al espejo. No fuman, eso sí; por el momento ninguno de ellos ha venido para fumar y eso sigue siendo así. María Teresa tiene ya tan incorporada su función de custodia, que durante los recreos, cuando el baño se llena de alumnos que van y que vienen, a ella la gana la extraña impresión de que un espacio muy suyo está siendo en alguna medida invadido. Con el paso del tiempo las cosas han llegado incluso a invertirse: ya no es ella la intrusa en el baño de los varones, sino ellos, los alumnos, los varones, quienes pasan apenas un momento por un sitio que para ella involucra en cambio la duración y la permanencia: chicos que van podría decirse que de visita a un lugar que para ella existe para quedarse y estar, un poco como les pasa a los residentes estables de los lugares de turismo cuando llegan las vacaciones y las ciudades se inundan de visitantes pasajeros.

Por excepción acontece que entren al baño dos alumnos juntos durante el tiempo de clase. No pueden ser jamás, por definición, dos alumnos del mismo curso, porque ningún profesor permitiría de ninguna manera que dos de ellos salieran de clase al mismo tiempo (tampoco se autoriza que salgan un varón y una chica, aunque se dirijan a baños distintos, porque eso propiciaría que anden juntos y solos por los claustros del colegio, circunstancia que debe impedirse bajo todo concepto). Si dos alumnos llegan juntos al baño de varones ha de ser porque coincidieron, por total casualidad, en el momento de pedir a sus respectivos profesores el permiso para salir de clase. Se ven uno al otro en el pasillo, o ya llegando al baño; puede que se mantengan ajenos y en silencio, atento cada uno a su propio itinerario, pero también puede que, sin ser amigos ni conocerse demasiado, aprovechen la ocasión del encuentro fortuito para trabar conversación.

María Teresa accede entonces, desde el secreto del cubículo, a escuchar las conversaciones que tienen los alumnos cuando están solos o cuando creen que están solos. Hablan por lo común de los profesores (en hora de qué está cada uno) y se quejan o se burlan. También dicen groserías alguna vez, en una de esas típicas conversaciones de varones que María Teresa conoció, a su pesar, cuando su hermano

hablaba por teléfono en la casa sin cuidar debidamente el volumen de la voz. Dicen por ejemplo que se nota que la de geografía no coge o que coge mal, y María Teresa todo lo escucha, dañada por la terminología, a la vez que se preocupa por las afiebradas fantasías de los chicos de esta edad, que creen que esas cosas pueden notarse así, a golpe de vista, como si no existieran en el mundo la privacidad y la reserva. Por suerte no es común que dos alumnos vengan juntos, ya que no son tantas las chances de coincidir en una salida simultánea, aun cuando los profesores no permiten salidas al baño durante los primeros veinte minutos de clase («Acaban de tener el recreo, se hubiese acordado antes») ni tampoco durante los últimos veinte («Aguántese que ya viene el recreo»).

Se le ocurre que es más probable que se pongan a fumar cuando vienen de a dos, porque en esa clase de pueriles transgresiones cuenta bastante el factor del mutuo incentivo: la pretensión de cada uno de pasar por vivo a los ojos del otro. No ocurre nada de eso, sin embargo, tampoco cuando vienen de a dos. Pasa que mencionan detalles morbosos de las cosas que hacen o que se imaginan, cosas tan obscenas que ella las elimina de su memoria en el instante mismo de escucharlas, y que la llevan a pensar con preocupación en el grado de degeneración mental de los chicos de esta edad. Pero prender un cigarrillo y ponerse a fumar es una inconducta que de todas formas sigue sin detectar, a pesar de su perseverancia.

En las tardes en las que el cielo, el cielo invisible que persiste afuera, se cubre de nubes como si se cubriese de palomas o de telones, el aire en el colegio se ensombrece más de la cuenta. Son días de tormenta, aunque adentro no haya manera de saber si en la vida de la ciudad ya está lloviendo o todavía no llueve. En los claustros y en las aulas, y también en los baños, se instala una atmósfera de inminencia de noche. No siempre se pone tan oscuro todo como para justificar que los ordenanzas enciendan la iluminación eléctrica. A veces simplemente pasa que la jornada transcurre en la suspensión espesa de un aire turbio. En cualquiera de esos días, la luz siempre disminuida que ingresa en los baños por el filtro esmerilado de las ventanas altas, decrece hasta permitir el imperio pleno de las formas tan sólo insinuadas. En esos casos aumenta en María Teresa la sensación de que el baño de varones es algo así como un refugio. Y el cubículo que elige cada vez para encerrarse, dentro del baño, es a su vez un refugio que hay adentro del otro refugio. Por supuesto que privilegia la certeza de estar asumiendo una situación de absoluto control, y por cierto nunca se olvida de los riesgos que está corriendo. Pero aun así siente que hay algo de la protección de los refugios que la envuelve en este lugar, por una razón finalmente sencilla: que apenas se mete en el baño empieza a sentirse bien, no importa si antes de hacerlo no estaba teniendo un buen día y no importa que no vaya a tenerlo después de que salga de ahí.

En los días de nubes gruesas y cielo encapotado, que a esta altura del año y del otoño son muy frecuentes, cuando explota la opacidad en cada rincón del colegio, María Teresa se entrega doblemente a la sensación de que meterse en el baño es guarecerse. Juraría que en días así, cuando se atempera lo que los ojos son capaces de capturar, ella escucha mejor y huele mejor. Se dice eso de los ciegos, salvando las distancias, si cabe la comparación: que privados de un sentido, vale decir de la vista, mejoran en todos los otros.

María Teresa oye ahora, en el repliegue del cubículo del baño de varones, cada uno de los sonidos que se producen, incluso los que se producen en las afueras del baño. Es un día de lluvia y parece más tarde de lo que de veras es (son las tres y parecen las cinco, son las cuatro y parecen las seis). Escucha el gemido de la puerta vaivén, el que indica que alguien entra. Sin embargo no se perciben los sonidos consecuentes: los pasos dentro del baño, la fricción de la ropa, un suspiro o una tos, una respiración. No se oye nada. María Teresa deduce entonces que nadie ha entrado en el baño, que lo

que tiene que haber sucedido es que por algún motivo que a ella se le escapa, alguien se asomó al baño y se fue. Se fue sin entrar. Acaba de pensarlo, y el ruido de la puerta vaivén se repite, sólo que del otro lado, en la puerta de la otra punta. Pero no es el sonido de siempre, el chirrido rítmico y decreciente de la puerta vaivén en su ida y vuelta, sino un sonido que comienza y de repente de interrumpe. Esa detención indica una sola cosa: que alguien ha frenado la puerta del baño, y que lo hace para asomarse. María Teresa piensa que quien sea que se asoma verá que en el baño no hay nadie y se irá tal como vino. Espera que eso pase, pero el silencio de la puerta detenida se estira más de lo deseable, y eso expresa que el que se está fijando en que no haya nadie en el baño lo está haciendo con el mayor de los cuidados. Por las dudas ella intenta ni siquiera respirar. Por fin se escucha el desenlace del sonido de la puerta liberada: el que la mantenía sujeta ya la soltó y la deja oscilar del modo en que se supone que tiene que hacerlo siempre. María Teresa suspira, aliviada, pensando que la pesquisa se dio por terminada y que el que la llevaba a cabo ya se alejó. Pero justo entonces percibe los pasos que está dando, cerca de ella, ya dentro del baño, y sin ningún apuro. Unos pasos lentos, aplicados a la firmeza de cada pie sobre la superficie del suelo: la andadura pausada del que está inspeccionando un lugar. No se dirige directamente hacia los mingitorios, como lo haría el que viniese a orinar, ni tampoco hacia alguno de los cubículos, como lo haría el que viniese a otra cosa. No se dirige hacia ningún sitio en particular, sino que ensaya la vuelta general de un primer reconocimiento.

María Teresa verifica, ahora más que nunca antes, qué tan lejos queda del piso la puerta de cada cubículo. El espacio libre que existe entre la cobertura de la puerta y el suelo es lo suficientemente amplio como para delatar ante quien se fije la presencia de un par de pies. Ella se va bien para atrás, queriendo escapar en lo posible de la eventualidad de esta evidencia. No le importa apretarse contra la pared del fondo, la que por lo común se salpica, ni tampoco tener que pisar el sanitario humedecido donde se vierten los desechos. Todo eso es menos grave que ser notada por quien decidiese mirar a través del espacio que hay debajo de cada puerta.

Los pasos se alejan. Se alejan cadenciosos, ahora sí en dirección a los mingitorios, pero no con el fin de utilizarlos: ya está claro que no se trata de eso. Es una parte más de la minuciosa revisión que está efectuando. Después de unos segundos, los pasos atraviesan el baño hacia el otro extremo, donde está la otra fila de mingitorios. Cuando María Teresa los siente pasar por delante de su puerta, se pone instintivamente en puntas de pie, como si las puntas de dos pies pudiesen estar más cerca de la invisibilidad que dos pies completos. Si pudiese levitar, levitaría: se quedaría flotando para evitar ser descubierta por una mirada que se colocase al ras del suelo. No hace falta, los pasos vuelven a alejarse. Llegan hasta los mingitorios del otro lado. Hay una pausa, pero la pausa es muy breve. Los mingitorios son sitios muy fáciles de chequear, se los recorre del todo apenas echando un vistazo.

María Teresa confía, aunque en verdad sin motivo, en que la requisita concluya con la consideración de los mingitorios. Es su esperanza, pero carece de asidero. ¿Qué sería lo que podría buscarse solamente en esa parte, y no en todo el baño de varones? No lo sabe, no se le ocurre. Y en cualquier caso no es lo que sucede. Los pasos dejan a un lado los mingitorios y avanzan hacia la puerta del primer cubículo de la fila. La puerta está cerrada (cerrada, pero no trabada, porque adentro no hay nadie). Una mano recia la abre de forma tan brusca que la puerta golpea contra la pared, rebota y vuelve poco menos que a su posición original. Los pasos avanzan hacia el interior del cubículo, pero después de un momento lo abandonan. Después de indagar en el primer cubículo, se pasa al segundo. El segundo tiene la puerta abierta. Con un paso basta para estar ya adentro y con una mirada basta para verificar la falta total de novedad.

El tercer cubículo tiene también la puerta verde cerrada (cerrada, pero no trabada). Se

la abre con menos violencia que en el caso anterior, por lo que no hay ningún golpe de la madera contra el muro. Ese baño no está limpio. María Teresa lo sabe, porque lo vio y lo descartó antes de optar por el cuarto cubículo, el que está al lado, donde está ahora. No está limpio: en torno del agujero de desagote permanecen bollos de papel mal empleados y restos dispersos de una descarga precipitada. Se oye una especie de queja, una maldición murmurada. El que la profiere procede a hacer lo que ella no hizo, lo que ella no podía hacer sin tornar evidente su indebida presencia. Se oye ahora el tirón de la cadena y la caída del agua. Lo primero suena con un golpe metálico, lo segundo parece una grabación acelerada y resumida del estruendo de las cataratas.

Los pasos abandonan el tercer cubículo. Después del tercer cubículo seguirá el cuarto, porque si hay algo que no se pierde en todo esto es el sentido del orden. En el cuarto cubículo está ella. Si la puerta verde está cerrada, y además de cerrada trabada, es porque ahí adentro, en el cuarto cubículo, está ella. Temblorosa, aterrada, deseosa de inexistencia, porfiando incredulidad, está ella. El que busca no lo sabe. Sabe, sí, que la puerta está cerrada. No sabe que está trabada, pero sí sabe que está cerrada, porque los pasos, después de un leve rodeo, se han plantado justamente allí. La mano empuja para que la puerta se abra, igual que en los otros casos. Pero no se abre. Esta puerta no se abre. La mano empuja más fuerte, calculando tal vez posibles adherencias de la pintura seca o posibles bloqueos de la madera hinchada. No se trata, en cualquier caso, de nada de eso: ni de pintura seca ni de madera hinchada. Se trata de que la puerta está trabada, trabada con el pestillo. Así que el que busca ahora sabe que la puerta, además de cerrada, está trabada. Y sabe que la única explicación que existe para que eso pase es que haya alguien adentro.

María Teresa siente ganas de orinar, pero de miedo.

## Juvenilia

Antes que nada, la educación. Suenan unos golpes discretos, toques diáfanos de mesurados nudillos en la puerta verde del cuarto cubículo. No hay nada más penoso que incordiar al pobre infeliz que pueda estar muy descompuesto (sólo así, muy descompuesto, no esperaría a volver a su casa para ir al baño), agachado y poco estable y con los pantalones arrugados a la altura de las rodillas.

Pero no hay ninguna respuesta.

Entonces los nudillos repiten cuatro o cinco golpes, todavía discretos pero ya más enérgicos. Son golpes más urgentes, que exigen una contestación. María Teresa no puede darla. No puede decir ni tan siquiera un rápido «ocupado», porque tendría que decirlo inexorablemente con su voz de mujer, o peor que eso, con su voz de mujer fingiendo ser una voz de varón, y con una actitud así no haría más que precipitar la catástrofe.

Por eso permanece completamente callada. Acaso el silencio la salve. Pero en verdad no la salva, porque contra ese silencio al que ella se aferra suena una voz, suena la otra voz, y es una voz de hombre, y es una voz que ella no ignora.

—Nombre, año y división.

María Teresa se pone muda, se queda muda.

La voz insiste, perentoria.

—¡Nombre, año y división!

María Teresa no puede contestar, y no contesta.

La voz se crispa.

—¡Nombre! ¡Año! ¡Y división!

La violencia de la voz la intimida todavía más. El silencio es su última trinchera y es su última esperanza. Quedarse en silencio, hasta que el interrogador se resigne o se canse y se vaya del baño. Puede que termine por pensar que del otro lado de la puerta trabada no hay otra cosa que un chico cagando muerto de vergüenza. Si piensa eso, acabará por desistir y se alejará. Por un instante ella alcanza a ilusionarse con la idea de que es eso lo que va a pasar, porque la voz de las preguntas no insiste y se ausenta.

Podría ser un desenlace, el desenlace esperado. Pero no lo es. Es justo lo opuesto: un preludeo, una toma de impulso. El preludeo de una decisión totalmente inesperada. Cae un golpe brutal sobre la puerta de madera. La puerta se sacude sobre sí misma, como podría hacerlo una persona a la que también golpearan. No se vence ni se rompe, pero confiesa su esencial fragilidad. Está hecha con madera ligera y liviana, no muy resistente, y además bajo la forma de tiras verticales que al conmoverse con el impacto desnudan las grietas que podrían desgajarla. Viene otro golpe, un segundo golpe, y con eso es suficiente para producir la rotura. No es la puerta, hablando en sentido estricto, lo que se rompe, sino el pestillo. No las tablas de madera, sino el injerto de metal pobremente atornillado y el fierrito que servía para que la puerta se trabara. Es eso lo que se desprende, sacado de cuajo, es eso lo que se ve arrancado con un ruido parecido al de las cosas crocantes, y en un segundo apenas todo el precario mecanismo se reduce a lo que más esencialmente era: una chapita, un fierrito, tres tornillos (porque uno ya faltaba).

La puerta se abre.

En cierto modo se abre sola, o da la impresión de que se abre sola, porque el golpe en rigor se empleó para que se rompiera la traba y no para que se abriera la puerta. Que la puerta se abra es algo que acontece por sí solo, por la sola ausencia de pestillo, y por lo tanto pasa lento y tarda mucho en terminar de suceder. La puerta se abre despacito, y despacio también provoca su doble revelación. Desde adentro, María Teresa se queda helada viendo el contorno inconfundible del señor Biasutto. Desde afuera, el señor Biasutto clava los ojos con dientes apretados hasta encontrarse con

María Teresa.

El eco de los golpes en la puerta se ha apagado por completo.

No hay expresión de asombro en la cara tirante del señor Biasutto. No hay expresión ninguna en esa cara. Pero sólo podría atribuirse al asombro, y más que al asombro a la consternación, lo mucho que demora en poder articular una palabra. Son largos segundos que María Teresa pasa tratando de no llorar.

Por fin el señor Biasutto habla, casi sin abrir la boca.

—¿Qué hace usted acá?

María Teresa traga, con enorme dificultad, un nudo de lágrimas y de saliva que la está atorando.

—Mi trabajo, señor.

El señor Biasutto abre un poco sus ojos chicos y negros.

—¿Su trabajo? ¿Qué me quiere decir con su trabajo?

María Teresa se aprieta todavía más contra la pared mugrienta.

—Custodio, señor Biasutto, la buena conducta y el acatamiento de las reglas por parte de los alumnos del colegio.

El señor Biasutto asiente varias veces, como si entendiera por fin lo que está pasando; pero la manera en que abre las dos manos a los lados del cuerpo indica que en realidad todavía no lo entiende.

—¿Pero qué buena conducta y qué acatamiento de reglas puede estar custodiando usted acá?

María Teresa ya no siente que vaya a ponerse a llorar. El señor Biasutto le está concediendo al menos la chance de explicarse.

—Usted recordará que alguna vez yo le conté mis sospechas de que hay alumnos que fuman en el colegio.

—Me acuerdo, sí.

—Y como esta clase de infracciones son típicas en los chicos lieros, fue fácil deducir que el lugar donde cometían el hecho era en el baño, ¿sí?

—Sí.

—Y bueno, por eso estoy acá. Me escondo para ver si pesco a los que fuman.

El señor Biasutto se queda pensando unos momentos.

—¿Acá entre la mierda, las meadas?

María Teresa asiente.

—Sí.

El señor Biasutto se echa atrás. Se echa atrás en su actitud, pero también físicamente: baja las manos y retrocede un metro o dos. Es su manera de decirle a María Teresa que se adelante, que se aparte de la roña, que salga de ahí. Pero ella está muy azorada todavía para moverse.

—Venga, venga. Deje ese lugar.

La falta de luz de pronto suaviza la escena.

—Venga acá, hágame caso. Venga.

María Teresa sale del cubículo con pasos muy vacilantes, como si hubiese pasado dos o tres meses postrada en una cama, convaleciente de algo, y éste fuera el momento de levantarse y probar si las piernas todavía le responden.

—Venga a lavarse las manos.

En cuanto el señor Biasutto menciona sus manos, y también como consecuencia de que las menciona, ella se da cuenta de que todo este tiempo ha sostenido su bombacha en una mano. Es así por su costumbre, que en efecto llegó a serlo, de sacársela cada vez apenas entraba en el cubículo. Es una bombacha blanca y sin puntilla, por suerte más discreta que otras que tiene. El señor Biasutto no parece haber notado nada; puede que no la haya visto o puede que haya pensado que se trataba de otra cosa. Ella aprovecha ahora, que él ha girado hacia los lavabos, para escabullirla

en algún lugar apretado entre su pulóver y su pollera. No le gusta permanecer así, sin nada debajo, en esta circunstancia tan peculiar; pero no tiene alternativa.

El señor Biasutto abre una canilla y la invita a acercarse, como si se tratara de una mesa de platos fríos en una fiesta y él quisiera hacerle probar algún bocado especial. El rumor del agua, lo mismo que la penumbra, tiene un efecto apaciguador. María Teresa encoge las mangas, para no mojarlas, y empieza a lavarse las manos. Frota el jabón un poco, hasta sacarle alguna espuma, y se enjuaga con cuidado. El señor Biasutto no deja de supervisar todas estas operaciones, como si ella fuese una niña que está en esa edad en la que se hacen trampas con la limpieza y él fuese un padre que debiese custodiarla.

Cuando termina con todo se vuelve ostensible que no tiene con qué secarse las manos. Toallas no hay, papel absorbente tampoco. El señor Biasutto reacciona, para tranquilidad de María Teresa, con la caballerosidad que ella ya le conoce: extrae del bolsillo superior de su saco azul oscuro un pañuelo amarillo, que allí guardaba debidamente plegado y que hace juego con la corbata y con las medias (aunque de las medias ella no se entera). Se lo entrega con un lento parpadeo y una leve inclinación. Ella lo recibe y lo agradece. No es un pañuelo de algodón, sino de una especie de seda o tela sintética, por lo que seca poco y seca mal; no obstante ella se siente de verdad reconocida.

Acaba de secarse las manos, o de esparcir en ellas la humedad, y le devuelve el pañuelo al señor Biasutto. Pero él no se lo recibe.

—Está bien, quédeselo.

A ella misteriosamente le agrada la idea de quedarse con un pañuelo del señor Biasutto. Lo dobla en cuatro, distinto a como estaba, y se lo guarda adentro de una manga. No cesan las cortesías, una vez que han comenzado. El señor Biasutto se adelanta, pero lo hace para abrir una hoja de la doble puerta y franquearle el paso a María Teresa.

—Usted primera.

Caminan casi a la par a través de todo el claustro, en dirección a la sala de preceptores. No se hablan. El silencio del señor Biasutto parece deberse a una cavilosa reflexión interna; el de María Teresa, en cambio, al amedrentamiento. Quisiera que él dijese alguna palabra más, alguna que ella pudiese percibir más claramente como un veredicto. Pero no la dice. No dice nada. Va caminando con las manos tomadas detrás de la espalda y la vista fija en el punto donde muy pronto estarán sus propios pasos. Es la actitud característica del que se pierde en sus pensamientos. María Teresa no alcanza a adivinar cuál podría ser el contenido de esos pensamientos.

El día termina sin ninguna novedad. Tampoco la hay en los días que siguen.

María Teresa se calma al constatar que el señor Biasutto no ha tomado medidas que la afecten. No elevó algún informe sobre su caso al señor Prefecto o, más gravemente aún, al señor Vicerrector, y eso significa que no censura la iniciativa que adoptó. No lo hizo, no promovió sanciones para ella. Lo habría hecho con seguridad, y sin que le temblase el pulso, en caso de juzgarlo necesario. María Teresa descarta, tratándose de un hombre tan recto como él, que pueda haberle dispensado alguna clase de indulgencia: no la cubrió ni la protegió, no le debe haber tenido contemplación alguna. Si no impulsó sanciones (que podrían haber ido desde la reconvención verbal hasta la desafectación de sus funciones), es porque no reprueba abiertamente su proceder.

No obstante la situación fue de por sí tan equívoca, se pareció tanto a lo que ella se proponía lograr con los alumnos: sorprenderlos *in fraganti*, que se siente ahora tácitamente disuadida de continuar con el desempeño que venía teniendo. Ya no vuelve a entrar en el baño de varones del colegio. Si bien el señor Biasutto no le expresó su desaprobación, y en esta circunstancia sí puede decirse que el que calla otorga, tampoco la estimuló al advertir en qué se metía (en la mierda, dijo él, con

lenguaje de varones) con el fin de mejor cumplir sus deberes de celadora. Y, al darse así las cosas, la suspensión definitiva de sus tareas de vigilancia le parece la resolución más obvia, la que no puede dejar de tomar.

Regresa entonces a lo que era, en un sentido más cabal, su rutina de trabajo. Vuelve a pasar más tiempo en la sala de preceptores, sin que nadie le diga nada al respecto, seguramente porque ninguno de los compañeros está tan pendiente de ella como para notar la diferencia. Los días se le hacen más apagados, eso sí. Su idea de la vida nunca involucró intensidades, pero en este tiempo se aburre bastante. Ese para qué de cada jornada, que la impulsaba ya desde antes de llegar al colegio, ahora ha quedado vacante, y eso tiene sobre sus actividades y sobre su estado de ánimo un efecto aplanador. Es cierto que de este modo puede ver con más frecuencia al señor Biasutto. El jefe de preceptores ejerce su supervisión sobre todo en esta sala en la que ellos se reúnen mientras los profesores dictan clase. María Teresa puede ahora verlo más y tratarlo más. Y sin embargo lo siente más lejos. Atribuye esa distancia al hecho de que ya no existe la gran ilusión que ella tenía respecto de él: deslumbrarlo con el descubrimiento de quienes fuman a escondidas en el colegio. Desde ese punto de vista, el de sus sueños, era ese hecho lo que les permitiría entablar un lazo de real solidez. Ahora entiende que, desertando ella de su esmerada custodia, esa esperanza queda vacía. Pero también aquel otro futuro que tenían disponible, el de reeditar el encuentro en un café a la salida del colegio, se ha vuelto de pronto más difícil. Como si ese cierto vínculo que se estableció entre los dos al cabo del primer encuentro, y al que ella llamaría puente, se hubiese derrumbado con el episodio del baño de varones, ya nada indica que el señor Biasutto pueda acercarse a formularle una segunda invitación. Con el tiempo se diluyen los ecos insinuados de lo que fue el primer encuentro, y pronto será, si es que ya mismo no es, como si nunca hubiese existido.

Mientras tanto llegan postales de Francisco desde Comodoro Rivadavia. Son dos postales con vistas aéreas, pero aéreas de verdad; las fotos las deben haber tomado desde un avión en vuelo. Se ve el corte abrupto de la costa contra el mar y el azul espeso de las aguas sin rompiente, que de tan oscuro se torna gris metalizado (azul petróleo, piensa María Teresa, pero duda de la existencia de un color con ese nombre y se pregunta si su idea no se debe a que sabe que esa región es rica en yacimientos). Es un mar que luce quieto. No tiene el aspecto ágil y voluble de las postales de Mar del Plata, por ejemplo, que hacen pensar en la risa y en el divertimento. Luce quieto, y no por efecto de la detención fotográfica: es quieto y oscuro como los secretos que nunca van a revelarse. El hermano por su parte ya no pone nada: en el reverso de las fotos no hay otra cosa que espacio en blanco. Nada escrito, ni siquiera el nombre.

En el colegio las novedades de estos días son: que el señor Prefecto ha reunido a los preceptores para decirles que ahora más que nunca hay que ser sumamente estrictos con el control del uso de escarapelas; que Servelli se rió por un estornudo repentino de la profesora Pesotto y mereció dos amonestaciones; que Capelán creció en altura y Rubio no y por lo tanto ahora el primero de la fila de los varones es Rubio; que Rubio no da ningún indicio en las formaciones de notar en Marré otra cosa que un punto de referencia para tomar distancia; que el profesor Roel está enfermo y durante media semana va a faltar; que los pulóveres de cuello redondo están prohibidos y esa especificación se agrega al reglamento (que hasta ahora daba por sobreentendido que se hablaba de pulóveres con escote en ve); que a Costa se le corta la cintita azul que se ata en la camisa y con esa excusa pretende llevar el primer botón suelto y el cuello abierto, cosa que no se le permite hacer bajo ningún punto de vista; que una falla eléctrica de último momento impide la proyección grabada de «Aurora» en el final de la tarde y es preciso entonarla a capella, con grandes desafinaciones y alguna que otra vacilación en el devenir de la letra; que Bosnic tiene el pelo demasiado largo y debe cortárselo; que Babenco mascó chicle; que Dreiman se ata el pelo tan abajo que ya es

casi como si lo llevara suelto, y hay que reconvenirla; que los pizarrones en tercero décima han comenzado a chirriar cuando se los sube y se los baja y es preciso encargar al ordenanza que los engrase.

La hora libre de música se ocupa con la proyección de una película relacionada con la materia (una versión de «La flauta mágica» de Mozart). Para eso es necesario conducir a los alumnos de la división hasta el microcine que está en el subsuelo. El subsuelo vuelve a provocar inquietud en María Teresa, sabiendo, como sabe, que hay túneles secretos que parten desde allí. Se cuentan historias sobre eso (es imposible que existan túneles secretos y que no se cuenten historias): desde excursiones nefandas de los curas de la iglesia contigua, hasta fugas subterráneas en tiempos de las invasiones inglesas. También se habla de un proyecto de atentado que se abortó hace unos años, pero hay versiones que desmienten la realidad de ese proyecto y entreveran la palabra «excusa» en su refutación. María Teresa conoce poco de todo eso: de los curas sabe que hay algunos que pecan, de las invasiones inglesas sabe que se echó al intruso arrojando ollas audaces de agua hirviendo, de los atentados sabe que si se veía un paquete cerrado por la calle no había que tocarlo de ninguna manera. No es esto o aquello lo que la intimida de los túneles, sino su existencia misma: no lo que puede haber acontecido en ellos, sino el hecho mismo de que, por debajo de lo conocido, por debajo de lo visible, haya pasadizos que pertenecen a lo que no se conoce ni se ve. Por momentos siente la tentación de asomarse a esos túneles, aunque jamás se atrevería a incursionar en ellos. Ese reino de la humedad y de las ratas sólo le produce miedo, un miedo que lucha, pero que no pierde, con el misterio que la atrae.

La película es larga y parsimoniosa. Los alumnos la siguen con atención. El profesor Roel por las dudas les ha hecho advertir, en un aviso telefónico desde su lecho de convaleciente, que una de las tres preguntas que les planteará en la próxima prueba escrita que tengan estará referida a la película. María Teresa de a ratos atiende al comportamiento de los alumnos en las butacas del microcine. Todo se ve en orden y la proyección termina sin inconvenientes. Cuando las luces se encienden en la sala, es como si un efecto de hipnosis se interrumpiera.

Los alumnos forman para salir. No pueden desplazarse por el colegio sino en fila y con paso regular. María Teresa se ubica detrás del final de la hilera, para adoptar la mejor posición de vigilancia, la que le permite ver y no ser vista. Pero por eso es la última en enterarse, a medida que van saliendo del microcine, de que allí en la puerta está esperando el señor Biasutto. No tiene por qué sorprenderla que el jefe de preceptores se encuentre en ese lugar, aunque de hecho la sorprende. Cuando un curso lleva a cabo alguna actividad diferenciada, y la concurrencia al microcine en el subsuelo lo es, es habitual que él se acerque a supervisar que las cosas se estén desarrollando sin complicaciones (hay un juego doble en este modo de proceder: por un lado su presencia debe tomarse como un respaldo al preceptor de que se trate; por otro lado lo que está haciendo es controlar al preceptor: controlar que controle como debe).

—¿Todo bien?

María Teresa le responde sin mirarlo del todo.

—Bien, sí. Muy bien.

—¿Es hora de música?

—Es hora de música, sí. El profesor Roel está enfermo.

El señor Biasutto asiente y acompaña el andar de María Teresa. El sosiego de los alumnos se ahonda con la presencia del jefe de preceptores. Suben las escaleras con aceptable sincronización. Después, por el pasillo, caminan sin arrastrar los pies, que es algo no tan fácil de obtener de estos chicos tan proclives al desgano.

Aunque faltan apenas un par de minutos para que toque el timbre y empiece el recreo, los alumnos de tercero décima entran al aula. No podrían permanecer en el claustro

mientras el resto de sus compañeros están en clase, por más que se quedaran quietos y mudos. Entran alineados, primero las chicas y después los varones, y ocupan sus asientos. No tienen tiempo para ponerse a hacer nada. Para ponerse a hacer cualquier cosa, el tiempo es corto. Pero se hace largo para pasarlo así: sin hablar, sin moverse, mirando sin objeto a alguna parte o a ninguna.

María Teresa tiene que entrar de inmediato al aula, para ponerse al frente del curso y supervisar esta nulidad. Pero justo cuando se dispone a hacerlo el señor Biasutto la detiene, apoyando en su antebrazo un dedo o dos. Ella gira hacia él, lo ve pestañear.

—¿Alguna novedad en lo suyo?

María Teresa acerca, perpleja, una mano hacia la boca.

—¿Lo mío?

El señor Biasutto asiente.

—Lo suyo, sí. Esos alumnos que fuman, que está por atrapar.

María Teresa toma la consulta como si fuese un cumplido. Contesta nerviosa, pero halagada.

—Ninguna novedad, por el momento. Ninguna por ahora.

Entra al aula, ya feliz, aunque se esmera en impedir que los alumnos detecten que su estado de ánimo ha cambiado. Interpreta lo que el señor Biasutto ha venido a decirle como lo que más profundamente es: la autorización a que continúe con su averiguación en el baño de varones del colegio; y hasta el incentivo, dicho sin énfasis pero con claridad, para que en todo caso no deje de hacerlo.

## Imaginaria

Y es así que vuelve, apenas puede, a ocupar su posición en el cubículo. No son tantos los días en los que se ha ausentado. Más bien son pocos, apenas tres o cuatro, pero pasaron lentos. Por eso al regresar a su puesto siente como si volviera a su casa o a su barrio después de haberse distanciado en un viaje de cierta duración (una vez, cuando chica, al volver a Buenos Aires después de pasar un mes en un mínimo pueblito de Córdoba, no lograba adaptarse a la existencia de los semáforos en las calles, ni a la del teléfono en su casa). En el espacio del baño de varones percibe ciertas marcas de lo que fue su propia ausencia, como si no solamente por estar en un lugar, sino también por dejar de estar en él, se pudiesen imprimir ciertas huellas personales.

Ni por un instante se le pasa por la cabeza la posibilidad de que la acción irregular de los alumnos fumando en el baño pueda haberse verificado en el lapso en el que ella cejó en su vigilancia. Ni se le ocurre. En una inversión de términos que ella misma, tal vez, en caso de razonarla, encontraría ilógica, tiende a suponer que no hay chance alguna de que se pueda violar el reglamento si no está presente ella, que encarna su representación. Para María Teresa no fue únicamente su concurrencia al baño de varones lo que se suspendió por unos días, sino todo el mundo que se trama y se engendra alrededor de esa iniciativa. Todo ese mundo, combinatoria confusa de travesura, rebelión y puesta en orden, se reactiva para ella sólo ahora, cuando vuelve, y en razón de que vuelve; y adquiere por lo demás una entidad reforzada, puesto que desde ahora su presencia allí no atañe nada más que a una simple preceptora, sino que cuenta con el aval manifiesto del señor Biasutto, jefe de preceptores.

Es tanto su entusiasmo durante el primer regreso al baño de varones, que para nada la deprime que ningún alumno asista a hacer uso de las instalaciones (ni el uso debido ni un uso indebido, como ya le pasó cuando todo esto empezaba). Ahora más que nunca, al evocar el interés que le expresara el señor Biasutto, se entrega a la confianza certera de que, estando ella ahí, los alumnos que fuman en el colegio vendrán a hacerlo y lo harán, tarde o temprano, y acaso más temprano que tarde, y ella podrá sorprenderlos.

Algo cambia en su conducta, al cabo del sucinto impasse. Ya no se presta a orinar en este sitio impropio, ni tampoco, puede que en consecuencia, se alivia de ninguna prenda mientras permanece aquí. Hace lo más estricto: se atrinchera y avizora. No hará nada, nada que no sea atender y esperar, hasta que llegue el momento destinado a que ella pase a la acción. No la enfada este retraimiento. A lo sumo la apoca, pero ella no alcanza a definir ese estado. Sus pensamientos se aquietan tanto como ella misma. Espera, solamente espera. Ya no se hace ilusión con cada alumno que entra, y por lo tanto tampoco se decepciona. Espera con interés pero no con ansiedad. No gana nada con permitir que las ganas crezcan. Nada llega antes de tiempo. Lo que tenga que pasar pasará cuando le llegue su hora.

Faltan unos diez días apenas para que empiece el invierno. No obstante ya no quedan signos del otoño en Buenos Aires. El frío es mucho. El edificio del colegio ha sido concebido para brindar el amparo indispensable para garantizar el estudio, pero no más que eso: no un confort demasiado mullido que, por exceso, termine por lesionar esa misma disposición. El empleo de guantes y bufandas está permitido en la vereda del colegio, siempre que esas prendas sean de color azul (del mismo azul que los pulóveres, no otro cualquiera); pero hay que quitárselos y guardarlos antes de ingresar. El uso de boinas o gorros de lana está prohibido, adentro del colegio o afuera, por ser perjudiciales al buen aspecto.

En los baños hace más frío que en los claustros y en los claustros hace más frío que en las aulas, que es donde se estudia. Los alumnos salen rotativamente a los patios internos del colegio, vale decir al aire libre, a practicar el arte del desfile marcial, porque ya se aproxima el acto de homenaje a Manuel Belgrano, ex alumno y creador de la

bandera. El profesor Vivot vocea las instrucciones (quier, deré, quier, deré, fir-més, descan-só) desde un megáfono que metaliza las consignas. A los alumnos se les forma una nube de vapor delante de la boca. Es por el frío, o, en rigor de verdad, por el contacto brusco de sus alientos tibios con el aire frío. Algo de eso pasa también en el baño. No en los claustros, ni mucho menos en las aulas, pero sí en los baños. Si se suelta un poco de aliento se forma en el aire un vago derrotero blanco.

María Teresa se cerciora del fenómeno, que le confirma que hace frío de verdad en este sitio y que no es ella la que, por estar destemplada, sufre esa impresión. Alguien entra en el baño entonces, con pasos buenos. No va a los mingitorios, sino a los cubículos. Y no a cualquiera de los cubículos, sino al único que está cerrado, y que es el que ella ocupa. Golpea la puerta sin demasías, como lo haría alguien que precisase entrar a una habitación donde alguien duerme y alguien está despierto, y llamase de tal modo que el que no duerme pueda oír y el que sí duerme no vaya a despertarse. María Teresa oye. Obviamente no contesta. Igual que la vez pasada, se tira para atrás. No contesta y no va a contestar.

Como lo sabe, el señor Biasutto susurra.

—Abra, María Teresa. Soy yo.

Ella entonces descorre la traba y abre la puerta. El señor Biasutto le sonrío con una intención que ella no logra descifrar. Quizás un ala de la nariz le tiembla un poco. Las manos las tiene cruzadas, pero adelante.

—¿Alguna novedad?

Un chequeo de rutina, como dicen los médicos. El señor Biasutto, jefe de preceptores, supervisa la labor de una integrante del cuerpo que comanda.

—Ninguna por el momento, señor Biasutto.

El señor Biasutto hace un gesto, tal vez el de señalar con un dedo, hacia el interior del cubículo. Sonríe, pero con alguna exigencia.

—Para ser mujer ocupa muy bien su posición de imaginaria.

María Teresa no comprende del todo lo que el señor Biasutto ha dicho, pero aceptar y asentir le parece preferible antes que pedir explicaciones.

—Solamente cumplo con mi deber.

El señor Biasutto aprueba estas palabras con expresión de gentileza, pero de inmediato exhibe también un raro fruncimiento en las facciones y un inesperado temblor en las cejas o en la frente. Por fin, como queriendo evadirse de esa repentina zozobra, sonrío en un espasmo de hombros que agita su saco. Y después, ya decidido, sin pedir ningún permiso (no tiene por qué hacerlo: es el jefe de preceptores), da un largo paso, un paso que de tan largo ya cuenta como zancada, y se mete de una vez en el cubículo. María Teresa supone que tiene que interpretar ese proceder como un relevo: entiende que es tanta la adhesión del señor Biasutto a la investigación que ella emprende, que viene aquí a tomar su lugar para ayudarla. Por eso se dispone a salir, del cubículo y del baño, con un paso que, sin ser apresurado, tampoco quiere parecer renuente.

Entonces el señor Biasutto, con un ademán que al fin de cuentas es muy simple, cierra la puerta. Cierra la puerta y de inmediato la traba con el pestillo. Ahora los dos, ella y él, María Teresa, la preceptora, y el señor Biasutto, el jefe de preceptores, están encerrados en el cubículo del baño de varones del colegio. El lugar es evidentemente estrecho para los dos. Falta el espacio, en especial si se considera que el sanitario, aunque esta vez no está muy sucio, ninguno lo va a pisar. No hay manera de no quedar cerca, demasiado cerca, uno de otro. El bigote apretado del señor Biasutto, al que ella ahora ve mejor que nunca, parece haber cobrado vida propia. Ella se afina contra la pared, pero sería lo mismo que hacerlo en el pasillo de una sala de archivos o entre los anaqueles de una biblioteca. La máxima separación que pueda conseguir aquí no dejará nunca de ser una proximidad mayúscula. El señor Biasutto no es

demasiado alto, más bien al contrario. Por lo pronto no es más alto que ella, y si lo es, lo es por muy poco. No obstante es evidente que ella lo mira ahora desde abajo hacia arriba. Él le sonrío. Hay un brillo en su boca cuando sonrío que no puede ser otra cosa que saliva. Los dientes se le ven un poco esta vez: no lucen bien. María Teresa intenta devolver esta sonrisa con otra sonrisa, pero no lo consigue. Si zafara de su parálisis, la que le impone el miedo, podría más fácilmente llorar que sonrío.

No tiene idea de lo que va a suceder aquí con el señor Biasutto. Hay algo que sabe, aun en su perdición, y es que nada de esto forma parte ya del intento de sorprender a los alumnos que transgreden las reglas del colegio. Es otra cosa. María Teresa no sabe qué, pero sabe que es otra cosa. El señor Biasutto guarda toda compostura: la gomina intachable, la corbata ajustada, el cuello de la camisa sin una arruga, las solapas del saco immaculadas; y aun así en algún sentido se muestra francamente desencajado. María Teresa procura serenarse, repasando lo que ya sabe: que el señor Biasutto es el jefe de preceptores del colegio, que goza en la institución del mayor prestigio posible, que es lo que se dice una autoridad, que le consta que con las damas sabe ser propiamente un caballero. Lo piensa y lo sabe y sin embargo no consigue tranquilizarse.

Después de pegar un tirón en las mangas con los brazos hacia adelante, el señor Biasutto procede a desabrocharse el botón del saco. No es más que eso: soltarse un botón. El saco se abre y deja ver una camisa blanca, la falta de pulóver. No es más que eso. Algunas personas no sufren el frío. Hay hombres que nunca llevan el saco abrochado. El señor Biasutto podría ahora mostrarse más cómodo, mejor preparado para la falta de espacio. Pero en verdad no. En vez de eso se pone a dar más tirones con los brazos hacia adelante, los espasmos en los hombros le regresan. Es difícil, o imposible, calcular qué edad puede tener el señor Biasutto. María Teresa piensa en eso; también se pregunta, presintiendo que divaga, entreviendo que se va, cuál podrá ser el segundo nombre del señor Biasutto, en qué mes del año habrá nacido.

Él la toma de los hombros y la hace girar. Firme, algo severo. Ella se encuentra así de cara a la pared recubierta de azulejos, con la cara poco menos que pegada a la pared. Puede verla con todo detalle: cada mínimo matiz de la decoloración, la más leve granulación de los materiales. Algo del frío de los azulejos se traspasa a sus mejillas. El señor Biasutto ha quedado ahora detrás de ella. María Teresa todavía alcanza a decirse a sí misma, no sabe bien con qué sentido, que se trata del jefe de preceptores del colegio. Con manos confusas el señor Biasutto le levanta la pollera. Ella siente al mismo tiempo el frío en las piernas y el miedo. La pollera vuelve a caer si no se la sujeta bien, el señor Biasutto se atolondra y se violenta. Le sube la pollera, le ve los muslos sin dudas, le ve el comienzo de las nalgas secretas, de inmediato precisa las manos libres y la pollera vuelve a caer. Resopla, apurado. Pulsea afanoso contra su propia torpeza. No espera que María Teresa haga nada, nada que no sea estarse ahí, preceptora, subalterna, con un lado de la cara ya tocando la pared. Por fin se las arregla, aunque nunca con soltura. Vuelve a subirle la pollera y ahora le apoya, para sostenerla en alto, una mano en la espalda. María Teresa siente esa mano en la espalda, fría y húmeda, y recuerda que al despedirse aquella noche en la esquina de la iglesia el señor Biasutto se inclinó, como en la sala de un palacio, para besarla no más que en la mano. Ya hacía frío esa noche en Buenos Aires.

El señor Biasutto le baja la bombacha con un tirón bien brusco de la mano que tiene libre. Como jala de un solo lado, el lado derecho, la bombacha baja pero torcida. Él tiene que cruzar la mano ahora, hacerla pasar por debajo del otro brazo, para enderezarla. Lo hace con dificultad. La bombacha le queda ahora a María Teresa más o menos en la mitad de las piernas, cerca de las rodillas, con el elástico menos tirante que cuando estaba calzada arriba, allí donde debe llevarse y así como debe estar. Al bajarla sin cuidado se enroscó, así como enroscan las sábanas los que quieren

convertirlas en sogas y emplearlas para escalar alturas. Tal vez la parte más afectada por la absoluta intimidad esté quedando ahora a la vista.

María Teresa dirige los ojos hacia el pestillo. La puerta está trabada. Se pregunta si el pestillo que saltó de cuajo, arrancado por la irrupción del señor Biasutto hace unos días, ya habrá sido reparado en el cubículo correspondiente. Podría haberse fijado, pero no se fijó. Volver a colocar los tornillos y ajustarlos no habrá sido tan difícil. De paso podrán haber repuesto el tornillo que faltaba. Pero si al desprenderse el metal de la puerta por la fuerza más bruta la madera se desgarró, probablemente la reparación no habrá resultado tan sencilla. El que ocupe ese cubículo para evacuar, se encontrará con que la puerta no puede cerrarse. Si no alcanza a cambiarse a otro, deberá arreglárselas poniendo una mano hacia el costado, para mantener el equilibrio, y otra hacia adelante, para evitar que algún disperso le abra la puerta en medio de su contingencia.

¿Por qué, para qué, piensa María Teresa en todas estas cosas si el pestillo del cubículo donde está ella se ve perfectamente ileso y la puerta está trabada? Siente resoplar al señor Biasutto a sus espaldas. Él le empuja una mano adentro. Luego se ayuda con la otra mano, ya no le importa que la pollera caiga, porque en todo caso no cae del todo. Una mano ayuda a la otra. Una abre, la otra empuja. María Teresa piensa con terror en la cosa del señor Biasutto. No puede gritar, no puede irse. Piensa con terror en la cosa terrible del señor Biasutto. Se atreve a mirar de soslayo, bajando la vista, inclinando la cabeza. La cosa del señor Biasutto no está en esto todavía. Por lo que ve, permanece alejada y ausente. Es la mano lo que empuja desde atrás, dentro de ella. Una mano fría y mojada. La otra mano, también fría, también mojada, va en su ayuda. Empuja la carne hacia el costado y abre. La mano restante mejor entra de este modo. María Teresa no puede gritar y no puede irse. Mira el pestillo: el pestillo está corrido, la puerta está cerrada. Ella no piensa en abrirlo. No piensa en eso, no: no piensa en abrirlo. Piensa en la manera feroz en que saltó el otro pestillo, hace unos días, bajo el ataque torrencial del señor Biasutto. Los tornillos saltaron como en una explosión, la madera se abrió de pronto en hebras insospechadas. En eso piensa, viendo ahora el pestillo sano. En eso y en la cosa del señor Biasutto, que no asoma, que no asome.

Padece enmudecida el juego de manos. La mano que abre pinza y pellizca, la mano que entra tan sólo arremete. Esos embates son por el momento tan ciegos y tan generales, que no se entiende a qué van. Ella hace lo que puede con sus propias manos: las pone con las palmas bien abiertas contra la lisura de la pared, para amortiguar los golpes que el zamarreo de ahí atrás le hace dar con la cara contra el azulejo. No puede gritar, tampoco quejarse. El instinto de cautela para pasar desapercibida en este baño permanece por alguna razón en sus reacciones. Aprieta los labios, y detrás de los labios los dientes, con la respiración polvorienta del señor Biasutto demasiado cerca de sus orejas y de su nuca. El hurgueteo se prolonga un poco sin definir su finalidad, hasta que de repente una de las manos del señor Biasutto, la derecha, la más hábil, la que entraba, cambia su aspecto. Muta como lo hacen esas peculiares orugas de guerra, capaces de retraerse o desplegarse para aquí o para allá, según las necesidades tácticas que se van presentando. Hasta ahora esa mano operaba prácticamente como un puño, un hato de dedos amuchados, y en ese estado no hacía otra cosa que pugar un poco al montón. Ahora cambia: extiende del conjunto un dedo, el dedo mayor, o quizás haya que decir que retrae cuatro dedos, dejando al mayor a la ofensiva. María Teresa estremecida vuelve a pensar en la cosa, en la cosa terrible del señor Biasutto, pero logra ver que sigue aparte de lo que está pasando. Es un dedo hiriente lo que la hurga. Un dedo humillante que empieza a abrirse camino.

Más tarde, cuando pueda, María Teresa va a llorar por todo esto, pero por el momento no llora. Para aplacarse piensa por ejemplo estas cosas: que después sí podrá llorar,

que después sí podrá gritar por todo esto. Ahora aprieta los labios, los dientes, los párpados, aprieta también las manos, que ya no apoya abiertas contra la pared, se aprieta ella misma toda entera contra la pared. El señor Biasutto punza y entra con su dedo mayor. Ella para aplacarse piensa por ejemplo esto: que no está siendo mancillada en su doncellez. El dedo se mete en ella, tosco como los sedientos. María Teresa desesperada piensa, se dice a sí misma: no se deja de ser señorita por esto. El dedo mayor del señor Biasutto no ha entrado por completo todavía. Él lo tira un poco para atrás, lo que duele más, como si fuese a sacarlo. Pero no: no va a sacarlo: está tomando impulso. Lo mete entero de una vez, tan directo como un insulto. Ella podrá soltar después, más tarde, a la noche en su casa, a la noche en su cama, o bajo la ducha que querrá darse al llegar, el grito que ahora se le atasca en la garganta, las lágrimas que ahora no pasan de los bordes de los ojos.

Nadie entra en el baño ahora, y de nada serviría. El señor Biasutto es el que manda. Ha incrustado su dedo en ella. Lo hunde adentro y lo demora ahí: en ella. De repente gime. Gime él, el señor Biasutto, con un sonido delgado y agudo que no parece provenir de su boca. Pero proviene: proviene de su boca torcida y ensalivada. Los dientes no los tiene bien. De ahí sale el gemido, como si el dolor le perteneciera a él y no a ella, como si quisiese él apropiarse del dolor de ella, como si se apoderara él de la expresión de dolor que tiene prohibida ella. Gime, lloriquea, ella se anima a mirarlo de reojo aprovechando que se extravía, ve de qué modo la expresión se le corre hacia el llanto, ve cómo el rostro lo tiene capturado por un extraño padecimiento. La cara se le retuerce, brillante de sudor. El bigote es como un rasguño que le dejara un hilo de sangre negra sobre la boca anegada. Los ojos no están cerrados, pero no le sirven para ver cosa alguna en este momento. María Teresa los mira y los ve inútiles.

El dedo adentro la fuerza a quedarse muy quieta. Le dolerá más si se mueve. Se pregunta cuánto va a durar esto, cuál será su desenlace. Ella sabe, por su hermano, cómo es que este asunto se acaba. Pero esto otro, esto así, ¿cuándo termina? El señor Biasutto abunda en visajes de sentido incierto. Entre las muecas que acumula predominan las dolientes. María Teresa lo observa y espera, mordiendo un dedo de su propia mano para soportar. No siente el frío ahora.

La descarga automática de los mingitorios se activa. Se oye el agua manar, caer y juntarse. Se activa cuando no hay nadie, pero cumple una función: la de despejar remanentes. Y en esta circunstancia sirve también para otra cosa, imprevista y nada adrede, que es procurarle a María Teresa un indicio, que es ahora también un consuelo, de que el mundo afuera todavía existe y sigue, que podrá volver a él, que esto que le pasa no lo aniquiló y no es un todo.

El señor Biasutto por fin se relaja (relaja sus facciones, se relaja todo él) y al hacerlo se decide a retirar el dedo. Lo saca de un tirón, eso que antes pareció que iba a hacer pero dejó trunco. Hace doler mucho, más que antes, más que nunca. Hace doler. María Teresa sopla su único quejido, que no obstante es efímero y discreto. El dedo del señor Biasutto ya está afuera, afuera de ella. Es como si ahora volviese a pertenecer a la mano de su dueño: un perro soltado para el ataque que, al cabo de un rato, retorna fatigado al conjunto de la jauría.

María Teresa siente el rumor de un incipiente alivio, pero de inmediato se sobresalta y se pregunta si acaso el alivio no es un lujo que ella no puede permitirse. Quién sabe ahora lo que siga es el señor Biasutto con su tremenda cosa. Él es el jefe de preceptores. Ella no podrá gritar. Puede que ahora, justamente ahora, cuando ella cree que el dolor y el oprobio por esta vez se han terminado, el señor Biasutto prosiga y lo haga nada menos que con su tremenda cosa. Y entonces todo esto no solamente no será el final, sino que será un comienzo.

Pero la cosa del señor Biasutto sigue tan ajena a todo como ha estado desde el principio. Nada de lo que ha pasado aquí la convoca, o si la convoca no ha obtenido

respuesta alguna. Esa cosa, que ella teme, no crece, no ha crecido, no se asoma, no participa. El dedo suplente es el último recurso con que cuenta el señor Biasutto. Por lo demás, ahora que se replegó, el señor Biasutto se ve muy aturdido y notoriamente desmejorado, en el sentido en que se dice que un convaleciente desmejora, y no parece posible pensar que se pueda esperar de él alguna clase de iniciativa. Sus ojos, hasta ahora perdidos, recuperan con lentitud su conexión con las cosas reales. Se encuentran así de improviso con los ojos de María Teresa, que se da vuelta y mira de frente otra vez. El señor Biasutto frunce la cara, en una mueca hasta ahora nunca intentada, y se ríe cobijado bajo una sombra de idiotez. Esa idiotez, fingida o veraz, es el salvoconducto que tiende en su ambición de impunidad. O acaso es menos que eso: tan sólo una verdad recóndita, que emerge por un segundo. Para el caso da igual: el señor Biasutto se anula. En silencio y encorvado, se apresta a salir del cubículo. No le es fácil correr la traba, la mano tropieza, los dedos se anudan. Por fin lo consigue, abre la puerta, deja a María Teresa atrás. Ella se apura a subirse la bombacha y a acomodarse la ropa. No saldrá de aquí hasta que él salga. Y él sólo saldrá sin ella. El señor Biasutto se abrocha el saco, su torso se contrae sin armonía en una y otra dirección. Recupera la apostura de un jefe de preceptores. Su semblante rescata igualmente el acento equilibrado del que tiene autoridad. Dando fuertes golpes con los tacos en el suelo, como si más que caminar marchara, como si estuviese también él practicando para el desfile en homenaje a Manuel Belgrano, sale de baño. El empujón que da sobre la puerta vaivén es tan severo, que la oscilación de la puerta y su correspondiente chirrido se prolongan más de la cuenta. Se lo siente alejarse por el pasillo del colegio.

No se ha lavado las manos.

## Ciencias morales

María Teresa deja de concurrir al baño de varones del colegio. No va más. Se ocupa de sus tareas de preceptora, laboriosa como siempre, aplicada. Pasa un día entero sin pisar el baño de varones, pero también sin pensar en ese asunto para nada. No es como la otra vez, que dejó de entrar ahí pero sentía a cada momento que estaba dejando de hacerlo. Ahora renuncia a todo: a hacer lo que hacía y sobre todo a pensar en eso. Su ambición inconfesada es transformar el pasado, lograr que lo que ocurrió jamás haya ocurrido. No la conforma que ya no pase, que ya no vuelva a pasar; precisa que no haya pasado. Por eso ni siquiera se acerca al sector del claustro donde se encuentran los baños y trata de esquivar, en lo posible, la presencia adusta del señor Biasutto en el colegio.

Al día siguiente le toca a tercero décima la práctica de desfile en el patio interno del lado de la biblioteca. María Teresa se abriga, para salir a garantizar las buenas conductas, con un chaleco de lana de color natural que su madre le ha tejido a comienzos de este año. Otras dos divisiones de tercero se agregan a este ensayo al aire libre: la octava y la novena. Los respectivos preceptores, Marcelo y Leonardo, salen también al patio, cruzan alguna palabra de ocasión con ella, controlan la actividad con gesto impasible.

La principal dificultad que se les presenta a los chicos es que tienden sin remedio a flexionar las rodillas en cada paso que dan. Así se hace cuando hay que caminar, pero no cuando se marcha. Cuando se marcha hay que comportarse como si una sedimentación calcárea hubiese estropeado meniscos y rótulas, y llevar la pierna dura, recta y sin flexión, hacia adelante y hacia atrás.

—¡Esto no es un paseo, señores! ¡Es un desfile!

La voz del señor Vivot, aunque suena impersonal por mediación del megáfono, transmite su exasperación. Las piernas deben ir, sin doblarse, no solamente hacia adelante, sino además un poco hacia arriba, y esta modalidad también ocasiona dificultades en los alumnos (en las chicas especialmente), porque tienden a repetir los recursos que emplean en la vida común, en vez de entender que se están ejercitando para adquirir destrezas nuevas.

—¡No están en el parque, señores, están en un desfile!

Tendrían que pensar en las películas de guerra que seguramente han visto. Si se concentraran en eso responderían mejor y dejarían más satisfecho al señor Vivot, que por momentos parece que va a morder de rabia el micrófono del aparato. En esas películas se nota bien eso que ahora el señor Vivot está queriendo obtener de ellos: que, adoptando una perspectiva lateral, como la que él adopta, todas las piernas y todos los brazos se muevan siempre a la vez.

—¡Como un solo hombre, señores! ¡Todos como un solo hombre!

Pero no hay caso. Siempre hay uno en babia que se adelanta un poco o se demora un poco, y pierde el compás. La costumbre de llevar los brazos colgando con dejadez es igualmente difícil de corregir. Los chicos se limitan a balancearlos por su propio peso, con los dedos de las manos también colgantes, en vez de hacer lo que el señor Vivot les exige que hagan: ponerlos rígidos y moverlos con firmeza (también frenarlos con firmeza: detenerlos a la par que los pasos, no dejarlos volar más allá).

—¡No caminen! ¡Marchen! ¡No caminen! ¡Marchen!

El acto patrio tendrá su punto culminante con el juramento a la bandera. ¿Hay acaso un homenaje mejor para Manuel Belgrano, su creador? Los chicos argentinos de las nuevas generaciones, y de su mismo colegio, jurarán que van a dar la vida por ella. Las madres lloran de emoción casi siempre en este momento del acto, mientras los padres gatillan fotos a repetición para inmortalizar el momento con sus Kodak Instamatic. Pero también el juramento a la bandera hay que prepararlo, no es cuestión de que los alumnos simplemente vayan y digan que sí, que van a morir, que van a morir por esa

bandera, y que lo juran, suenen los aplausos y todos a otra cosa. Es un momento solemne, sólo comparable al bautismo cristiano o la toma de la comunión, que tendrá lugar en derredor de la tumba del prócer. Hay que practicar: la vista al frente significa vista al frente, nadie puede distraerse o pestañear, podría caerse un edificio entero en la vereda de al lado y ellos no deberían torcer la vista ni tan siquiera un segundo y ni tan siquiera un centímetro. Vista al frente es vista al frente. Y en el momento del juramento hay que fijar la vista en la bandera.

—¡El que se distraiga se puede ir buscando otro colegio!

La verdadera desgracia del juramento a la bandera sería que la exclamación unánime saliese despareja o desganada. El señor Vivot no olvida que ya bastante tiene con la necesidad de revertir la respuesta disonante de las voces femeninas. Arenga a los alumnos, con megáfono y sin megáfono. Les pide que piensen en lo que están jurando: honrar a la bandera, dar la vida por ella. Les pide que respondan desde el corazón, les pide que sientan en el alma lo que significa ser argentinos. Los pone a practicar.

—¡Sí, juro!

Otra vez.

—¡Sí, juro!

Si hace falta el señor Vivot los estimula: les dice que no sean flojos, les dice que no sean mariquitas. Fuerte, alto, recio. Que retumbe. Que retumbe. Se pega al megáfono. Recita la fórmula. Deja la pausa (la pausa es fundamental: que no parezca que juran por jurar, que no parezca que responden automáticamente). Escucha atento.

—¡Sí, juro!

Otra vez.

—¡Sí, juro!

Una más.

—¡Sí, juro!

¡La última!

—¡Sí, juro!

Por la puerta de la esquina del patio, la que da al claustro de sexto año, aparece el señor Biasutto. Se muestra interesado por el ensayo de desfile. Mide con cuidado los bordes de las filas, cata con oído absoluto la plena consonancia del juramento coral. Se acerca al señor Vivot, con el que cambia unas pocas palabras. De lejos hace un gesto de saludo a los preceptores presentes: a Marcelo, a Leonardo. También a María Teresa. Un saludo somero pero cordial. Después se va, por la misma puerta por la que vino.

Transcurre el segundo día sin que ella se acerque a los baños. Durante los recreos cubre la zona de las escaleras, que queda del otro lado, y se fija en que ningún alumno permanezca dentro del aula (el último capricho de algunos chicos incomprensibles: dicen que no quieren salir al recreo. Sólo que está prohibido quedarse en las aulas. La salida al recreo es obligatoria). Habla con sus compañeros un poco más. La tienen por tímida, y no les falta razón. Es tímida, sí, le cuesta darse y le cuesta hablar. Pero ahora vuelve a pasar más tiempo, como hizo hace días, en la sala de preceptores, y el trato comienza por sí solo a volverse un poco más fluido. No son tantas últimamente las cosas de las que tienen que ocuparse los preceptores. Mientras se dictan clases en el colegio, el tiempo muerto de que disponen es bastante considerable. Los que estudian aprovechan estas horas justamente para eso: para estudiar. La mayoría sigue derecho, alguno ingeniería. María Teresa los ve aplicados, con ardor en las orejas, a memorizar esos mamotretos con que cargan todo el santo día. Los demás conversan, casi siempre sobre temas de la vida en el colegio, aunque los varones por estos días se ocupan mucho de hablar de fútbol (expanden su optimismo de argentinos hasta contagiar a las mujeres: el equipo campeón del setenta y ocho, reforzado con Ramón Díaz y con Diego Maradona, ganará sin duda alguna el nuevo campeonato mundial).

María Teresa sigue las charlas de sus compañeros, aunque es raro que se le ocurra alguna cosa para decir. Asiente y sonríe a los comentarios ajenos, para evidenciar su participación. Está pendiente de que no venga el señor Biasutto a la sala de preceptores. Se siente mejor así, acompañada. Pero el señor Biasutto es el jefe de preceptores, por lo que tarde o temprano viene. Con actitud expeditiva, chequea tres o cuatro cosas pendientes (la elevación al señor Prefecto de los pedidos de sanción, la devolución a Intendencia de las llaves del microcine, la autorización de la orden de reposición de tizas blancas), le arrima unas palabras en voz baja a Marcelo, revisa las planillas de asistencias y llegadas tarde. María Teresa tiene la impresión de que un poco la acecha: que cierto merodeo en apariencia azaroso por la sala de preceptores en el fondo no es casual. Le parece que él la mira. Ella no quiere comprobar si en efecto es así, y se hunde en el pasaje de calificaciones que la mantiene ocupada. El señor Biasutto por fin se va.

En los recreos trata de no estar sola, pero esa tesitura contradice las pautas que los preceptores adoptan para ser más eficaces en la custodia del claustro. El señor Biasutto anda siempre por ahí. Es casi evidente que se le quiere acercar, pero no es menos evidente que no encuentra cómo hacerlo. De lejos a veces ella ve que la mira. Hay un momento, promediando el tercer recreo, en que viene en su dirección, pero ella justo descubre que hay un chico de la séptima división o de la octava, no importa esa precisión, que tiene el primer botón de la camisa desabrochado debajo del nudo de la corbata azul, y aprovecha para aproximarse prontamente a reconvenirlo. Se queda verificando que el alumno corrija la incorrección: mira cómo afloja el nudo, lo tira para abajo, pellizca con dos dedos el botón de la camisa, lo cierra, se sube de vuelta el nudo de la corbata, lo endereza. Entretanto, el señor Biasutto se ha ido.

Pasa otro día. Los días pasan lentos. María Teresa vuelve a usar, como es lógico, el baño de mujeres reservado a los preceptores. Es más pequeño y más confortable, tiene toalla, tiene un rollo de papel higiénico para nada rústico. La puerta cierra del todo, aunque se cubre con dos tramos de vidrio esmerilado de discreción imperfecta, y se asegura con llave. Cuando siente necesidad, cosa que por suerte le ocurre poco, María Teresa acude a este baño, como solía hacer al principio. No es muy largo el trayecto que hay que recorrer para llegar ahí desde la sala de preceptores. Se tarda menos de un minuto en llegar. Es probablemente el único momento del día en que María Teresa queda sola en el colegio: cuando va hasta el baño, cuando vuelve.

Ha tomado en la primera hora dos tazas casi seguidas de té con limón, y ahora siente ganas de ir al baño. Va con cierto apuro. Aprovecha la salida para arreglarse frente al espejo, que en este baño no tiene manchas, las hebillas que se ha puesto en el pelo para mantenerlo apartado de la cara. Sale y va a retornar a la sala de preceptores. En el trayecto, en medio del claustro, la intercepta el señor Biasutto. Parece que va a caminar junto a ella, como para escoltarla, pero se detiene y la hace detener.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, señor Biasutto.

Él carraspea.

—¿Alguna novedad, señorita? ¿Algo que comunicar?

—No, señor Biasutto.

Se balancea extrañamente, con cara de aprobación.

—Muy bien, muy bien. Me alegro mucho.

Abre las manos y las junta de pronto, como si fuera a aplaudir, como si aplaudiera. Pero no aplaude, o si aplaude lo hace en completo silencio. Es un gesto de satisfacción lo que perpetra.

—Entonces sígame.

María Teresa le hace caso y lo sigue. Pero es muy particular esta manera que tiene de seguirlo: es ella la que va adelante, el señor Biasutto va detrás. Y no obstante es cierto,

es cierto que ella lo sigue, es cierto que él va indicando el camino y ella tan sólo lo obedece. Van derecho hasta completar el claustro, luego doblan a la izquierda. Progresan como para llegar hasta el kiosco, pero a la altura del kiosco se escabullen. Entra en el baño de varones sin demasiada precaución. No la precisa: el señor Biasutto va con ella, y su sola presencia autoriza lo que se haga. El cubículo que escoge no es uno cualquiera, aunque pueda dar esa impresión en el atropello de la entrada. Es el segundo, contando desde la izquierda. Una vez que está adentro, María Teresa nota que el pestillo destruido ya fue repuesto y está en su lugar, flamante y bien afirmado con cuatro tornillos nuevos (cuatro y no tres, como tenía antes). Los dedos rugosos como habanos del señor Biasutto cierran esa traba con un chasquido que suena a irreversible. María Teresa lo mira expectante, como si no supiera. El señor Biasutto no la mira para nada.

Se muestra apenas menos inhábil que la vez anterior. Las manos se le agarrotan, por el apuro o por el sofoco, por la urgencia impiadosa. Le sube la pollera con un envión exagerado, que ella siente en las piernas como un viento; la bombacha por poco la rompe, poco sensible a la resistencia de los materiales. No procura ningún alivio, ninguno en absoluto, que se trate de una segunda vez. La repetición estricta de una conducta que ya quisiera ser rito no ayuda para nada. Es para ella la misma consternación de antes, el mismo azoramiento, el mismo miedo. María Teresa tiembla de cara a la pared. Una sola ventaja obtiene del afligente calcado: que esta segunda vez ya sabe, desde el principio, que la cosa del señor Biasutto no tendrá intervención en lo que pase. Es la mano estúpida que empuja de nuevo, es el dedo que averigua sin consideración. El gimoteo inaudito, la larga espera, el dolor traspasado, el final sin desenlace. La sonrisa imbécil del señor Biasutto, pidiendo indulgencia o dándosela. El frío que hace en los baños del colegio.

María Teresa se recompone la ropa y el señor Biasutto no sale todavía. La tarde es húmeda, además de fría, y hay como un vapor adherido a los azulejos. Él se pasa una mano (la izquierda) por el pelo engominado y tieso. Hoy parece más petiso, más compacto, más difícil de mover. Esta pausa que se toma resulta incomprensible, a no ser que se repare en su aire atribulado. Por fin se da vuelta, corre la traba, sale del cubículo. Por un instante da la impresión de que va a verse en el espejo, no con premeditación, como si quisiera verse, sino como simple consecuencia de pasar por adelante; pero al final no lo hace.

Sale del baño junto con ella. En los pasillos del colegio no se ve a nadie. Caminan un poco a la par, hasta que el señor Biasutto se para. Ella se para también.

—El lunes la quiero acá mismo, ¿sabe?

María Teresa lo mira.

—Acá mismo, en el baño, ¿sabe? Buscando a esos alumnos que están violando las reglas.

El señor Biasutto retoma la marcha, sin importarle que ella ahora no esté caminando con él. Pero después de dar unos pocos pasos, se frena y vuelve a mirarla.

—Me entendió, ¿no?

María Teresa no contesta todavía.

—Me entendió, ¿no? ¿Me entendió?

—Sí, señor Biasutto.

—¿Seguro?

—Sí, señor Biasutto.

El señor Biasutto asiente.

—Hasta el lunes, entonces.

—Hasta el lunes.

Llega a la sala de preceptores, donde están sus compañeros, y le parece inconcebible que la vida normal siga su curso. Pero es eso lo que pasa, sin que nadie note nada: las

demás cosas de la vida persisten en su canal habitual. El mundo restante, el mundo de los otros, no se altera por lo que ha pasado: no se descompone, no se desintegra, sigue su curso. Ninguna clase de radiación, aunque invisible y de fuente ignorada, lo tuerce o lo altera. La asombra esa cierta garantía de la continuación de lo mismo. La sorprende que no haya al menos una leve turbación inexplicada sobre las realidades ajenas, por más que nadie sepa nada ni tenga manera de enterarse.

Esa misma sensación reaparece, subrayada, cuando un rato más tarde el día de trabajo termina, ella sale del colegio y llega hasta la calle. La persistencia indolente de las cosas más comunes la trastorna en cierto modo. Pasa el colectivo veintinueve, que es azul y amarillo, en dirección a La Boca. El kiosco de revistas de la esquina está cerrado: funciona de mañana. El florista escucha la radio junto a la luz de una lamparita que cuelga. La gente camina sin mirarla, sin encontrar razones valederas para reparar en ella.

Quiere llegar a su casa lo más temprano posible. En días así, las dificultades parecen multiplicarse: la fila para comprar cospeles de subte es más larga que lo habitual, el tren demora más en venir o en partir, en la noche de los túneles que van de estación a estación se producen desperfectos y detenciones inopinadas. Sólo el propio andar admite de veras el verse acelerado.

En la casa la madre mira televisión. En el noticiero lo entrevistan a Mario Kempes, el héroe del Mundial 78. Dice Kempes que le promete a la afición que los colores argentinos llegarán a lo más alto. Kempes ha jugado en España algunos años, y usa palabras como «afición», donde antes habría dicho sin dudas hinchada. También la pronunciación le ha cambiado y se le nota. En el Mundial 78 hizo seis goles, dos de ellos en la final.

María Teresa entra a bañarse una vez que saluda a su madre. Primero se enjabona el cuerpo y sólo después vuelca champú en la mano para lavarse el pelo, al revés de lo que estila. Usa desodorante a bolilla porque el otro, el de aerosol, la hace estornudar, y además le parece que es poco femenino. A veces se pone talco. Hoy se pone.

Se viste de entrecasa: un pantalón de gimnasia, el buzo del pijama, las pantuflas con interior velludo. Se sienta a mirar televisión con su madre. No se concentra. Pasan imágenes entrecortadas sobre esto y sobre aquello: un terremoto, una carrera, una lluvia, un herido, una nave que se hunde, una trinchera; y ella apenas si capta el sentido de lo que ve.

Pregunta si hay noticias del hermano. No hay. No ha escrito, no ha llamado. No se sabe nada. Se sobrecoge.

Bien tarde a la noche, ya envuelta en la cama, querrá dormirse y no podrá. Le viene pasando eso mismo cada vez. Ella agrega recursos que la ayuden a convocar el sueño: rezar su plegaria o apretar el rosario entre las manos, que es lo que hacía desde siempre, hace tiempo que ha dejado de bastarle. Prueba otras cosas, como imaginar que su cama flota sola en medio de un lago helado, repasar de memoria los nombres y sobrenombres de sus compañeros del Virgen Niña, figurarse un viaje donde los problemas se desvanecen, blanquear la mente, taparse hasta arriba, pedirle a Dios. Por fin alguna de estas técnicas a la larga le da resultado, o acaso es el cansancio el que prevalece por sí solo, y ella se duerme. Pero cuando se duerme, sueña. Y los sueños, inclementes, la despiertan otra vez. Así le ocurre el viernes, soñando con un túnel, y así le ocurre el sábado, soñando con un pozo. Y ahora, ahora concretamente, ya en la noche del domingo, en la conclusión del fin de semana, acaba de soñar con un océano: un océano grande y pesado donde flotan diseminados unos diez o doce bultos. Esos bultos son personas y una de esas personas es su hermano. No todos precisan hacer el mismo esfuerzo para mantenerse a flote. Su hermano, para el caso, no hace nada: permanece recostado boca arriba, como si debajo tuviese una cama y no un océano, y se mantiene así. Pero alguien, desde la costa, alguien que no se distingue

bien quién es, sujeta unos papeles con nombres encolumnados. Los lee en alta voz. Aunque el espacio es abierto, suenan diáfanos esos nombres. Una magia no muy transparente suscita una relación entre un nombre y un destino: hay quien se hunde y hay quien se salva. María Teresa, dentro del sueño todavía, o ya saliendo de él, piensa que ella y su hermano tienen los dos el mismo apellido. Una cosa que, aunque es obvia, le provoca ahora un marcado sobresalto.

Se despierta con un grito que acaso profiere. Quién sabe, si así lo hizo, su madre la escuchó (duerme desde hace tiempo con un sueño bien liviano, y últimamente no pasa de un sopor de superficie). La noche está en silencio. Su convulsionado despertar no encuentra complicidad en el entorno de la casa. Las cortinas quietas, el aire mudo, la marcación regular del reloj decretando la eterna victoria del presente.

María Teresa se incorpora, sentada en la cama, y pronto vuelve a abandonarse a la almohada y al abrigo. Repasa en la memoria inmediata el sueño siniestro que acaba de tener. Pretende desprenderse así, con una revisión afrontada desde la vigilia, de las resonancias angustiantes de lo que ha soñado. Se preocupa por su hermano: por Francisco en Comodoro. Pero muy pronto esa preocupación se le mezcla con otra. La agobia pensar que dentro de unas horas, quizás tres, quizás cuatro, sonará el despertador en esta misma habitación, que pasará una mañana nerviosa, que almorzará sin hambre, que saldrá para el colegio. En el día que sigue, y que en sentido estricto ya es el día de hoy, tendrá que ir al colegio, lo mismo que en los días sucesivos, y allí cumplir, diligente, con sus obligaciones de preceptora.

No podrá dormirse ahora hasta que destierre esa evidencia del ardor de sus pensamientos nocturnos. Pasan las horas. Suena el reloj. La encuentra despierta. Despierta y pensando lo que no cesó de pensar: que tiene que ir al colegio a cumplir con sus obligaciones de preceptora.

La madre, mientras tanto, ya encendió la radio.

## Juvenilia

El lunes 14 de junio de 1982 cae Puerto Argentino. El general argentino Mario Benjamín Menéndez, gobernador de las islas, firma la capitulación ante el general británico Jeremy Moore, comandante de las fuerzas victoriosas. Concluye así el conflicto armado, setenta y cuatro días después de producirse la invasión argentina. Los soldados vencidos forman fila para proceder a su rendición en las diferentes zonas del archipiélago, apilando sus fusiles ante la vigilancia de los ingleses que los toman prisioneros. Sumando las bajas sufridas por los dos países, el saldo de la conflagración es de más de novecientos muertos.

En el Colegio Nacional de Buenos Aires se disponen tres días de asueto. Ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles hay clases en el colegio. Los preceptores brindan esa información a los estudiantes en las escaleras de acceso al establecimiento. Luego de hacerlo se van, sin ingresar ellos mismos al edificio vedado.

El día jueves se retoman las actividades con total normalidad. Para entonces se ha producido la completa renovación de las autoridades del colegio. Hay un nuevo Rector. También un nuevo Prefecto. También un nuevo jefe de preceptores. Todos ellos designados de manera provisoria por el cuerpo directivo de la Universidad de Buenos Aires para cubrir ese período, de extensión a determinar, que ya se designa, en el colegio lo mismo que afuera, como la transición. Las autoridades precedentes (el Vicerrector a cargo, el Prefecto, el jefe de preceptores, también el señor Vivot) no acuden a despedirse ni protagonizan ninguna clase de ceremonia de transferencia de sus cargos. No hay nada de eso. El jueves cada cual se encuentra con las nuevas autoridades, que ya están en funciones. Quienes los precedieron en esos mismos lugares sencillamente no están más. No están más, no vienen más, no se los verá nunca más por el colegio.

Francisco Cornejo regresa desde Comodoro Rivadavia en un avión Hércules de la Fuerza Aérea Argentina que toca tierra a primera hora del día sábado en la pista de El Palomar. El reencuentro con su familia, dos horas más tarde, en el cuartel de Villa Martelli, es mesurado pero emotivo. Su madre, Hilda, y su hermana mayor, María Teresa, lo esperan del otro lado del vallado de madera, sobre la avenida San Martín.

Dos meses después de ese regreso, Francisco consigue un puesto de trabajo en una fábrica automotriz de la provincia de Córdoba. Se radica, junto con su madre y su hermana, en un barrio periférico de la capital provincial. El barrio se llama Malvinas Argentinas. Ocupan un típico chalecito de la región, coqueto en su modestia, con un pequeño jardín en la parte posterior que les permite cumplir el viejo sueño de adoptar un perro. Es un labrador y le ponen de nombre Tobías.

En el Colegio Monserrat, de la ciudad de Córdoba, no existen las preceptoras, solamente hay preceptores. Pero un gerente con influencias de la fábrica Renault se compromete a averiguar si es posible gestionar un puesto de empleada administrativa.



MARTÍN KOHAN. Nació en Buenos Aires, Argentina, en enero de 1967. Enseña Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Ha publicado tres libros de ensayos, *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (1998; en colaboración con Paola Cortés Rocca), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004) y *Narrar a San Martín* (2005); dos libros de cuentos, *Muero contento* (1994) y *Una pena extraordinaria* (1998); y nueve novelas, *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007), *Cuentas pendientes* (2010) y *Bahía Blanca* (2012). En 2007, su novela *Ciencias morales* obtuvo el premio Herralde, que otorga la editorial Anagrama. Sus obras se están publicando en editoriales tan prestigiosas como Einaudi (Italia), Serpent's Tail (Reino Unido), Seuil (Francia) y Suhrkamp (Alemania).